

CÉSAR CANSINO

LA CIENCIA POLÍTICA  
DE FIN DE SIGLO

SOLITARIOS  
SS  
SOLIDARIOS

HUERGA & FIERRO  
e d i t o r e s

CÉSAR CANSINO

César Cansino es Doctor en Ciencia Política por la Universidad de Florencia, Italia. Profesor de Teoría Política en la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha sido profesor invitado en varias universidades, tales como, European University Institute, Cambridge University, Stanford University, Universidad de Campinas y Universidad de Florencia. Ha sido distinguido con el título de investigador Nacional de México y es miembro de la Academia Mexicana de Ciencias. Ha recibido diversos reconocimientos, tales como el Premio Nacional de Periodismo 1996 y el Jean Monnet Research Award 1991, concedido por la Comunidad Europea. Es autor o coautor de varios libros, entre los que destacan: *Liberalism in Modern Times* (en coautoría con Ernest Gellner); *Construir la democracia*; *La filosofía política de fin de siglo*; *América Latina; ¿Renacimiento o decadencia?*; *Gobiernos y partidos en América Latina*; *Political Leadership in Changing Societies*; *Historia de las ideas políticas. Fundamentos filosóficos y dilemas metodológicos*.

# LA CIENCIA POLÍTICA DE FIN DE SIGLO

conversaciones con:

Gabriel Almond  
Robert Dahl  
David Easton  
John Ferejhon  
Arend Lijphart  
Charles Lindblom  
Seymour Lipset  
Adam Przeworsky  
Giovanni Sartori  
Philippe Schmitter

SOLITARIOS  
SS  
OLIDARIOS

HUERGA & FIERRO  
e d i t o r e s



1477  
C. 557  
CP 164611

FACULTAD DE CIENCIAS  
POLÍTICAS Y SOCIALES

Director de Colección: Agapito Maestre

Diseño de Colección: A. J. Huerga

Primera edición: marzo 1999

© César Cansino

Derechos exclusivos de edición en castellano  
reservados para todo el mundo

© 1999: Huerga y Fierro editores, S. L.

C/ Murcia, 24 - bajo  
28045 Madrid-España  
Telf.: 91/467 63 61  
Fax: 91/467 63 99

I.S.B.N.: 84-8374-049-4  
Depósito Legal: M-5509-1999  
Impreso en España  
Printed and made in Spain

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la  
cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida  
en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico,  
químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia,  
sin permiso previo de la Editorial.

## ÍNDICE

Ensayo preliminar.....	7
<i>La ciencia política de fin de siglo</i>	
Prólogo.....	11
Introducción: La ciencia política de fin de siglo <i>César Cansino</i> .....	15
1. Ciencia política: ¿una disciplina dividida? <i>Gabriel Almond</i> .....	37
2. El estudio científico de la democracia <i>Robert Dahl</i> .....	51
3. La ciencia política en su encrucijada <i>David Easton</i> .....	69
4. El análisis económico de la política <i>John Ferejbon</i> .....	85
5. Pasado y presente de la política compara- da <i>Arend Lijphart</i> .....	103

CP 164611

6.	El estudio de las políticas públicas <i>Charles Lindblom</i> .....	121
7.	La sociología política en perspectiva <i>Seymour Lipset</i> .....	135
8.	Ciencia política y democracia <i>Adam Przeworski</i> .....	153
9.	Por una teoría política realista <i>Giovanni Sartori</i> .....	177
10.	Ciencia política: un enfoque posibilista <i>Philippe Schmitter</i> .....	191

## ENSAYO PRELIMINAR

### La política en la era post-totalitaria

*Estamos ante una obra en cierto modo singular. En pocas ocasiones se tiene la oportunidad de encontrar reunidas las voces que gozan de mayor reconocimiento dentro de la ciencia política. Sus reflexiones, hilvanadas a lo largo de las entrevistas que realiza César Casino, permiten hacernos una idea precisa del pluralismo metodológico que domina en la ciencia política contemporánea. Este pluralismo no es ningún accidente. Responde a una verdad que no ha hecho más que afianzarse con el despliegue de la democracia moderna: la realidad social no puede ser reducida a un único sentido. La pluralidad de las concepciones del bien, de la justicia, de los derechos, de lo público y de lo privado, en fin, de la ciudadanía democrática es ya un elemento tan evidente como problemático de las democracias contemporáneas. La vocación individualista de la democracia moderna, ha ido definiendo un complejo mapa social y político. Las figuras de lo social y de lo político se han hecho cada vez más difíciles de interpretar con los conceptos y métodos heredados de las ciencias sociales. Las «clases», las «élites», los «sindicatos», los «partidos», las «corporaciones» no tienen ya la fuerza diferenciadora que sirvió para impulsar el proyecto del Estado de bienestar y que los llevó a formar parte del vocabulario corriente de la ciencia política. Los conflictos sociales han sido desplazados de sus lugares tradicionales (empresa, sindicato, partido) hacia otros nue-*

# LA CIENCIA POLÍTICA DE FIN DE SIGLO

*vos (escuela, familia, organizaciones no gubernamentales). Este movimiento ha mitigado, sin duda, la agresividad del conflicto social, pero posiblemente esté anunciando la aparición de una concepción de la política distinta a la política de intereses y organizaciones de intereses: la política de la solidaridad social. Al desafío de la pérdida, por parte de lo político, de capacidad para visibilizar las formas de lo social —pérdida que constituye la parte fundamental de la crisis de la representación política—, la ciencia política ha de responder repensando sus categorías y afinando su instrumental metodológico. La apertura de la ciencia política empirista a la teoría política y de ambas al resto de los saberes sociales es una exigencia ineludible. A este imperativo responde la obra que el lector tiene en sus manos. La teoría de las poliarquías (Robert Dahl), la teoría de sistemas (David Easton), la teoría de la elección racional (John Ferjbon), la sociología política (Seymour Lipset), la teoría posibilista (Philippe Schmitter), la teoría de las organizaciones (Adam Przeworski), la teoría de las políticas públicas de Charles Lindblom o el empirismo atemperado de Giovanni Sartori son algunos de los planteamientos que se presentan en esta obra. Por nuestra parte, quisiéramos explorar las condiciones sociales y políticas que promueven esa incipiente política de la solidaridad social. Creemos que esa política está en deuda con los cambios en la concepción de la ciudadanía democrática que ha promovido el final del comunismo. Por ahí vamos a empezar.*

ESTEBAN MOLINA

## *Prólogo*

El presente es un libro sobre el futuro y para el futuro, producto de una serie de conversaciones con los más reconocidos cultivadores de la ciencia política contemporánea.

Su objetivo es identificar, estimar y apreciar el estado actual de los distintos sectores de investigación y los enfoques dominantes de la ciencia política, así como sus limitaciones, necesidades y oportunidades en el futuro.

En la actualidad, la ciencia política es una ciencia perfectamente establecida, pero también es una disciplina en una fase de transición, cuyas promesas son todavía mayores que sus realizaciones. Puesto que nuestra intención en este libro es mirar hacia el futuro, consideramos tan sólo aquellos aspectos del pasado que parecen influir tendencias contemporáneas deseables. Nuestra convicción es que la ciencia política del próximo siglo tendrá importantes consecuencias no sólo para el mejor entendimiento de los

complejos problemas de la realidad política sino también para el perfeccionamiento de las prácticas democráticas.

No creo que exista otro libro en el que se reúnan de un sólo golpe los principales representantes de la ciencia política contemporánea para reflexionar conjuntamente sobre el presente y el futuro de su disciplina. Supongo que sólo un libro de entrevistas como el presente podía ponerlos a dialogar sobre la base de inquietudes comunes. En esa medida, creemos que el presente volumen ofrece una valiosa oportunidad para acercarnos a una perspectiva de conjunto sobre la ciencia política de fin de siglo.

Pese a la diversidad de posiciones y tradiciones de pensamiento representadas por los autores que aquí se dan cita, es posible partir de una concepción compartida de nuestro tema de reflexión: la ciencia política contemporánea.

La ciencia política es aquella disciplina social que tiene como objetivo la producción de conocimientos políticos. Tal objetivo es concretamente perseguido a través de la creación y recolección de datos políticos empíricos y de la actividad de explicación-comprensión de los fenómenos así como han sido “reconstruidos”. Una buena ciencia política debe ser capaz de mantener una estrecha relación entre teoría y elaboración de datos empíricos.

Esta definición de la ciencia política es detallada en un capítulo introductorio, en el que se perfilan las líneas generales de la discusión sobre el estado actual de la disciplina. Además de este capítulo que abre el libro, hemos procurado incluir, antes de cada entrevista, breves notas introductorias para situar algunos de los planteamientos y contribuciones más importantes de cada uno de nuestros autores.

Cabe señalar, por último, que el presente libro viene a complementar y ampliar un trabajo previo similar, pero para el caso de la filosofía política\*. La buena recepción de ese trabajo fue un estímulo para llevar a feliz puerto esta nueva aventura editorial. Sólo resta agradecer a nuestros entrevistados su tiempo, paciencia e interés para con este proyecto.

CÉSAR CANSINO

\*César Cansino y Víctor Alarcón Olguín, *La filosofía política de fin de siglo*, México, UIA/Triana, 1994.

INTRODUCCIÓN

LA CIENCIA POLÍTICA  
DE FIN DE SIGLO

*César Cansino*

*«La tarea más urgente y difícil que espera hoy a la ciencia política es analizar y, eventualmente, cuestionar la propia ideología de la política científica, examinando su significado histórico y actual, destacando sus límites y condiciones de practicabilidad, indicando sus posibles líneas de desarrollo».*

NORBERTO BOBBIO<sup>1</sup>

## I

La interrogante que nos proponemos dilucidar en esta introducción se refiere al efecto que las recientes transformaciones a escala mundial, producto sobre todo de la distensión del bloque comunista de Europa del Este, puede tener en el desarrollo inmediato y futuro de la ciencia política.

En el lapso de apenas unos cuantos años el género humano ha visto transformaciones en la escena mundial que, en otros tiempos y circunstancias, hubieran implicado ciclos de varias décadas para desarrollarse. El colapso del viejo sistema soviético, el fin de la Guerra Fría, la revaloración de la democracia y del

mercado, la multiplicación de los centros hegemónicos y la reestructuración de la economía-mundo, son tan sólo los cambios visibles de un complejo proceso que escapa a cualquier posibilidad de comprensión global.

Por el momento sólo es posible determinar algunos efectos producto de dichas transformaciones. Así, por ejemplo, el colapso del comunismo replantea no sólo el papel del mundo soviético, sino también los propios presupuestos de la defensa militar y la confrontación entre Estados Unidos y la Unión Soviética. El fin de la Guerra Fría se expresa sobre todo en una disminución de los conflictos regionales (Afganistán, Angola, Centroamérica, etcétera) producto de la rivalidad de los superpoderes. La Unión Soviética, como polo hegemónico, cede su lugar a Europa Occidental (en particular Alemania) y a Asia del Este (en particular Japón), con lo que la rivalidad militar se desplaza cada vez más hacia la competencia económica y el intercambio comercial.<sup>2</sup>

En términos económicos, el triunfo de la economía de mercado, por una parte, y de las políticas neoliberales, por la otra, configuran un mundo de intercambios y alianzas económicas entre los centros de poder en el cual no parecen tener mayores beneficios los países del Tercer Mundo. En relación con los países de Europa Oriental, que obviamente capturarán los recursos económicos de la Comunidad Europea en el futuro inmediato, los países de América Latina, África y Asia, salvo excepciones, verán agravarse sus problemas de integración económica y desarrollo interno, pues su papel de proveedores de materias primas y de mano de obra barata les confiere un lugar claramente subordinado y dependiente en una economía mundial cada vez más automatizada.<sup>3</sup>

Considerando la magnitud de estos cambios, resulta lógico esperar que su efecto se dejará sentir en mayor o menor medida en todas las esferas del quehacer humano y en todos los subsistemas sociales. Es precisamente en este contexto donde nuestra interrogante inicial cobra sentido. Siendo las ciencias sociales las disciplinas científicas que supuestamente proporcionan la interpretación más objetiva de las implicaciones de estos cambios, resulta significativo preguntarse en qué medida se verán afectadas en su patrón evolutivo como consecuencia, ya sea de las nuevas condiciones mundiales o de la exigencia de dar cuenta de los muchos fenómenos inéditos que experimentamos en la actualidad.

Más específicamente, nos interesa reflexionar en estas páginas sobre el desarrollo posible de la ciencia política, cuya rápida evolución desde los años cincuenta hasta la fecha la convierte en una de las ciencias sociales más importantes. Suponemos de entrada que el cambiante contexto mundial afectará sensiblemente no sólo a los contenidos y los paradigmas dominantes hasta ahora dentro de la disciplina, sino también a los patrones de profesionalización e institucionalización que la han caracterizado. Obviamente, dicho efecto sólo puede establecerse diferencialmente por cuanto la disciplina muestra estadios de desarrollo muy diversos de un país a otro o de una región geográfica a otra. Asimismo, en un análisis de este tipo, es necesario ser cuidadosos en evitar adjudicar todos los cambios en la disciplina al contexto de referencia, por cuanto la evolución de los paradigmas dentro de la ciencia política tiene que ver también con ciertas reglas implícitas a toda disciplina científica que, más que referirse a factores coyunturales, tiene relación con

la propia acumulación de los saberes y la depuración de sus referentes teóricos.

## II

Para proceder con este análisis consideraremos dos aspectos centrales: 1) las diferentes etapas evolutivas de la ciencia política y 2) las diferentes áreas definitorias de la ciencia política.

Respecto al primer punto, podemos establecer diferentes etapas de desarrollo de la ciencia política a partir de cuando menos dos aspectos: *a)* el nivel de autonomía de la ciencia política respecto a otras disciplinas, y *b)* el grado de institucionalización de la disciplina.

El nivel de *autonomía* se refiere sobre todo a si la reflexión de la realidad política ha alcanzado o no un *status científico*; es decir, si la ciencia política se ha convertido en el «monopolio» del discurso especializado (científico) sobre lo político, siendo reconocida como *autónoma* respecto a otras disciplinas (sociología, filosofía, historia, etcétera). Por *status científico* entiendo simplemente el estudio o investigación de los diferentes aspectos de la realidad política con las metodologías propias de las *ciencias empíricas*.<sup>4</sup> Las diferentes etapas de la ciencia política pueden ser establecidas así por la mayor o menor *autonomía* alcanzada por la disciplina.

En lo que respecta a la *institucionalización* de la disciplina, nos referimos simplemente a si la ciencia política ha alcanzado un lugar en la vida académica del país, lo cual se determina por la existencia o no de publicaciones especializadas, licenciaturas y posgrados, institutos de investigación, etcétera.<sup>5</sup>

Considerando el nivel en que se presentan estos dos aspectos podemos establecer cuando menos cuatro etapas evolutivas de la disciplina: 1) precientífica, 2) baja institucionalización, 3) alta institucionalización pero en busca de su autonomía, y 4) consolidada.

Ahora bien, si deseamos determinar el efecto de las transformaciones mundiales actuales en el desarrollo de la ciencia política, debemos establecer previamente para cada contexto nacional o área geográfica el estadio en el que se encuentra la disciplina (véase la figura 1). De acuerdo con una revisión muy somera de la literatura existente sobre el tema, podríamos establecer la siguiente clasificación tentativa:<sup>6</sup>

*a)* La ciencia política empírica conoce sus mejores desarrollos en Estados Unidos, Canadá y en algunos países de Europa Occidental, tales como Italia, Inglaterra, Alemania, Francia y, de manera más reciente, España. En todos estos casos la ciencia política ha logrado plena autonomía y en conjunto concentran alrededor del 90 por ciento de la producción mundial en la disciplina.

*b)* En un estadio inferior deben colocarse el resto de los países de Europa Occidental, varios países de América Latina (México, Brasil, Argentina, Chile, Uruguay), así como los casos de Israel, Japón, India y Australia. En todos estos países la ciencia política ha conocido importantes desarrollos; el nivel de institucionalización es elevado y existen aportaciones originales a la disciplina. En contrapartida, no puede afirmarse que la ciencia política haya alcanzado aquí plena autonomía, pues aún se debaten su cientificidad y especificidad.

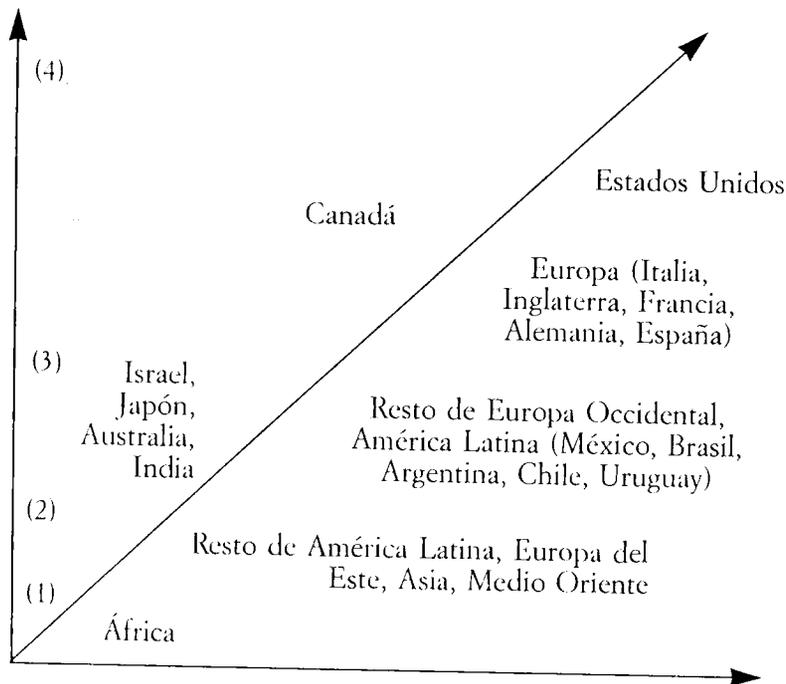
*c)* Los países donde la ciencia política empírica ha conocido algún nivel de profesionalización, pero care-

ce casi por completo de *status* científico son sobre todo los de Europa del Este, el resto de los países de América Latina, buena parte del Medio Oriente y de Asia.

d) Finalmente, la ciencia política se encuentra en una fase precientífica o simplemente no existe en prácticamente todo el continente africano y en algunos países de Asia.

Pero si nos interesa ver las variaciones específicas en el desarrollo de la disciplina para cada contexto, es necesario distinguir el segundo aspecto sugerido antes: las diferentes áreas definitorias de la ciencia política.

Figura 1  
Las etapas evolutivas de la ciencia política por áreas geográficas hasta 1990



### III

Para fines de la exposición sugiero considerar las siguientes tres áreas definitorias de la ciencia política: a) contenidos y temáticas, b) paradigmas dominantes y c) concepción de la ciencia política.

Nuestra hipótesis explicativa sobre este punto puede plantearse en los siguientes términos: el efecto de las transformaciones mundiales actuales en el desarrollo de la ciencia política será mayor, cuanto mayores sean las variaciones que presenten cada una de estas áreas en cada contexto nacional.

Para comenzar con la primera de las áreas señaladas, es decir, los contenidos y temáticas de la ciencia política, es posible advertir grandes transformaciones a escala mundial, incluyendo a Europa del Este. Recientemente, Carole Pateman, actual presidente de la Asociación Internacional de Ciencia Política, ha exhortado a la comunidad politóloga a «construir una nueva ciencia política para un nuevo mundo». Entre el elenco de las nuevas temáticas que ya ocupan el interés de un creciente número de politólogos, Pateman señala las siguientes: las transformaciones y consecuencias de los sistemas políticos; las condiciones para la democracia y el desempeño democrático (nuevos *cleavages* sociales, problemas de la modernización); la política económica y su impacto social; la integración económica, el nuevo orden económico y el papel del Estado; las posibilidades de un Estado global; las transiciones poscomunistas, etcétera.<sup>7</sup>

De acuerdo con lo anterior, la ciencia política muestra en la actualidad un renovado interés por la *política comparada* y la *macropolítica*. Ello es importante ya que la tendencia dominante en la ciencia política

empírica la había llevado, en virtud del rigor científico y el culto al dato, a los terrenos de la especialización y parcialización extremas, por no hablar de la creciente trivialidad o irrelevancia de muchos de sus temas.<sup>8</sup> Pero de ser así, la ciencia política deberá volver a discutir sus presupuestos de base y definir sus propias fronteras respecto a la teoría política, la filosofía política y otras ciencias sociales. De ello nos ocuparemos más adelante.

Pero quizá más importante que este primer aspecto es identificar cómo las actuales transformaciones mundiales afectan a los paradigmas dominantes de la ciencia política en cada contexto nacional.

No obstante, para evitar confusiones, conviene advertir previamente algunas características propias de los paradigmas dominantes en las ciencias sociales. Siguiendo a Thomas S. Kuhn, quien ha desarrollado el análisis más sólido sobre este tema, un paradigma define una etapa o un estadio de una ciencia. En ese sentido, el paradigma constituye un conjunto particular de ideas filosóficas, teorías científicas y normas metodológicas que predominan en un estadio de una ciencia o de varias ciencias y que lo distingue de otros.<sup>9</sup>

Sin embargo, esta interpretación presenta algunas dificultades cuando lo que se considera son las ciencias sociales. En el modelo de «ciencia normal» de Kuhn (periodo en el que los académicos están intensamente ocupados en la tarea de la «articulación paradigmática»), la acumulación de datos para apoyar el paradigma dominante convencionalmente aceptado, es tan engañosa como su imagen contraria de «revolución científica». En efecto, las ciencias sociales no están dominadas por un sólo paradigma, y nuevas teorías modifican —si no es que sustituyen por comple-

to— las viejas. Para el caso de las ciencias sociales, la «ciencia normal» no es necesariamente estática en lo teórico, como lo implica el modelo de Kuhn, sino que con frecuencia está caracterizada por reducciones incrementales en los residuos inexplicables y por refinamientos en las teorías existentes.<sup>10</sup>

En ese sentido, los avances o cambios recientes en el análisis de los aspectos políticos no necesariamente tienen que ver con lo que Kuhn define como «revolución científica», sino que con frecuencia constituyen avances mucho más modestos en la comprensión de estos fenómenos que buscamos entender. Tienen que ver más con este último interés que con la búsqueda explícita de nuevas y fuertes rupturas teóricas.

Considerando este aspecto según los diferentes contextos nacionales, podemos observar diferencias interesantes. Así, por ejemplo, mientras que en Estados Unidos y en Europa Occidental, es decir, allí donde la ciencia política ha logrado consolidarse, no existe un paradigma dominante y parece que la llamada por David Easton «etapa poscomportamentista» (es decir, una etapa dominada por el cuestionamiento de los enfoques tradicionales de la ciencia política empírica, pero también por un amplio pluralismo teórico y metodológico)<sup>11</sup> continuará aún por largo tiempo, en los países de Europa del Este y en otros contextos nacionales (presumiblemente México, Brasil, Argentina y otros países latinoamericanos), donde el marxismo llegó a ser la concepción del mundo dominante entre los científicos sociales al grado de entorpecer el desarrollo de otras perspectivas, se vive en la actualidad un verdadero vuelco ideológico y, en consecuencia, teórico.

En el caso de estos últimos países podemos observar un claro intento por incorporar en la ciencia polí-

tica local metodologías más empíricas y sofisticadas, elaboradas originalmente en Estados Unidos y en Europa. Así, por ejemplo, en países como México o Brasil existe hoy más lugar que en el pasado tanto para las metodologías funcionalistas como para las perspectivas racionalistas (*v.gr.* teoría de juegos, elección pública, etcétera), a pesar de que las difíciles condiciones económicas de estos países frenan o retardan la evolución de las metodologías y técnicas más refinadas. Con todo, el nuevo interés en estas perspectivas largamente ausentes en estos países así como el menor prejuicio en torno a ellas, nos permite predecir que el fin del marxismo como paradigma dominante será importante en la práctica para avanzar en la *autonomía* de la ciencia política y, en consecuencia, en su consolidación.

En efecto, en virtud de la fuerte influencia del materialismo histórico en América Latina, la ciencia política se perdió aquí en la interdisciplinarietà, por lo que cuestiones como el papel de la política, el poder y el Estado fueron reducidas a aspectos secundarios y dependientes de factores socioeconómicos. En el futuro, una de las tareas de la ciencia política en estos países es precisamente generar un entendimiento comparativo sustancial del papel de la política en el desarrollo.<sup>12</sup>

En lo que respecta a los países de Europa del Este, en un artículo reciente Gabriel Almond documenta la apertura de los rusos hacia los métodos y técnicas originadas por la ciencia política estadounidense y europea. Esta tendencia parece hoy irreversible.<sup>13</sup>

A ello debe añadirse la existencia de mejores condiciones estructurales para el desarrollo de la investigación politológica en varios de estos países. En efecto, considerando que existe una relación estrecha entre

«campo científico» y «campo político», cabe esperar que la democratización gradual de Europa del Este permitirá una reflexión de la política más autónoma o menos comprometida con la élite en el poder y menos mediada por los principios ideológicos del régimen<sup>14</sup>.

En el caso de los países que aún no conocen un desarrollo de la ciencia política o donde la reflexión de lo político se encuentra en un estadio precientífico (presumiblemente África y buena parte de Asia y de Oriente Medio), el tipo de problemas es otro. Como señalan Gunnell y Easton, el principal problema aquí parece ser cómo afirmar una ciencia política más vinculada con sus problemas políticos, pues la incorporación de paradigmas externos parece estar divorciada de sus problemas locales; es decir, se realiza un balance crítico de su aplicabilidad y utilidad. En efecto, el imperialismo de las ideas puede dominar tan profundamente la ciencia política local en países donde está menos desarrollada, al grado de hacer que prácticas de investigación teórica y empírica inadecuadas para la sociedad receptora suplanten a las que se estaban formando localmente<sup>15</sup>.

Es posible extraer una primera conclusión de lo expuesto hasta aquí: al modificarse estas áreas de la ciencia política como resultado de las transformaciones mundiales actuales, es posible prever también cambios sustanciales en la profesionalización de la disciplina ahí donde todavía muestra desarrollos insuficientes, pero sobre todo en América Latina y en Europa del Este.

Pero quizá el análisis más útil para observar la relación entre las actuales transformaciones y la ciencia política consiste en determinar en cada contexto nacional si la ciencia política ha visto modificaciones en su propia concepción o forma de entenderse.

## IV

Sobre esta última área definitoria de la ciencia política sólo puedo mencionar aquí lo que parece una tendencia dominante, sobre todo en Estados Unidos en algunos países europeos.

Siguiendo a David Easton, la ciencia política en Estados Unidos ha pasado en los últimos tiempos por dos momentos de desarrollo que la obligan en la actualidad a redefinir su propia concepción: *a)* una fase de crisis del programa original de la disciplina, tal y como se sustentó en la segunda posguerra, y *b)* una etapa de crítica postempirista de la ciencia política.<sup>16</sup>

Como es sabido, el programa original de la ciencia política fue delimitado por la corriente comportamentalista, con base en los siguientes principios originados en el neopositivismo: *a)* explicaciones basadas en leyes generales, *b)* objetividad y neutralidad valorativa, *c)* métodos cuantitativos y estadísticos, *d)* sistematicidad y acumulación teórica. Posteriormente, todas las elevadas expectativas de científicidad que estos principios implicaban y su impracticabilidad real en el campo de las ciencias sociales, surgieron importantes críticas a la ciencia política tanto desde dentro como desde afuera de la disciplina. Así, por ejemplo, se puso en evidencia que las ciencias sociales tienen una idea de progreso menos clara que la que existe en las ciencias exactas; es decir, muchas de sus teorías no sugieren avance o acumulación teórica. En segundo lugar, estas disciplinas se ven atravesadas por componentes normativos propios de las *visiones del mundo* que no pueden ser neutralizadas, sino que se filtran en las tradiciones de investigación, condicio-

nando las propias teorías. Finalmente, en las ciencias sociales no existen leyes en el sentido fuerte del término, es decir, proposiciones que estipulen relaciones (condicionamientos) invariantes, de validez universal, sino sólo proposiciones que atestiguan regularidades inductivas, generalizaciones empíricas, delimitadas en el tiempo y en el espacio. A ello debe añadirse que la ciencia política no dispone de un cuerpo teórico común y aceptado por todos ni de una concepción única de la explicación científica o de la racionalidad propia de los fenómenos políticos, ni mucho menos de una sola modalidad de control de las teorías.<sup>17</sup>

Ciertamente, el debate en torno a la científicidad de las ciencias sociales está lejos de haberse agotado. En todo caso, lo que nos interesa subrayar aquí es que después de estos dos momentos de desarrollo de la ciencia política, parece ganar cada vez mayor consenso la idea de debilitar o hacer flexibles las fronteras tradicionales de la ciencia política y de la filosofía política, para superar así la llamada «tragedia» de la ciencia política, según una conocida interpretación.<sup>18</sup>

Para algunos autores, las diferencias entre la ciencia política y la filosofía política son tan sólo aparentes o de grado: ambas disciplinas tratan de estudiar la realidad política; ambas están involucradas con juicios de valor; ambas trabajan con teorías y evidencias empíricas; etcétera.<sup>19</sup> En este orden de ideas, se sostiene que con el debilitamiento de las fronteras existentes entre estas dos disciplinas, la ciencia política tradicional y con pretensiones de *hard science*, empeñada hasta ahora en alcanzar el *conocimiento objetivo* de la vida política, puede superar su limitada atención a los problemas más globales o de macropolítica. Asimismo, al tornarse flexible la idea tradicional de

la neutralidad valorativa, la ciencia política puede enfrentar mejor los problemas cruciales de nuestro tiempo, como la crisis de las instituciones democráticas, el papel del Estado en las cuestiones sociales, etcétera.

Una posición menos radical hablaría simplemente de la necesidad de una mayor comunicación entre la ciencia política y la filosofía política. Desde esta perspectiva, la filosofía política, entendida como toda reflexión sobre el fenómeno político que no se limita a estudiar el comportamiento «observable» de los actores políticos y el funcionamiento de los sistemas políticos, sino que también problematiza los medios, fines y sentido de la experiencia política, procuraría a la ciencia política las visiones de la política (o, de manera más general, del hombre, de la sociedad o de la historia) que son el presupuesto de cualquier investigación en ciencias sociales. Por otra parte, la filosofía política permite al politólogo adquirir una mayor conciencia sobre las categorías filosófico-políticas empleadas en su trabajo. Por su parte, la ciencia política ofrece a la filosofía política una ayuda nada despreciable derivada de lo que las explicaciones causales permiten para la reflexión filosófica. Por otra parte, los conocimientos causales que produce la ciencia política pueden convertirse en el soporte o simplemente en el refuerzo de la plausibilidad de las teorías políticas. Son precisamente las teorías empíricas las que proporcionan los conocimientos causales indispensables a las teorías políticas, mediante las cuales buscamos comprender el sentido de una fase histórica, de una época, y de influir, mediante su circulación, el espíritu público de la sociedad en que vivimos.<sup>20</sup>

En una línea cercana a la anterior, Gabriel Almond

ha subrayado recientemente la necesidad de arribar a un lugar de encuentro entre los diferentes sectores y escuelas involucradas en la reflexión de la política, independientemente de su origen más o menos científico, a fin de integrarlas y garantizar la acumulatividad de los saberes producidos. Dicho lugar de encuentro no es otro que la teoría política o, para decirlo con la propia metáfora empleada por Almond, la «cafetería del centro» que abastece a las diferentes «mesas separadas» dentro de la disciplina.<sup>21</sup>

Esta pretensión, sin embargo, parece francamente lejana de la realidad. En la práctica, los sectores más cuantitativos, empíricos o racionalistas de la ciencia política y que han mostrado un impresionante desarrollo en Estados Unidos en fechas recientes consideran que la verdadera ciencia política apenas está naciendo y que todavía nos encontramos en la prehistoria de la disciplina.<sup>22</sup> Con esta posición, parece cancelada de antemano la comunicación entre los diferentes sectores de la ciencia política.

Lo paradójico es que por esta última vía, lo que la ciencia política gana en rigurosidad lo pierde en autonomía, pues es de sobra conocido que el tratamiento de lo político operado por la mayoría de estos sectores científicamente «duros» parte primordialmente de la incorporación de métodos y asunciones provenientes de la economía; es decir, de aquella disciplina social que en términos científicos ha conocido los avances más consistentes. No por casualidad, muchos de los investigadores identificados con esta corriente gustan de ser ubicados bajo la rúbrica de «análisis económico de la política».

¿Cómo está cambiando entonces la concepción dominante de la ciencia política? Personalmente, considero que no debe echarse en saco roto la exhorta-

ción de Almond y de otros politólogos identificados primordialmente con la primera etapa de la ciencia política empírica. Así, a pesar de que un núcleo importante dentro de la disciplina se aleja de sus antecesores para caminar hacia el perfeccionamiento de metodologías y de técnicas de investigación cuantitativa altamente complejas, la única vía que permite avanzar hacia una nueva ciencia política para un nuevo mundo, es decir, una ciencia política capaz de ofrecer explicaciones coherentes de los actuales fenómenos globales inéditos, es el de la complementariedad interdisciplinaria y la comunicación y el pluralismo teórico intradisciplinario. Éstas son, pues, las dos posiciones en disputa. Huelga decir que el futuro de la ciencia política depende mucho de la concepción de la disciplina que alcance el mayor consenso en el corto plazo.

## NOTAS

<sup>1</sup> N. Bobbio, «Scienza Politica», en N. Bobbio, N. Matteucci, G. Pasquino (eds.), *Dizionario di Politica*, Turín, UTET, 1983, pp. 1025-1026.

<sup>2</sup> Cfr. A. Ryan, «Socialism for the Nineties», *Dissent*, Nueva York, vol. 37, núm. 4, 1990, pp. 436-443; K. Tester, «The Collapse of Existing Socialism», *Telos*, Nueva York, núm. 83, 1990, pp. 151-161; D. Nelson, «The Soviet Union and Europe», *Telos*, Nueva York, núm. 84, 1990, pp. 124-154.

<sup>3</sup> En otro trabajo me he ocupado de las transformaciones que es posible advertir en América Latina como producto de las actuales condiciones mundiales. Véase C. Cansino y V. Alarcón Olguín, *América Latina: ¿Renacimiento o decadencia?*, San José, FLACSO-Costa Rica/ CIDE, 1994.

<sup>4</sup> N. Bobbio, *op. cit.*, p. 1021.

<sup>5</sup> De acuerdo con Luigi Graziano, la ciencia política es un campo de estudio que ha encontrado una institucionalización más o menos completa en la división del trabajo académico según recorridos temporales y diversos de un país a otro. Las dimensiones que para este autor definen la evolución de la ciencia política son el desarrollo teórico y la institucionalización académica. L. Graziano, Introducción a L. Graziano, D. Easton y J. Gunnell (eds.), *Fra scienza e professione. Saggi sullo sviluppo della scienza politica*, Milán, Franco Angeli, 1991, p. 8.

<sup>6</sup> Para el caso de Estados Unidos véanse D. Easton, «Political Science in the United States. Past and Present», *International Political Science Review*, vol. 6, núm. 1, 1985, pp. 133-152; A.W. Finifter (ed.), *Political Science: The State of the Discipline*, Washington, American Political Science Association, 1983; G. Almond, *A Discipline Divided. Schools and Sects in Political Science*, Newbury Park, Cal., SAGE, 1990. Para el caso de Canadá véanse J.E. Trent, «Factors Influencing the Development of Political Science in Canada: A Case and a Model», *International Political Science Review*, vol. 8, núm. 1, 1987, pp. 9-24. Para el caso de Europa Occidental véase R. Rose, «Institutionalizing Professional Political Science in Europe. A Dynamic Model», *European Journal of Political Science*, núm. 18, 1990, pp. 581-603; D. McKay, «Why is there a European Political Science?», *ECPR News*, marzo de 1990, pp. 29-31. Para mayor información por países véanse L. Morlino, «Political Science in Italy: Tradition and Empiricism», *European Journal of Political Research*, núm. 20, 1991, pp. 241-258; E.C. Page, «British Political Science and Comparative Politics», *Political Studies*, vol. 38, 1990, pp. 438-452; J. Leca, «La ciencia política in Francia. Alcune riflessioni sull'organizzazione intellettuale della disciplina in rapporto al suo contesto storico e sociale», en L. Graziano, D. Easton y J. Gunnell (eds.), *op. cit.*, pp. 17-62; H. Kastendick, «Political Development and Political Science in West Germany», *International Political Science Review*, vol. 8, núm. 1, 1987, pp. 25-40; J.M. Vallés, «La ciencia política nella Spagna contemporanea: una veduta d'insieme», en L. Graziano, D. Easton y J. Gunnell (eds.), *op. cit.*, pp. 143-169; D. Ancakar, «Political Science in the Nordic Countries», *International Political Science Review*, vol. 8, núm. 1, 1987, pp. 73-84. En lo que respecta a América Latina véanse M.C. Guinazú y M.A. Gutiérrez, «Political Science in Argentina: from Instability to Transition», *Bulletin*, The Canadian Political Science Association, vol. 20, núm. 2, Laval University, Quebec, mayo de 1991; C. Can-

sino, R. Maggi, H. Zamitiz (comps.), *La ciencia política en México. Estado actual y perspectivas*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1986; B. Lamounier (ed.), *A Ciência Política nos Anos 80*, Brasilia, Universidade de Brasilia, 1982. En lo que se refiere a Europa del Este véase J. Tarkowski, «Sienza politica e sociologia: due diverse risposte alla crisi polaca (1980-1987)», en L. Graziano, D. Easton y J. Gunnell (eds.), *op. cit.*, pp. 231-264. Para el caso de África véase A. Jinadu, «La scienza politica nell'Africa anglofona: contesto e logica di sviluppo in prospettiva storica», en L. Graziano, D. Easton y J. Gunnell (eds.), *op. cit.*, pp. 301-329.

<sup>7</sup> C. Pateman, «A New Democratic Theory? Political Science. The Public and the Private», ponencia presentada en el XV IPSA World Congress, Buenos Aires, 21-25 de julio de 1991.

<sup>8</sup> En un texto reciente, Lawrence Mayer advertía algunas de las implicaciones negativas de haber abandonado los estudios comparados en favor de los estudios de aspectos cada vez más específicos. De igual modo, son sugerentes sus observaciones sobre cómo es posible y por qué es deseable superar las contradicciones y límites característicos de este sector de investigación dentro de la ciencia política. L.C. Mayer, *Redefining Comparative Politics. Promise versus Performance*, Newbury Park, Cal., SAGE, 1989. Sobre este punto véanse también G. Sartori, «Dove va la Scienza Politica?», en L. Graziano (ed.), *La Scienza Politica in Italia. Bilancio e prospettive*, Milán, Franco Angeli, 1984, pp. 98-114; J. Lane y S. Ersson, «Comparative Politics: From Political Sociology to Comparative Public Policy», en A. Leftwich (ed.), *New Developments in Political Science. An International Review of Achievements and Prospects*, Aldershot-Vermont, Edward Elgar & Gowe, 1990, pp. 61-81.

<sup>9</sup> T.S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, University of Chicago Press, 1962. Véase también R. Farfán, «La repercusión de los conceptos de 'paradigma' y 'ciencia normal' de Thomas S. Kuhn en las ciencias sociales», *Sociológica*, México, UAM-Azcapotzalco, vol. 3, núms. 7/8, mayo-diciembre de 1988, pp. 45-86.

<sup>10</sup> Cf. L.C. Mayer, *op. cit.*, pp. 291-292. Véase también R. Inglehart, «Changing Paradigms in Comparative Political Behavior», en A.W. Finifter (ed.), *op. cit.*, pp. 429-469; W.J. Bluhm, «Introduction: A Call for Paradigm Synthesis», en W.J. Bluhm (ed.), *The Paradigm Problem in Political Science. Perspectives from Philosophy and from Practice*, Durham, North Carolina, Carolina Academic Press, 1982.

<sup>11</sup> D. Easton, *op. cit.*, pp. 140-145.

<sup>12</sup> Véase A. Leftwich, «Politics and Development Studies», en A. Leftwich (ed.), *op. cit.*, p. 82.

<sup>13</sup> G. Almond, «The Nature of Contemporary Political Science», *PS. Political Science and Politics*, vol. 23, núm. 1, marzo de 1990, pp. 34-35.

<sup>14</sup> Sobre el problema de las mediaciones entre ciencia y poder véanse: L.W. Pye, «Political Science and the Crisis of Authoritarianism», *American Political Science Review*, vol. 84, núm. 1, marzo de 1990, pp. 3-19; J. Gunnell y D. Easton, «Lo studio dello sviluppo della scienza politica: risultanze e direzioni di ricerca», en L. Graziano, D. Easton y J. Gunnell (eds.), *op. cit.*, pp. 337-338.

<sup>15</sup> J. Gunnell y D. Easton, *op. cit.*, p. 335.

<sup>16</sup> D. Easton, *op. cit.*, pp. 133-152.

<sup>17</sup> Entre los principales politólogos que en su momento advirtieron los límites de la ciencia política empírica pueden señalarse G. Almond, «Clods, Clocks, and the Study of Politics», en G. Almond, *A Discipline...*, *op. cit.*, pp. 32-65 (la primera publicación de este ensayo data de 1977); C.E. Lindblom, «Still Muddling, not yet Trough», *Public Administration Review*, noviembre-diciembre de 1979; D. Easton, *op. cit.* Un recuento de los principales cuestionamientos al programa original de la ciencia política empírica puede encontrarse en D. Zolo, *La democrazia difficile*, Roma, Editori Riuniti, 1989, pp. 46-68. Una crítica más reciente puede encontrarse en P.G. Cerny, *The Changing Architecture of Politics*, Londres, SAGE, 1990. Según este autor, el estudio sistemático de la política sufre de una profunda ambigüedad y esquizofrenia: la conceptualización teórica de cómo trabajan las instituciones políticas y de su efecto está muy subdesarrollada. De acuerdo con ello, nos encontramos en una pobre situación para entender las estructuras y evaluar los recientes cambios estructurales en política, economía y sociedad que serán relevantes en el siglo XXI.

<sup>18</sup> Nos referimos al libro de D.M. Ricci, *The Tragedy of Political Science*, New Haven, Yale University Press, 1985. De acuerdo con esta interpretación, la ciencia política en Estados Unidos parece incapaz de producir un «conocimiento político» efectivo precisamente por su empeño en alcanzar un conocimiento cierto y absolutamente preciso —«científico»— de la vida política. Este hecho desvía simultáneamente al politólogo de los temas cruciales de la sociedad en la que vive, como la crisis de las sociedades democráticas, pues estos temas no pueden ser enfrentados seria-

mente por quien hace de la neutralidad política su propio hábito profesional.

<sup>19</sup> Véase, por ejemplo, D. Zolo, *op. cit.*, pp. 61-68.

<sup>20</sup> N. Bobbio, «Per un mappa della filosofia politica», en D. Fiorot (ed.), *La filosofia politica oggi*, Turín, G. Giappichelli Editori, 1990, pp. 5-23.

<sup>21</sup> G. Almond, *A Discipline Divided...*, *op. cit.*, pp. 13-31. Véanse también H. Eckstein, «A Comment on Positive Theory», *PS. Political Science and Politics*, vol. 22, núm. 1, marzo de 1989, p. 77; M.T. Gibbons, «Political Science, Disciplinary History and the Theoretical Pluralism: A Response to Almond and Eckstein», *PS. Political Science and Politics*, vol. 23, núm. 1, marzo de 1990, pp. 44-46; J. Gunnell, «Political Theory. The Evolution of a Sub-Field», en A.W. Finifter (ed.), *op. cit.*, pp. 3-45.

<sup>22</sup> Con esta idea surgieron trabajos tan importantes como: W. Riker y P. Ordeshook, *An Introduction to Positive Political Theory*, Engelwood Cliffs, N.J., Prentice Hall, 1973; J. Buchanan, *The Economics of Politics*, West Sussex, Institute of Economic Affairs, 1978; J. Ferejohn, B. Cain y M. Fiorina, *The Personal Vote*, Cambridge, Harvard University Press, 1987. Dos análisis muy ilustrativos del conjunto de presupuestos de este sector de la ciencia política pueden encontrarse en: T. Moe, «On the Scientific Status of Rational Choice Theory», *American Journal of Political Science*, vol. 23, núm. 1, 1979; G. Almond, «Rational Choice Theory and the Social Sciences», en G. Almond, *A Discipline Divided...*, *op. cit.*, pp. 117-136.

1

# CIENCIA POLÍTICA: ¿UNA DISCIPLINA DIVIDIDA?

*Gabriel Almond*

*Sin lugar a dudas, Gabriel Almond es el politólogo más importante de la etapa desarrollista de la ciencia política empírica. Sus muchas contribuciones en los campos de la política comparada, la cultura política y el desarrollo político son ampliamente reconocidas.*

*Entre las obras que le dieron notoriedad internacional destacan las siguientes: Comparative Politics: A Developmental Approach (1966), The Civic Culture. Political Attitudes and Democracy in Five Nations (1963), Political Development. Essays in Heuristic Theory (1970), Crisis, Choice and Change (1973), En su momento, cada uno de estos trabajos abrió entre la científicos sociales auténticas líneas de investigación. Más aún, muchas de las acepciones conceptuales más comunes entre los científicos sociales se deben a Almond. Tal es el caso del concepto de cultura política.*

*Junto con G.B. Powell, elaboró una tipología de los sistemas políticos según el nivel de desarrollo alcanzado por las estructuras de autoridad y por el nivel de secularización cultural. De hecho, los criterios para estudiar el desarrollo político propuestos entonces siguen siendo los más autorizados para quienes se ocupan de esos temas.*

*Dicho brevemente, la modernización política es entendida por Almond como el proceso a través del cual un sistema político alcanza una cada vez mayor diferenciación estructural (división del trabajo político) y una cada vez más extensa secu-*

larización cultural (proceso a través del cual las actividades políticas y la percepción social de las mismas se hace cada vez más racional y menos sujeta a principios y valores extrapolíticos).

Como señala Almond en la presente entrevista, esta propuesta de análisis propició en su momento varias críticas. Así, por ejemplo, se cuestionó su concepción bastante lineal y teleológica del desarrollo y algunos autores la rechazaron por lo que consideraron sus implicaciones ideológicas proimperialistas. Sin embargo, pese a estas y otras críticas, la propuesta original de Almond sigue siendo la más influyente de cuantas existen sobre la modernización política. Más aún, frente al derrumbe de los socialismos reales, esta propuesta parece cobrar en la actualidad una nueva vitalidad, por cuanto la democracia se ha constituido en la única forma posible de legitimación de la esfera pública. En efecto, hoy más que nunca parece muy difícil refutar que la democratización de un ordenamiento institucional, como condición de desarrollo político, sólo es posible en la medida en que se afirmen tanto una efectiva diferenciación estructural como una cultura política participativa.

Además de ofrecer un balance de la contribución de Almond en estos temas, la entrevista que presentamos a continuación permite conocer la opinión de nuestro autor con respecto al estado actual de la ciencia política. En particular, se discurre sobre las distintas escuelas y corrientes de la ciencia política actual y la forma en que puede establecerse un diálogo fructífero entre ellas. Cabe señalar que este último tema constituye precisamente el objeto de estudio del libro más reciente de Almond: *A Discipline Divided. Schools and Sects in Political Science* (1990).

## 1

## Ciencia política: ¿una disciplina dividida?

— Con toda seguridad usted es el científico de la política que más notoriamente ha influido líneas concretas de investigación. En particular, sus contribuciones sobre el desarrollo político, la cultura política y la política comparada motivaron un sinnúmero de investigaciones desde los años sesenta. En ese sentido, ¿qué balance personal hace Gabriel Almond de su contribución a la ciencia política, treinta años después de que la publicación del libro *Comparative Politics*<sup>1</sup> lo colocara en el centro de la disciplina?

— Mi influencia personal en el campo de investigación de la cultura política así como en la política comparada y el desarrollo político fue mayor en los años sesenta, hasta que, a finales de esa década, surgió el polémico movimiento antidesarrollista prove-

niente de América Latina, mejor conocido como la *teoría de la dependencia*. Asimismo, se dio en esos años una fuerte politización en Estados Unidos de los jóvenes académicos en política comparada.

En ese contexto, la noción de cultura cívica o cultura política fue vista esencialmente como parte de un programa norteamericano de carácter conservador, capitalista e imperialista. Más aún, todo el trabajo del Comité de Política Comparada realizado en el Social Science Research Council en los años sesenta fue catalogado de esta manera; es decir, como un trabajo motivado ideológicamente y destinado a mantener la estructura existente de poder a lo largo del mundo.

Esta concepción tuvo una fuerte influencia. En particular, en los programas de estudio sobre el Tercer Mundo que tuvieron un rápido crecimiento durante esos años, como los estudios sobre América Latina y, en menor medida, sobre África y Asia. Este movimiento dependentista terminó a la larga por desaparecer. Hoy ya nadie lo toma en serio.

Por otra parte, lo que en realidad hizo la teoría de la dependencia fue romper la conexión entre los becarios en el campo de la política comparada con la tradición de la ciencia política y la teoría sociológica europeo-estadounidense. Lamentablemente, esta conexión no ha vuelto a restablecerse, aunque comienza a observarse un mayor reconocimiento por parte de las jóvenes generaciones de estudiosos a las contribuciones de algunos autores antes estigmatizados.

Con respecto a mi mayor contribución a la teoría del desarrollo, ésta bien puede encontrarse en mi libro *Crisis, Choice and Change*,<sup>2</sup> donde se propone un enfoque ecléctico y en esa medida superior a enfoques como los de Juan Linz o Max Weber, aunque en este último se encuentran todos los conceptos y los prin-

cipales modelos metodológicos que yo empleo, tales como: el enfoque macro de la movilización social, la relación entre la industrialización y el desarrollo de estructuras políticas más modernas, el reconocimiento del liderazgo o de la importancia de las coaliciones en el liderazgo. Pero, a diferencia de Weber, en este libro yo incorporé estos conceptos en una metodología tanto en el nivel micro como en el macro. Hasta la fecha, por lo que a la metodología se refiere, considero que los problemas de las teorías del desarrollo fueron solucionados en ese enfoque particular.

— *Pasando a otra cuestión, encuentro muy ilustrativa su descripción de la ciencia política actual a partir de la metáfora de las «mesas separadas». De acuerdo con esta propuesta, existen actualmente cuatro sectores metodológica e ideológicamente contrapuestos dentro de la ciencia política de fin de siglo, por lo que una historia de la disciplina debe ser lo suficientemente flexible como para no excluir a ninguno de estos sectores.<sup>3</sup> Sin embargo, muchos criticarían su propuesta precisamente por genérica y abierta, de tal modo que en la «cafetería del centro» cabrían todos —independientemente de sus objetivos, rigurosidad, ideología— con tal de que se ocupen de los mismos temas. ¿Qué respondería usted a este tipo de críticas a su concepción de una ciencia política dividida?*

— No creo que esa sería la consecuencia del tipo de historia de la disciplina que yo propongo. Las cuatro tendencias que sugiero considerar en una historia de la disciplina demuestran que la ciencia política carece de un centro o corazón. El verdadero centro de la disciplina debe buscarse, en la medida en que ello sea factible, en el objeto estudiado, es decir, en la organización política para el control y el uso de la fuerza. En efecto, todo el trabajo en ciencia política

tiene que ver en alguna medida con el estudio objetivo de la manera en que los hombres se organizan para utilizar el poder coercitivo en los asuntos humanos. El problema con algunos enfoques, como los dependentistas y, en alguna medida, los marxistas, es que niegan la posibilidad de estudios objetivos, pues para ellos no es posible separar la ciencia de la política. Desde ese punto de vista, ellos pertenecen a la historia, pero representan, en algún sentido, una desviación de la noción de ciencia que puede tener una historia. De hecho, la consecuencia de un enfoque marxista a la historia política sería la desaparición de la política y, por extensión, de la ciencia política.

— *Sin embargo, aun admitiendo que el punto de encuentro entre los distintos sectores de la ciencia política es el objeto de estudio, queda el problema del tipo de preguntas que los autores se plantean con relación a lo político, lo cual marca una distinción entre la filosofía política, la historia política y la ciencia política...*

— Cuando hablo de una disciplina singular o de una singular historia de la ciencia política como disciplina, una historia que debería incluir a la filosofía, a los estudios empíricos del derecho y a todas las metodologías que empleamos en el campo de la ciencia política, en ningún sentido quiero sugerir que no existen subtemas en esta historia. Cualquier parte de la disciplina, en la medida en que tiene que ver con problemas sobre el poder político o la estructura política, pertenece lógicamente a la historia de la ciencia política. Lo que las unifica es precisamente el concepto central de organización del poder. Esto significa, en realidad, las instituciones que tienen el monopolio sobre la violencia o la coerción, que como tales también interesan al derecho, a la filosofía y a la sociología, independientemente de los distintos enfoques.

— *En consecuencia, frente al pluralismo teórico-metodológico de la ciencia política y a la ausencia de un paradigma dominante, lo más prudente para los sectores de la disciplina es la comunicación teórica entre ellos, desde posiciones más flexibles y menos pretenciosas.*

— Coincido en ese punto. Esa es precisamente mi posición, en contraste, por ejemplo, con la de los autores identificados con la teoría de la elección racional, quienes tienden a argumentar que sólo existe teoría política cuando se puede matematizar y cuantificar. Obviamente, este tipo de afirmaciones no tiene sentido. Yo rechazo enérgicamente este tipo de enfoques que piensan que tienen el monopolio de la ciencia política.

— *Hablando de los enfoques de la elección racional, usted ha sostenido en muchas ocasiones que se trata de perspectivas reduccionistas y parciales, por cuanto parten de un sólo principio para explicar la política, el homo economicus.<sup>4</sup> Sin embargo, tal parece que esta perspectiva científicamente dura de la ciencia política contemporánea logra cada vez mayor influencia y adeptos. ¿Considera usted que esta tendencia es cierta, al grado de que termine por crear un parteaguas entre la ciencia política, la que ellos hacen, y la prehistoria de la disciplina, como ellos mismos califican a los enfoques que los antecedieron?*

— Es verdad que el enfoque de la elección racional, el más cuantitativo y estadístico de todos, ha cobrado una gran influencia en la disciplina. Es igualmente cierto que ha aportado múltiples contribuciones para el estudio de la política. Sin embargo, en virtud de su reduccionismo, ha sacrificado la capacidad para explorar la variedad de factores que intervienen en la política; en virtud del rigor científico, ha sacrificado

el estudio de muchos fenómenos de la macropolítica. Pero de qué rigor estamos hablando. La teoría de las coaliciones, por ejemplo, que desarrollaron autores como William Riker, ofrece tan sólo una noción genérica y abstracta de coalición, apoyada en números, que en realidad representa un tipo de reduccionismo matemático.<sup>5</sup> En mi experiencia personal, teorías como las de las coaliciones sólo desarrollan alguna capacidad de rigurosidad cuando introducen en el análisis concreto la variedad de las formas empíricas que adoptan las organizaciones políticas.

En síntesis, considero que el enfoque de la elección racional es un primer paso; representa la introducción en la disciplina de complejas matematizaciones y de la lógica formal; cuenta con todas las virtudes y todas las desventajas del formalismo; puede emplearse con fines heurísticos, en la formulación de hipótesis. Sin embargo, cuando se recurre a las teorías propuestas por sus autores es necesario mirar más allá de ellas, a la realidad de la política y la historia política.

— *Algunos teóricos de la elección racional como John Ferejohn consideran que el futuro de la ciencia política será más cuantitativo de lo que hasta ahora ha sido.<sup>6</sup> Más aún, ellos no ven ningún reduccionismo en su trabajo y piensan que su metodología es la única pertinente para producir conocimientos superiores sobre la realidad política. ¿Qué opina usted al respecto?*

— Francamente lo dudo. Más aún, no creo que esto sea verdad para muchos de los teóricos de la elección racional. Pienso en autores como Anthony Downs o Robert Bates. En el caso del primero, sus investigaciones más recientes son completamente institucionales y normativas y no hay nada de teoría de la elección racional en su trabajo actual.<sup>7</sup> Robert Bates,

por su parte, ha señalado que con los modelos de la elección racional se pudo lograr cierto rigor adicional en el estudio de los fenómenos políticos, pero nunca podrán suplantar la necesidad de otras formas de explicación.<sup>8</sup> Así, por ejemplo, al analizar las relaciones entre clases sociales en el nivel macro, los autores de la elección racional parecerían descartar la importancia del nivel macro empírico, pues consideran que todo debe ser reducido a elecciones en el nivel micro. ¿Qué pasa entonces con el análisis empírico y estadístico de curvas, a nivel micro, y con aspectos como el cambio social, el cambio político y el cambio cultural, a nivel macro? En consecuencia, hay algo de ridículo y extremista en los autores que sostienen la superioridad científica de las teorías de la elección racional.

— *En la perspectiva de la comunicación teórica entre las distintas escuelas del pensamiento político, ¿qué opinión le merecen las teorías de la justicia largamente dominantes en la filosofía política anglosajona, o perspectivas más concretas como el neoinstitucionalismo?*

— Pienso que el futuro de la ciencia política incluirá trabajos como los de Michael Walzer sobre los conceptos de justicia o de obligación política, que son estudios deductivos sumamente rigurosos y útiles como fuentes de información.<sup>9</sup> Propuestas teóricas de este tipo son mucho más consistentes y permanentes que otras que en realidad son meras modas destinadas a desaparecer más pronto que tarde, como la teoría de la dependencia. Este último puede ser también el caso de los enfoques de la elección racional, pues sus cultivadores han generado expectativas exageradas superiores a lo que en realidad son capaces de lograr. De hecho, algunos de ellos han comenzado a

regresar al institucionalismo o a lo que se ha dado en llamar neoistitucionalismo.

Ahora bien, no está claro qué es lo nuevo de ese institucionalismo y qué tan nuevo es en relación con el viejo institucionalismo. Para hablar de un «neo» institucionalismo debe existir un «viejo» institucionalismo, y quienes han fundamentado el nuevo, James March y Johan Olsen, nunca dijeron en qué consistía el viejo.<sup>10</sup> ¿Eran estudios legales, descripciones institucionales o qué? Si éste fuera el caso, estos intereses temáticos nunca desaparecieron. Luego entonces, ¿en qué sentido se propone regresar a eso? y ¿cómo se vincula su pretendida rigurosidad metodológica a eso? Sinceramente, tengo una evaluación muy escéptica de ese trabajo.

— *En su opinión, ¿hacia dónde va la ciencia política en la actualidad? En otras palabras, ¿qué ha cambiado en la disciplina desde que usted empezó a trabajar en ella y qué debería cambiar con vistas a un mejor desarrollo?*

— Personalmente pienso que el desarrollo más importante ha sido la manera en que la ciencia política moderna occidental, pero básicamente la generada en Estados Unidos, ha sido recibida recientemente en países como China y Rusia. En ambos casos, después de que el marxismo constituía su única visión del mundo, muchos científicos sociales se han convertido a la ciencia política empírica. En la actualidad se comienzan a estudiar cosas que nosotros estudiábamos hace muchos años en Estados Unidos.

En consecuencia, tengo un punto de vista optimista. En la medida en que los conflictos humanos sean susceptibles de solucionarse mediante prácticas negociadas, la ciencia política será la disciplina a la que se recurra para enfrentar problemas que previa-

mente han sido la ocasión de guerras y conflictos. Me precio de seguir teniendo una actitud muy ilustrada o neoilustrada sobre el futuro de la ciencia política. En ese futuro veo incluso un lugar para la así llamada teoría de la elección racional, pues provee un componente deductivo lógico indispensable. La ciencia siempre ha contado con un elemento deductivo lógico, desde Descartes, y una aproximación experimental empírica, asociada casi siempre a Bacon. Lo que los líderes de la teoría de la elección racional nos están diciendo es que el cartesianismo va a ser dominante en el corto plazo, mientras que yo pienso que ambos componentes seguirán siendo fundamentales. Yo no veo discontinuidad en la evolución de la disciplina, sólo veo discontinuidad en los tipos de métodos y de recursos disponibles. En esencia, nos ocupamos de los mismos problemas que reflexionaron los teóricos de la política del pasado, con la diferencia de que nosotros contamos con un conjunto de metodologías mucho más poderosas.

## NOTAS

<sup>1</sup> G.A. Almond y G.B. Powell, *Comparative Politics. A Developmental Approach*, Boston, Little Brown and Co., 1966 (existe traducción al español: Buenos Aires, Paidós, 1973).

<sup>2</sup> G.A. Almond, S.C. Flanagan y R.J. Mundt (eds.), *Crisis, Choice and Change*, Boston, Little Brown and Co., 1973.

<sup>3</sup> G. Almond, *A Discipline Divided. Schools and Sects in Political Science*, Newbury Park, Sage, 1990.

<sup>4</sup> Véase, en particular, G.A. Almond, «Rational Choice Theory and the Social Sciences», en G.A. Almond, *A Discipline Divided... cit.*, pp. 117-137.

<sup>5</sup> W. Riker, *The Theory of Coalitions*, New Haven, Yale University Press, 1962.

<sup>6</sup> Véase la entrevista a John Ferejohn en este volumen.

<sup>7</sup> Como se sabe, el trabajo clásico de Anthony Downs es: *An Economic Theory of Democracy*, Nueva York, Harper and Row, 1957. Pero en la entrevista, Almond se refiere al siguiente texto del mismo autor: *The Evolución of Modern Democracy*, Washington, D.C., Brookings Institution, 1988, documento inédito.

<sup>8</sup> R. Bates, *Macro Political Economy in the Field of Development*, Durham, Duke University Program in International Political Economy (Working Paper núm. 40), 1987.

<sup>9</sup> Las dos obras más importantes de Michael Walzer son: *Obligations*, Cambridge MA., Harvard University Press, 1970; y *Spheres of Justice*, Nueva York, Basic Books, 1983.

<sup>10</sup> J. March y J. Olsen, «The New Institutionalism: Organizational Factors in Political Life», *American Political Science Review*, núm. 78, septiembre de 1984, pp. 734-750.

2

## EL ESTUDIO CIENTÍFICO DE LA DEMOCRACIA

*Robert Dahl*

*Robert Dahl es uno de los científicos políticos contemporáneos más reconocidos, así como uno de los estudiosos de la teoría de la democracia más influyentes. Actualmente es profesor de ciencia política en la Universidad de Yale. Entre sus numerosos trabajos destacan: A Preface to Democratic Theory (1956), Who Governs? (1961), Political Opposition in Western Democracies (1966), Polyarchy: Participation and Opposition (1971), Dilemmas of Pluralist Democracy (1982), Controlling Nuclear Weapons. Democracy versus Guardianship (1985) y Democracy and its Critics (1989).*

*Entre las nociones acuñadas por Dahl, quizá la más conocida sea la de poliarquía. Con esta noción, Dahl intenta definir a la democracia única y exclusivamente desde la perspectiva de sus componentes reales, sin hacer intervenir elementos ideales o utópicos. Con ello, se proponía un concepto empírico de la democracia útil para la ciencia política. Independientemente de que el resultado es que Dahl traslada a las poliarquías los mismos inconvenientes que menciona respecto de las democracias, pues su definición de poliarquía como régimen con amplia participación y tolerancia de la oposición, puede constituir un concepto ideal, de la misma forma que justicia o libertad, la ciencia política no ha producido todavía una noción alternativa que la supere en su valor empírico.*

*Ciertamente, aunque Dahl admite que las poliarquías reales se encuentran en puntos intermedios de su esquema cartesiano, podría criticársele que el respeto a la oposición es*

*una realidad de las democracias, pero también un ideal no satisfecho completamente. Lo mismo puede decirse de la participación. En ese sentido, el concepto de Dahl estaba desde sus inicios condenado al fracaso, pues sólo le esperaban dos destinos: o el concepto se difundía por el uso y por lo tanto adquiriría las mismas connotaciones y los mismos problemas del concepto de democracia o, como de hecho ocurrió, sólo es citado para decir lo que Dahl entiende por democracia.*

*En la presente conversación se interroga a Dahl sobre estas y otras cuestiones. Así, por ejemplo, se discute sobre la posibilidad de agregar a su definición un tercer elemento: un discurso democrático predominante, a fin de explicitar la unión entre los aspectos ideal y real de las democracias; es decir, de unir aquello que a nuestro juicio Dahl infructuosamente intentó separar. Nos referimos específicamente a un tipo de discurso que se ha mantenido en lo esencial constante desde la oración fúnebre de Pericles hasta nuestros días. Ese discurso que se escucha con escepticismo, pero que se acepta como un ideal. En el discurso democrático está su utopía y el ideal de obtenerla.*

*En esta perspectiva, la democracia posee un ingrediente posibilista que debe mencionarse en su definición. Posibilismo en un doble sentido: en cuanto se admite en mayor o menor medida la posibilidad de acercarse al ideal, y como posibilidad garantizada normativamente, esto es, posibilidad garantizada de una participación ampliada y de tolerancia de la oposición.*

*Cabe señalar que la presente entrevista se realizó con motivo de la aparición en Estados Unidos del libro La democracia y sus críticos, cuya traducción al español ha sido publicada recientemente bajo el sello editorial de Paidós. Creemos que el lector encontrará a continuación una buena introducción a la teoría de la democracia de Dahl y un estímulo para incursionar directamente en la obra de este autor tan sugerente.*

## *El estudio científico de la democracia*

— *Sus diversas incursiones en el tema de la democracia han sido sumamente discutidas e influyentes.<sup>1</sup> En ese sentido, y aunque aparezca como una pregunta muy general, me gustaría saber ¿qué elementos de su propuesta teórica considera hoy más significativos? y ¿cuáles deben ser redefinidos para entender, por ejemplo, los actuales procesos de democratización en Europa del Este?*

— Considero que el aspecto más importantes de mi teoría de la democracia es la forma en que los elementos normativos o valores contenidos en ella se ajustan a los elementos empíricos. Este aspecto no siempre ha sido bien entendido, debido más a fallas personales que a mis lectores, puesto que no siempre he distinguido estos elementos con claridad. Cabe

señalar que he tratado de salvar esta carencia en mi último libro *Democracy and its Critics*.

Los aspectos valorativos de mi teoría de la democracia constan de un conjunto de cinco criterios para el proceso democrático. A saber: *a)* las oportunidades para la participación efectiva; *b)* las oportunidades para lo que yo llamo «entendimiento instruido» o capacidad de conocer los propios intereses o bienes; *c)* el control por parte del *demos* o de los ciudadanos electores sobre la agenda; *d)* la igualdad de garantías en el recuento final de los votos; y *e)* la plena inclusión de todos los adultos en el proceso electoral, que como tal es el criterio más moderno de todos.

Ahora bien, estos criterios no se justificarían si sólo estuvieran flotando de manera arbitraria. Lejos de ello, se justifican con base en dos fundamentos esenciales. El primer fundamento es la noción básica y elemental de la moral o la ética; la noción de que el «bien» o el «interés» de cada ser humano debe ser tomado en cuenta por igual, de que no hay seres humanos inherentemente privilegiados —esto no significa, por supuesto, que la sociedad no lleve a crear varios seres humanos privilegiados—, pero no inherentemente, no como seres humanos. El segundo fundamento es sobre todo un juicio prudencial más que moral: para cualquier adulto, el mejor interpretador de lo que beneficia a una persona es esa misma persona.

Así, tenemos las dos asunciones fundamentales y tenemos los cinco criterios. Ahora bien, estas asunciones y criterios pueden aplicarse a una variedad de diferentes conjuntos de instituciones. Pueden ser aplicados, por ejemplo, a sistemas democráticos muy pequeños, donde la gente se reúne en asambleas o incluso en comités. Sin embargo, mi principal interés ha sido definir lo que se conoce como «democracias

modernas» o «democracias representativas modernas», las cuales yo llamo «poliarquías» a fin de evitar la confusión entre los significados normativo y empírico del término, y para sugerir que el conjunto de las instituciones que llamamos «democracias modernas» puede ser medido según el criterio de qué tan democráticas son tales instituciones. Así, desde que introdujo por primera vez el concepto de poliarquía, creo que el sentido en que yo lo entiendo ha ido ganando algún consenso. Lo que en todo caso me parece claro de un tiempo a esta parte es que la poliarquía, o la democracia representativa moderna, es un conjunto de instituciones necesarias para poner en práctica los cinco criterios mencionados en el contexto de un sistema a gran escala. Dichas instituciones no se requieren en sistemas de escala muy pequeña, ni en sistemas de escala muy grande. El punto que quiero subrayar principalmente es la importancia de esa transición en la idea y en la práctica de la democracia cuando es movida de la pequeña escala de las ciudades-Estado a la gran escala del país o del Estado-nación. Es entonces cuando estas instituciones se vuelven necesarias para impulsar los criterios democráticos.

Estas instituciones democráticas muy familiares para nosotros no lo son tanto en otras latitudes. En Europa del Este, por ejemplo, apenas comienzan a ser redescubiertas. ¿Cuáles son? Los altos oficiales del gobierno deben obtener su cargo mediante elecciones; los comicios deben ser libres e imparciales; debe existir libertad de expresión; deben existir oportunidades para los ciudadanos interesados en participar en la carrera por un puesto público; deben existir oportunidades para formar organizaciones políticas; etcétera.

En todo caso, este es un conjunto de instituciones necesario para los criterios señalados, pero no suficiente. Es así que tenemos poliarquía, que considero una condición necesaria para la democracia, aunque no suficiente. Y cuando nos preguntamos qué sería suficiente, qué otra cosa se necesita, entonces nos topamos con todas las cuestiones que tienen que ver con los sistemas de creencias, las condiciones socio-económicas, las condiciones culturales y subculturales, los factores internacionales, etcétera.

En eso consiste esencialmente mi teoría de la democracia, y en lo que he puesto un mayor énfasis es en tratar de definir lo que estas instituciones son y requieren para la poliarquía. Asimismo, particularmente en mi libro *Polyarchy: Participation and Opposition*, he intentado definir las condiciones que se necesitan en un país para que estas instituciones existan. En los tiempos más recientes he comenzado a cuestionarme más explícitamente por lo que se requeriría para hacer más democrática la poliarquía. En todo caso, se trata de un mixto de aspectos empíricos y normativos.

— *Usted ha hablado de dos componentes fundamentales en su teoría de la democracia: los elementos normativos y los elementos empíricos. Dentro de esta lógica, ¿qué relación establece usted entre la filosofía política, esencialmente normativa o valorativa, y la ciencia política, esencialmente empírica?*

— Si bien siempre me he sentido un científico de la política, un empírico al pensar en la política, considero que ambos aspectos, el empírico y el filosófico, son absolutamente esenciales. En particular ese aspecto de la filosofía que tiene que ver con las normas y los valores.

La razón de ello es que el trabajo empírico que se divorcia de las cuestiones filosóficas fundamentales y

se aleja de las concepciones de lo que es importante y por qué es importante, es decir, cuestiones de valor, puede fácilmente caer en la trivialidad o la irrelevancia. En consecuencia, la filosofía es necesaria a fin de evitar que ello acontezca. En ese sentido, creo que incluso el estudio formal de la gran tradición política es o debería ser una parte importante en la preparación de todo científico de la política, incluso de aquel que sigue el camino de la investigación empírica. En otras palabras, constituye un medio para ayudarnos a ver los grandes problemas detectados por las mentes del pasado. Ello no significa que uno tenga que incorporar a todos estos pensadores en su propio trabajo, sino que son un medio para sensibilizarnos en lo que es realmente importante.

Por otra parte, considero también que los valores políticos, la filosofía política en general (y pienso sobre todo en sus aspectos éticos y normativos), sólo cobran sentido en referencia a lo empírico. Sería difícil decir cosas relevantes o importantes en el terreno de los valores políticos sin conocer suficientemente el mundo empírico. Después de todo, uno actúa en y sobre el mundo, no en y sobre una abstracción, y el mundo se está volviendo cada vez más complejo y más difícil de entender. Ya no es posible para los teóricos entender imaginativamente la vida política actual, y por consiguiente, para ser relevante, la filosofía política debe *entender*, y creo que en una forma sofisticada, el mundo empírico.

Dicho con alguna simplificación, pues el problema es sumamente complejo, no rechazo la separación de estas dos esferas en el terreno metodológico, conceptual o epistemológico o incluso ontológico, sino que rechazo cuando dicha separación se hospeda en algunas personas. Se trata de intelectuales que se sepa-

ran a sí mismos de esos dos mundos, lo cual constituye en ciencia política una pérdida sensible. Con ello no estoy diciendo que todos debemos hacer filosofía política e investigación empírica, sino simplemente que cada una contribuye a sensibilizar a la otra.

— *En el terreno de los valores contemporáneos, la democracia aparece hoy por hoy como la racionalidad éticamente superior e incontrastada. Pese a ello, las democracias modernas atraviesan por muchas dificultades y muchas de sus promesas, como diría Norberto Bobbio, no se han cumplido.<sup>2</sup> En ese sentido, ¿es posible esperar una realización más plena del ideal democrático o es que éste ha tocado ya sus límites?, ¿cómo conciliar los intereses individuales con los intereses colectivos a fin de transitar hacia democracias más equitativas y justas?*

— Hay implícita en su pregunta una serie de muy profundos problemas que tienen que ver con los graves obstáculos para alcanzar una mayor realización del ideal de la democracia. Varios autores se han ocupado de analizar tales obstáculos. En lo personal, podría subrayar cuatro aspectos.

En primer lugar, lo cual es un aspecto muy familiar para nosotros, el capitalismo o una economía de mercado inevitablemente genera desigualdades de ingresos y riqueza y, en consecuencia, de vida, oportunidades, influencia y poder. Éste es en realidad un problema viejo, pero que ahora se vuelve más importante con el declinar o quizá la muerte de la creencia en una alternativa socialista o de una economía socialista como solución. Ésta es ciertamente, y quizá por mucho tiempo, la afirmación de la asociación economía de mercado de propietarios privados y poliarquía. Pero de este tema me ocupé ya en mi *Preface to Economic Democracy*, en donde sostuve

mis razones para esperar que pudieran existir ordenamientos alternativos de posesión de la propiedad más provechosos para el mercado, pero también mejores desde el punto de vista de la democracia. Ignoro cuáles sean las perspectivas reales de ello, seguramente no muy buenas en el corto plazo, pero el tipo de solución alternativa que propuse en este libro fue tratar de colocar de alguna forma un muro muy fuerte entre la riqueza y el dinero, por una parte, y la política, por la otra. Ello no con el objetivo de alterar la distribución de la riqueza, pues en realidad soy muy pesimista al respecto. Estoy consciente de que es muy difícil mantener aquí firmes los diques sin confundir las fronteras.

En segundo lugar, lo cual es un aspecto del que me he ocupado crecientemente en los últimos años, la vida política (o la política pública) se ha vuelto cada vez más complicada y difícil de entender. Esto acrecienta el peligro de que viviremos en una suerte de «meritocracia» *de facto* por parte de las élites que tienen un mejor entendimiento de la política pública, y que pueden comunicar mejor y tienen la autoridad de la experiencia, sobre la gente común que encontrará cada vez más difícil involucrarse. En mi libro *Controlling Nuclear Weapons. Democracy versus Guardianship*,<sup>3</sup> he intentado también proponer algunas soluciones a este problema, considerando sobre todo que muchas de las soluciones ofrecidas hasta ahora son francamente utópicas o incluso extravagantes. Con todo, una vez más, también he manifestado aquí algunas esperanzas en que existen ciertos aspectos que podrían ayudarnos a solucionar ese problema tan difícil.

El tercer aspecto, que por lo demás es extremadamente preocupante en nuestro tiempo y quizá inevitable o irreversible, es la internacionalización de la

vida política. La agenda que existe bajo el control de cualquier país, incluso en un país tan grande y poderoso como Estados Unidos, se está contrayendo. En efecto, la capacidad de controlar nuestra propia agenda política es más frágil que en el pasado. El problema es que los regímenes supranacionales, que ciertamente se formarán o que ya se están formando, no serán ni por mucho democráticos como los regímenes nacionales, a excepción quizá de la Comunidad Europea. Estos regímenes supranacionales se basarán principalmente en la delegación y serán, cualesquiera que sean las instituciones democráticas en ese nivel, extremadamente débiles. En ocasiones pienso que lo que pasó a la ciudad-Estado, cuando la gente perdió el control sobre su agenda, también le está ocurriendo en alguna medida al Estado-nación; es decir, nos estamos incorporando en una sociedad mundial más extensa. Prefiero utilizar este término que el de «comunidad», porque el sentido de comunidad precisamente se diluye aquí.

Finalmente, tenemos el problema que usted menciona, el de los intereses individuales y los intereses más amplios. Aquí hay al menos dos aspectos que quisiera señalar. El primero es el filosófico o, como prefiero decir, el cognitivo. Como señalé anteriormente, la creciente complejidad dificulta cada vez más decir qué es el interés público: ¿cuáles son sus fronteras?, ¿qué grupos necesitan ser tomados en cuenta? Así, por ejemplo, ¿debemos pensar que en Estados Unidos el interés público es algo que concierne exclusivamente a los estadounidenses, o debemos pensar que también tenemos una obligación hacia la gente de México? Moralmente, seguro que sí, pero nuestras instituciones políticas no lo concederán. Así, el aspecto filosófico o cognitivo contenido en este ejemplo se

hace difícil de conocer, y eso lleva a la gente a retroceder a concepciones estrechas en lugar de a tratar de pensar globalmente o en lo que ellos pueden saber y entender.

El segundo aspecto que quisiera señalar aquí es el psicológico o conductista, que es ligeramente diferente del anterior. Se trata de cómo formar ciudadanos interesados en los demás o, al límite, ciudadanos que se afilien a la idea de que hay gente cuyos intereses pueden no ser los mismos que los suyos. Si bien considero que lo más que uno puede pedir es que la gente se afilie a esta idea y no que llegue a conclusiones, sí pienso que puede llegar a respuestas definidas o sólidas o hasta defendibles. Lo que en realidad preocupa es el desarrollo de una cultura que eleve los asuntos privados sobre los públicos. En la actualidad, de nueva cuenta, éste no es un problema simple, es casi un problema empírico, y describirlo empíricamente es más complejo de lo que a simple vista parece. Así, por ejemplo, el trabajo de Donald Kinder de la Universidad de Michigan sugiere que incluso los estadounidenses con frecuencia pensamos en términos límite cuando vamos a las urnas, cuando participamos en elecciones. La noción del ciudadano e intereses individuales no explica —si Kinder está en lo correcto— su conducta.

Éstos son pues los cuatro grandes problemas que yo encuentro como obstáculos para alcanzar un mayor nivel de democratización. Todos son sumamente importantes.

— *Pasando a otro tema, me gustaría conocer su opinión sobre el estado actual de la ciencia política en Estados Unidos. En particular, parece estar creciendo la influencia de aquellos sectores de la disciplina más cuantitativos y rigurosos, como la teoría de la elección racio-*

*nal o la teoría de juegos. ¿Piensa usted que ésta sea una tendencia dominante en la ciencia política norteamericana y que marque un parteaguas entre una etapa precientífica y una propiamente científica de la disciplina?*

— Comparto su opinión, pero creo que existen dos aspectos claramente distinguibles en el desarrollo de las matemáticas y las estadísticas en la ciencia política. Uno es la estadística y el otro es la elección racional. Se trata de dos sectores bastante diferentes. La estadística, quizá por su naturaleza, se propone cuando mucho describir el mundo, y lo realiza sobre todo con números más que en términos verbales no cuantitativos. La elección racional, por su parte, también se propone describir el mundo, pero no examinando realmente el mundo sino haciendo deducciones a partir de un conjunto de asunciones. Es en gran parte puramente deductivo y nunca establece contacto con el mundo real. Sus formas más poderosas son aquellas que empiezan con asunciones racionalistas-egoístas sobre la conducta humana, de donde se deduce un conjunto de conclusiones. En consecuencia, existe una diferencia importante entre los enfoques estadísticos y los de la elección racional.

Ahora bien, el cuerpo de teorías de la elección racional se ha vuelto, ciertamente, mucho más importante, pero considero improbable, dadas sus limitaciones, que se pueda convertir en el paradigma dominante en la disciplina. Así, por ejemplo, dichas perspectivas encaran de manera muy reducida muchos problemas. Seguramente, esta opinión no la comparten quienes practican estos enfoques, pero el hecho es que hasta la fecha no se han ocupado de problemas más relevantes del mundo real.

Por lo que respecta a los estudios estadísticos, me parece que pueden variar desde los muy triviales hasta aquellos que intentan encarar problemas sumamente importantes, en el sentido de que tocan valores muy significativos. Entre estos últimos pienso por ejemplo en el trabajo de mi colega David Cameron quien ha realizado un ambicioso análisis comparativo de la distribución de los ingresos en varios países para ver si la existencia de partidos socialistas en el gobierno marca o no alguna diferencia a nivel de políticas regulativas.<sup>4</sup>

Ahora bien, para volver a su pregunta, considero que sería un desastre para la ciencia política si se cumpliere el derrotero que usted señala; es decir, que tengamos cada vez más trabajos estadísticos o cuantitativos alejados de los grandes problemas. En lo personal, creo que hay espacio para los dos, quizá en mayor proporción para los trabajos estadísticos, pero su mayor o menor pertinencia radicarán en la atención que presten a los problemas más importantes. No puedo predecir cómo evolucionarán ambos sectores, aunque creo que en el largo plazo tenderán a autodebilitarse, amén de que existe una corriente de opinión contraria a una ciencia política exclusivamente matemática y estadística.

— *En relación con ello, ¿qué importancia le confiere a la teoría política?*

— Como usted bien sabe, existen dos formas de utilizar el término «teoría política». En un primer sentido, en la medida en que siempre existe un componente teórico, la teoría política está en todas partes. En este sentido amplio del término, la teoría política es fuerte y de ninguna manera está moribunda. Así, por ejemplo, en la *American Political Science Review*, donde a primera vista parece que no existe teoría polí-

tica, en realidad hay un gran interés por fortalecer el nivel teórico.

En su sentido más convencional, la teoría política es el conjunto de escritos históricos y filosóficos, desde Aristóteles hasta Rawls, por mencionar a uno de los filósofos políticos más influyentes en la actualidad, en que se han discutido los problemas fundamentales de la política. El hecho de que la ciencia política rechace este cuerpo de teorías es sumamente peligroso. La culpa de que esto ocurra no se debe exclusivamente a la gente que la rechaza, sino también a los que con frecuencia se hacen llamar «teóricos políticos»; que enseñan teoría política, pero no se esfuerzan lo suficiente para volverla relevante. La teoría política se vuelve en estos casos únicamente historia de las ideas. Esto puede ser útil, pero, para su mejor integración dentro de la ciencia política, los profesores de teoría política deben enseñar cómo se vincula ésta con los problemas del mundo.

Pero la teoría política también se mueve a menudo hacia aspectos triviales. Es el caso por ejemplo de quien busca una nueva vía para interpretar a Platón o a Rousseau. Con esta pretensión se puede escribir un nuevo libro sobre Platón o sobre Rousseau, pero que en realidad no nos diga mucho sobre la relevancia de sus obras para entender los problemas de nuestro tiempo. No se si esto constituye una tendencia dominante; en todo caso es preocupante si se consideran muchas de las universidades en Estados Unidos.

— *¿Cómo ha evolucionado la ciencia política desde que usted se inició en la disciplina y hacia dónde se encamina?*

— En el tiempo que yo he trabajado han tenido lugar cambios sumamente importantes. Yo hice mis

estudios de licenciatura entre 1936 y 1940. En ese entonces la ciencia política en Estados Unidos era sumamente parroquial. Recuerdo que cuando estudiábamos gobiernos comparados, en realidad estudiábamos Estados Unidos y, de manera muy secundaria, Inglaterra, Francia y quizá la Unión Soviética. Ese era el mundo. Ahora, la ciencia política se ha vuelto más universal en sus objetivos y pretende un mejor conocimiento de las diferentes partes del mundo. Un aspecto de este cambio es que la propia ciencia política comenzó a desarrollarse fuera de Estados Unidos o Inglaterra, en países como Italia, Francia, Alemania, México, Brasil, Argentina, Japón, India, etcétera. En consecuencia, la ciencia política se ha vuelto una disciplina de alcance mundial, no sólo en el sentido de que todo el mundo se ha vuelto objeto de estudio, sino de que la disciplina se ha profesionalizado en muchos países.

Un segundo cambio de gran importancia es precisamente el rápido crecimiento de los análisis cuantitativos. En mi tiempo, a muy pocos se les hubiera ocurrido estudiar estadística en ciencia política. En contrapartida, la disciplina ha visto en la mayoría de las universidades un sensible declinar de la centralidad de la teoría política.

Por lo que respecta al futuro de la disciplina, creo que continuarán la mayoría de estas tendencias: la universalización de la ciencia política, el empleo de técnicas y metodologías cada vez más sofisticadas, etcétera.

<sup>1</sup> Véase, por ejemplo, R. Dahl, *A Preface to Democratic Theory*, Chicago, University of Chicago Press, 1956 (existe traducción al español: México, Gernika, 1987); R. Dahl (ed.) *Political Opposition in Western Democracies*, New Haven, Yale University Press, 1966; R. Dahl, *Polyarchy. Participation and Opposition*, New Haven, Yale University Press, 1971 (existe traducción al español: Madrid, Tecnos, 1989); R. Dahl, *Dilemmas of Pluralist Democracy*, New Haven, Yale University Press, 1982 (existe traducción al español: México, Alianza, 1991); R. Dahl, *Democracy and its Critics*, New Haven, Yale University Press, 1989 (existe traducción al español: Buenos Aires, Paidós, 1992).

<sup>2</sup> N. Bobbio, *Il futuro della democrazia*, Turín, Einaudi, 1984 (existe traducción al español: México, FCE, 1986).

<sup>3</sup> R. Dahl, *Controlling Nuclear Weapons. Democracy versus Guardianship*, Syracuse, Syracuse University Press, 1985 (existe traducción al español: Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1987).

<sup>4</sup> D. Cameron, «The Expansion of the Public Economy: A Comparative Analysis», *American Political Science Review*, vol. 72, núm. 4, 1978, pp. 1243-1261.

3

LA CIENCIA POLÍTICA  
EN SU ENCRUCIJADA

*David Easton*

*De las diversas propuestas teóricas dentro y fuera de la ciencia política que en los años sesenta tomaron parte en el debate sobre el lugar y el papel de la teoría política, la teoría sistémica propuesta originalmente por David Easton ha sido una de las más influyentes. Asimismo, el concepto eastoniano de sistema político se convirtió en poco tiempo en la unidad de análisis más omnicomprendensiva empíricamente. En ciencia política, la primera y única teoría del sistema político fue la formulada por Easton a mitad de los años sesenta.*

*No hay duda de que el enfoque sistémico de Easton alcanzó mucho éxito en la ciencia política. Hubo un momento a la mitad de los años sesenta e inmediatamente después de la publicación en 1965 de los dos famosos volúmenes de Easton: A Framework for Political Analysis y A System Analysis of Political Life, en que el «sistema político» era presentado como el paradigma que estaba volviéndose dominante en la disciplina. Además, en el curso de los años sesenta era realmente frecuente y recurrente la referencia a la teoría sistémica, al menos en forma de citas, declaraciones de adhesión de diversos autores y alguna que otra aplicación empírica.*

*La importancia que asume el sistema político como unidad de análisis fundante de la disciplina o bien como elemento en grado de fijar la identidad de la ciencia política, es evidenciada por el hecho de que se vuelve el elemento cen-*

tral de la definición misma de la política e, indirectamente, de la ciencia política. Cabe recordar que, para Easton, el sistema político es «un conjunto de interacciones abstraídas de la totalidad del comportamiento social a través del cual los valores son asignados autoritativamente en favor de una sociedad». De su propuesta teórica ampliamente discutida por diversos autores se pondría en evidencia la división tripartita del sistema político (régimen político, comunidad política y autoridades) y algunas otras nociones clave susceptibles de aplicación empírica. Cabe señalar que este concepto está en línea con posiciones estructuralistas o funcionalistas. Detrás de las nociones de conjunto y de interrelación existen roles, estructuras, procesos y explicaciones causales, no individuos y acciones con motivaciones para comprender.

Easton ha aclarado que la función de una teoría general es guiar la investigación empírica, retomando aquello que ha sido descubierto y sugiriendo nuevas investigaciones, también en el sentido de incentivar la creación de nuevas informaciones sobre diversos fenómenos. El discurso de Easton puede ser considerado válido aunque no nos encontremos frente a una teoría general, en sentido estricto, sino a un concepto-clave como el de sistema político, con importantes consecuencias para la investigación. Sin embargo, la conciencia de la utilidad de una noción teórica general, no obstante vaga, permanece; y en este sentido permanece también el espacio para un concepto como el de sistema. Pero sobre todo permanece la conciencia de la importancia de las interdependencias —aunque no en su versión más extremista— de las partes que son definidas sólo por sus relaciones y por la totalidad. En ello reside quizá la principal contribución de Easton a la ciencia política.

El objetivo de la presente conversación con Easton es discutir la suerte que su propuesta teórica tuvo en los años subsiguientes a su formulación así como las razones de su impacto inicial. Asimismo, se reflexiona sobre el presente y el futuro de la ciencia política.

## La ciencia política en su encrucijada

— En un libro de 1965, *A Framework for Political Analysis*,<sup>1</sup> usted propuso la primera y hasta la fecha única teoría empírica general de la política: la teoría sistémica. Con el tiempo, el impacto inicial de su propuesta teórica decreció entre la comunidad politológica. Sin embargo, muchos de los conceptos y categorías sugeridos entonces, como la conocida definición del sistema político como asignación autoritativa de los valores en una sociedad, han ganado carta de naturalidad entre los cultivadores de la disciplina. ¿Cómo explica usted estos dos derroteros de la teoría sistémica?, ¿qué función ha jugado realmente la teoría sistémica en el desarrollo de la ciencia política contemporánea?

— En un artículo reciente me he ocupado precisamente de este tema. En él realizo una suerte de

balance crítico de la teoría de sistemas a veinticinco años de haberla propuesto. Bien puedo resumir aquí parte de este análisis.<sup>2</sup> En primer lugar, es un hecho que muchos de los conceptos de la teoría de sistemas han sido plenamente absorbidos por la ciencia política de la misma manera que ha sucedido en otras esferas del conocimiento. Tal es el caso de las nociones de insumos y productos, retroalimentación, demandas y apoyos, etcétera. En segundo lugar, no obstante que la mayoría de los científicos de la política ya no concentran sus esfuerzos en la construcción de una teoría general de la política, la propuesta de caminar en esa dirección sigue considerándose importante. En mayor o menor medida, todos nosotros nos consideramos teóricos de la política; es decir, si queremos que nuestro trabajo sea considerado seriamente debemos demostrar cierta consistencia teórica, independientemente que dicha teoría sea de alcance medio o reducido. [teorías de la elección racional, teoría de juegos, teoría de la legitimidad, etcétera.]

La manera en que yo interpreto este proceso, aunque no cuento aún con los datos suficientes para demostrarlo convincentemente, es que existe una suerte de naturaleza cíclica en el desarrollo teórico de toda disciplina científica. Se trata de una suerte de desarrollo pendular marcado en un primer momento por la recopilación de datos de hecho sin mayor elucubración teórica. Pero en este momento la gente se siente defraudada y se pregunta en qué han invertido tanto tiempo los científicos. Es entonces cuando el péndulo toma otra dirección, y los científicos comienzan a dar sentido a los datos de hecho, es decir, los coloca en una suerte de marco teórico. Pero con el tiempo, las teorías rebasan a los hechos, se vuelven muy abstractas y generales como para representar fiel-

mente la realidad. Surge así una nueva insatisfacción, ahora hacia la teoría, por lo que el péndulo vuelve al punto de partida: debemos recopilar más datos pues nos hemos perdido en la neblina especulativa. Este es precisamente el ritmo que ha marcado los desarrollos de la ciencia política contemporánea. En la actualidad, la disciplina camina en la segunda dirección del péndulo; es decir, muestra como tendencia dominante la mera recopilación y observación de los datos de hecho, y no va más allá de teorías de alcance reducido.] Pero siguiendo con la lógica de esta interpretación, no dudo que en el futuro nuestra comunidad científica se sentirá insatisfecha y se preguntará de nuevo hacia dónde vamos desde aquí, cómo llenar de sentido al conjunto de datos obtenidos de la observación, cómo responder a las grandes interrogantes de la realidad política.

La necesidad de caminar hacia una teoría general de la política puede ser obnubilada en ciertos momentos del desarrollo de la ciencia política, pero no cancelada. Incluso en la estación actual del péndulo, los científicos mantienen algún interés en teorías de alcance reducido, mientras que otros seguimos invirtiendo nuestro tiempo hablando de teorías generales. En mi caso personal, he escrito recientemente un libro sobre la noción de estructura política en el que trato de ser consecuente con esta aspiración.<sup>3</sup> Mi trabajo de los últimos tiempos sigue ubicándose en el ámbito de la teoría, con particular interés en los componentes estructurales, pero analizados en una perspectiva no estructuralista o deconstructivista de la ciencia política.

— *Para seguir con este punto, usted señaló en un artículo de hace algunos años que el concepto de «sistema político» continuaba siendo el más importante y*

*util para la investigación empírica.<sup>4</sup> Sin embargo, en los últimos tiempos podemos apreciar un significativo resurgimiento de perspectivas «neoinstitucionalistas», y con ello del concepto de Estado. ¿Cuál es su opinión al respecto?, ¿considera que el concepto de Estado puede interesar a un número creciente de politólogos en el futuro?*

— El así llamado neoinstitucionalismo es sólo parcialmente una reflexión sobre el resurgimiento del concepto de Estado. En realidad, autores como March y Olsen parten de una orientación no estatista.<sup>5</sup> Para ellos el concepto de Estado aparece sólo incidentalmente.

Por otra parte, si bien la ciencia política en los años cincuenta y sesenta era consciente de que todo comportamiento político está moldeado por la estructura política en la que se expresa, se cuidó de no seguir los pasos de la antropología o de la semiótica claramente influidas por los enfoques estructuralistas. A diferencia de estas disciplinas, la ciencia política —y aquí pienso sobre todo en Estados Unidos— no se vio fuertemente influida por el estructuralismo. Es tan sólo en los últimos años cuando este enfoque ha adquirido alguna repercusión en Estados Unidos, con lo que la idea del Estado ha surgido como un valor importante. Así, mientras que en el período comportamentista los científicos de la política eran ignorantes o indiferentes al contexto estructural en el que tenían lugar las conductas, en la actualidad hay una mayor atención al medio ambiente institucional y sobre todo al Estado. En efecto, con la crítica al comportamentismo en la que yo también participé, quedaba al descubierto el reduccionismo e inconsistencia de tal enfoque.

Lo que está pasando en la actualidad, según explíco en el artículo que usted cita, es que los politólogos han comenzado a usar la palabra Estado, pero sin detenerse mayormente en especificar su significado, que, como sabemos, está lejos de ser preciso o unívoco. Cuando la noción de Estado se emplea en política internacional no existen mayores problemas, pues la palabra se refiere a la acción internacional de diferentes países. Los problemas se presentan cuando empleamos el término Estado localmente o internamente. El Estado aquí no significa el gobierno, pero tampoco algo más que el gobierno. (En el artículo que comento hago un elenco de más de cien definiciones del término). En consecuencia, a menos de que exista consenso en el significado o de que la gente que lo emplea especifique sin ambigüedad lo que entiende por él, habrá mucha oscuridad en el discurso. El hecho es que muy pocos científicos especifican explícitamente su significado, y cuando uno revisa la literatura especializada advierte sin dificultad que el concepto expresa diferentes cosas.

Es por ello que me inquieta la introducción del término. No me preocupa que el término se emplee, siempre y cuando se especifique el significado con el que es empleado. Incluso pensadores marxistas como Poulantzas utilizaron los dos conceptos, el de Estado y el de sistema político, para dar cuenta de la realidad política.<sup>6</sup> Mientras que el sistema político era utilizado aquí para denotar de manera comprehensiva lo político, es decir, el conjunto de la actividad política, el Estado se refería exclusivamente a lo que para mí no es otra cosa que el «gobierno». Se puede estar o no de acuerdo con una clasificación de este tipo, pero al menos así se sabe perfectamente el objeto de la discusión. De hecho, la mayoría de los politólogos recha-

zaría equiparar al Estado con el gobierno. Incluso Poulantzas fue muy cuidadoso al respecto. Como todo marxista, su tentativa inicial fue tratar de construir una teoría política, una ciencia política. Para ello se avocó, sin mucha fortuna, a desarrollar un significado alternativo del término Estado que fuera más claro para el lector. En mi libro citado sobre la estructura política dedico precisamente cuatro o cinco capítulos a Poulantzas, en los que trato de demostrar que este autor no sólo introdujo nuevos problemas de reflexión, sino que también realizó importantes contribuciones para entender la estructura política.

Así, aparte de mi preocupación, también soy realista. Es indudable que el término Estado se emplea cada vez más. Después de que escribí mi artículo sobre el sistema político asediado por el Estado, Olsen retomó la idea para escribir un libro sobre los nuevos Estados.<sup>7</sup> Me alegra que él se esté moviendo en la misma dirección, cuestionando la manera en que el concepto está siendo empleado. En síntesis, no me preocupa el resurgimiento del empleo de la palabra Estado, siempre y cuando su significado sea explicitado con precisión.

— *Como usted sugiere en su respuesta anterior, una de las características dominantes de la ciencia política actual es el pluralismo teórico y metodológico y la ausencia de un paradigma dominante. Hace algunos años, hubo quien pensara que este pluralismo o «torre de Babel» dentro de la ciencia política podría propiciar una parálisis de la disciplina. ¿Considera usted que este punto de vista sigue siendo pertinente?*

— Discutí ese tema en mi artículo «Political Science in the United States. Past and Present» y bien podría retomar algunas ideas para responder su pregunta. En primer lugar, creo que es posible explicar

la ausencia de un foco central en la ciencia política. En el pasado, antes de la Segunda Guerra Mundial, había un cierto grado de pluralismo, pero no era un gran pluralismo, pues predominaban los enfoques históricos, impresionistas y meramente interpretativos. Por otra parte, se estaba muy lejos de una teoría general, aunque sí existían teorías más o menos acabadas sobre el equilibrio. Yo me topé con esta situación en mi libro de 1950 sobre los sistemas políticos y dediqué un capítulo a una teoría del equilibrio. Sin embargo, no se puede decir que existía entonces un paradigma dominante. Después de 1950, aunque no contábamos con un sólo enfoque teórico, sí contábamos con un enfoque metodológico que se conoció como *comportamentismo*. Esta perspectiva proveía una teoría vaga de naturaleza reduccionista, pero que nos permitía entender la manera en que los individuos se comportan. Por otra parte, este enfoque descuidó el hecho de que un conjunto de individuos enojados, al actuar juntos, puede crear estructuras con una gran influencia, lo cual es muy difícil cuando los individuos están disgregados.

En síntesis, el comportamentismo de esos años procedía por deducciones individualistas a la manera de Karl Popper, quien abrogaba por el individualismo metodológico. El error radicaba en que no se distinguía entre el todo y las partes, siendo precisamente la distinción lo que hace la diferencia en la manera en que funcionan las instituciones políticas o los sistemas políticos. Dicho en otras palabras, si el todo no es igual a la suma de las partes, entonces no se puede inferir el funcionamiento de las instituciones o de los sistemas políticos del comportamiento de los individuos. Lo cual fue ignorado por el movimiento comportamentista y parece no importar a otros movimientos



poscomportamentistas más recientes, como los enfoques de la elección racional.

Después del comportamentismo, diversas razones nos llevaron a muchos de nosotros a ir más allá. Así, por ejemplo, con la guerra de Vietnam, la revolución contracultural en Estados Unidos y otros movimientos culturales, existió un colapso de los paradigmas, por lo que se empezaron a buscar explicaciones sobre las razones por las cuales las cosas cambiaron tan lentamente, no obstante la enorme energía que la gente invirtió en favor de un cambio tanto en Estados Unidos como en muchos otros países. De hecho, muchas de las teorías con las que hoy contamos intentaron en su momento explicar ese fenómeno. Pienso, por ejemplo, en los institucionalistas, quienes sostuvieron que las instituciones son como jaulas de hierro que aprisionan la actividad humana. Los racionalistas, por su parte, aseguraban que no entendíamos las verdaderas bases racionales de la conducta y que por lo tanto no entendíamos lo importante que lo no racional podía ser para el comportamiento. La teoría psicológica, por último, decía que debíamos mirar a la psicología.

Existían pues diferentes tipos de teorías. Frente a la destrucción del viejo paradigma y el reconocimiento de uno nuevo se podía reaccionar de dos maneras: siendo pesimistas u optimistas. Los pesimistas pensaban que es terrible, que estamos totalmente desorganizados, no sabemos que hace cada uno pues cada quien corre en diferentes direcciones, un desastre que no sólo nos confronta a nosotros los politólogos sino a todas las ciencias sociales y demás áreas del conocimiento como la literatura y la filosofía. Todas se encuentran en una etapa de deconstrucción. Sin embargo, la deconstrucción es, después de todo, una

suerte de llamado, pues se reconoce lo que está pasando. En síntesis, si se es pesimista, lo más fácil es concluir que nos estamos destruyendo, que es el fin.

Contrariamente, si se es optimista, cosa que yo siempre he intentado, puede verse atrás en la historia para observar que han existido otros períodos con características similares y que supieron aprovechar las circunstancias. Si retrocedemos históricamente es posible observar períodos de auténtica desorganización donde la gente experimenta y observa diferentes soluciones. Así, con el tiempo, surge una nueva resolución, una nueva síntesis. De igual forma, yo creo que en la ciencia política o en la literatura o en la filosofía emergerá con el tiempo una nueva solución. Sin embargo, es muy temprano para reconsiderar lo que hicimos o para saber a dónde vamos.

En síntesis, estamos en un período de reorganización. Es bueno que exista el pluralismo. Después del conflicto emergerá el sentido. No tengo duda de que existen personas que buscarán un objetivo, en el sentido de una dirección, y que lo encontrarán. Quizá no lo hemos encontrado todavía y tampoco sabemos si será la presente generación la que producirá al filósofo o filósofos del mañana.

— *Para concluir nos gustaría saber cómo ve usted el futuro de la ciencia política. Más específicamente, ¿qué ha cambiado en la disciplina desde que usted incurrió en ella y qué debe modificarse en la perspectiva de un mejor desarrollo?, ¿cuál es y cuál debe ser el sentido o la utilidad de la ciencia política en relación con la vida política?*

— Es una pregunta muy difícil, pues implica enormes cuestiones y muchas asunciones que requieren ser explicadas. Pero déjeme ponerlo de una manera muy general. La ciencia política, como la mayoría de

las ciencias sociales, no tiene una utilidad inmediata como la tendrían disciplinas como la medicina. El conocimiento que se tiene en ciencia política es importante aunque éste no alcance un cierto grado de confiabilidad, el cual es necesario si se piensa aplicar a cuestiones específicas. En algunas áreas se requiere confiabilidad absoluta, pero no es el caso de las ciencias sociales donde con frecuencia sólo puede trabajarse con suposiciones o probabilidades. En algunas áreas donde se requiere confiabilidad es más lógico encontrar generalizaciones, teorías acabadas sobre sus materias. En las ciencias sociales es muy difícil contar con generalizaciones o con teorías que hayan alcanzado el grado de confiabilidad que se requiere para utilizarlas en asuntos concretos. Quizá no existan y nos tome muchos años lograrlas. ¿Qué debemos hacer mientras tanto? Las sociedades actuales se encuentran en una etapa muy difícil, con muchos problemas críticos sobre medio ambiente, guerra y paz, armamentismo, etcétera. Sin embargo, parece que nadie es capaz de ofrecer alguna buena idea sobre cómo debería ser un nuevo orden. En ese sentido, lo mejor que podemos hacer los científicos sociales es admitir esta incapacidad, y ofrecer cualquier consejo que tengamos sobre la base de una confiabilidad limitada que debemos admitir maduramente. De esta manera, los políticos, los actores sociales, las instituciones, quizá puedan aceptar nuestro conocimiento sabiendo que deben utilizarlo con cautela, con muy buen juicio y quizá encontrándole algún uso.

En consecuencia, no soy muy entusiasta con respecto a la utilidad práctica del conocimiento que obtenemos en ciencia política más allá de la mera selección de datos. Como usted sabe, los datos significan diferentes cosas para cada quien, por lo que

incluso esto debe considerarse con pinzas, muy cuidadosamente.

Pero la mejor manera de responder a su pregunta es diferenciando entre el conocimiento puro, el conocimiento aplicado y el conocimiento práctico. El conocimiento puro es el de las ciencias exactas como la química o la física; el conocimiento aplicado es el de disciplinas como la ingeniería o la medicina; y el conocimiento práctico es el que surge exclusivamente del entendimiento práctico que tenemos o que nos lleva a juicios de sentido común. Para algunos, el conocimiento puro es erudito, el conocimiento aplicado es una ciencia y el conocimiento práctico es un arte. En el caso de la ciencia política tenemos un gran problema. Tenemos un conocimiento básico, pero somos incapaces de transformarlo en un conocimiento aplicado, por lo que nos conformamos con ser arte. Así, en el mejor sentido, el conocimiento de la ciencia política es básicamente arte. Pero he ahí precisamente el dilema, pues ante todo nos pretendemos científicos y aspiramos a un conocimiento puro o aplicado, pero científico.

## NOTAS

<sup>1</sup> D. Easton, *A Framework for Political Analysis*, Englewood, N.J., Prentice-Hall, 1965 (existe traducción al español: Buenos Aires, Amorrortu, 1968).

<sup>2</sup> D. Easton, «Political Science in the United States. Past and Present», *International Political Science Review*, vol. 6, núm. 1, 1985, pp. 133-152 (existe traducción al español: *Estudios Políticos*, México, tercera época, núm. 11, julio-septiembre de 1992, pp. 83-104).

<sup>3</sup> D. Easton, *The Analysis of Political Structures*, Nueva York: Routledge, 1990.

<sup>4</sup> D. Easton, «The Political System Beseiged by the State» *Political Theory*, núm. 9, 1981, pp. 303-325.

<sup>5</sup> J. March y J. Olsen, *Rediscovering Institutions. The Organizational Basis of Politics*, Nueva York, The Free Press, 1989.

<sup>6</sup> N. Poulantzas, *Sobre el Estado capitalista*, Barcelona, Laia, 1974; N. Poulantzas, *Estado, poder y socialismo*, México, Siglo XXI, 1977.

<sup>7</sup> J. Olsen, *Organized Democracy*, Bergen, Universitetsforlaget, 1983.

4

## EL ANÁLISIS ECONÓMICO DE LA POLÍTICA

*John Ferejbon*

*Los nombres con que se conocen los enfoques de la elección racional son muy diversos: theory of collective choice, rational choice model, formal political theory, mathematical political theory, etcétera. Por comodidad hemos optado aquí por el denominativo «análisis económico de la política» que, no obstante sus imprecisiones, indica con alguna pertinencia la característica común de sus partidarios: la adopción de la típica estrategia deductiva propia de la ciencia económica para el análisis de los fenómenos políticos.*

*Es precisamente esta característica la que distingue a estos enfoques tanto de la ciencia política como de la filosofía política tradicionales. A decir de algunos de sus representantes, el análisis económico de la política es el único que permite rigor científico así como elaborar hipótesis y generalizaciones consistentes sobre los fenómenos políticos, superando el nivel meramente empírico-descriptivo de la ciencia política comportamentista y postcomportamentista.*

*Si se consideran las pretensiones de objetividad y rigor de la ciencia política de los años cincuenta y sesenta en Estados Unidos, es fácil entender por qué un enfoque como el que nos ocupa tuvo un desarrollo tan importante desde sus orígenes hasta constituirse en el sector más prominente de la ciencia política contemporánea. Sin duda, la utilización de la metáfora del mercado, avanzada originalmente por Joseph Schumpeter en *Capitalismo, socialismo y democracia* (1947) para analizar la democracia, abrió la posibilidad de analizar*

la política a través de un trabajo científico riguroso y mediante complejas matematizaciones y sofisticadas estadísticas. En la base de este auge inusitado cabe mencionar la creciente ampliación del campo del análisis económico hacia aspectos de la vida individual y colectiva aparentemente ajenos a las actividades mercantiles.

Pese a la diversidad de intereses y tópicos abordados por los muchos autores que confluyen en esta perspectiva de análisis, es posible encontrar algunos puntos en común. En primer lugar, todos ellos intentan, como ya se señaló, modelar el estudio de la política sobre el modelo de la economía. En segundo lugar, emparentan al gobierno y a la política con los mercados. Así, los políticos, burócratas y votantes son concebidos como maximizadores de su propio interés, como individuos que buscan beneficio en forma de poder, votos, decisiones, etcétera. En tercer lugar, proceden por asunciones o axiomas sobre los motivos y conductas humanas, de donde se deduce la lógica de las instituciones y las implicaciones de las políticas. En cuarto lugar, parten de un enfoque meta-metodológico, el «individualismo metodológico», el cual argumenta que: a) todo fenómeno social se deriva de las propiedades y conductas de los individuos y b) los actores políticos son entendidos como maximizadores de intereses materiales individuales. En ese sentido, quinta y última característica, parten de un concepto fuerte de racionalidad individual o de la acción racional, regular, que como tal es susceptible de ser analizada y generalizada.

Uno de los representantes más reconocidos del análisis económico de la política es sin duda John Ferejbon, cuyas opiniones en la entrevista que sigue resultan sumamente ilustrativas sobre las características, limitaciones y perspectivas de estos enfoques dentro de la ciencia política contemporánea. Se deben a Ferejbon una gran variedad de libros y ensayos, pero sin duda el trabajo más conocido de todos es su libro *The Personal Vote* (1987).

4

## *El análisis económico de la política*

— Usted es ampliamente conocido por su contribución a la teoría de la elección racional en ciencia política. ¿Cuál es su propio balance en relación a tal contribución?

— Mi principal interés a lo largo de casi toda mi carrera ha sido entender cómo trabajan las instituciones políticas y, más específicamente, observar los efectos de las instituciones políticas sobre las elecciones hechas por los actores; es decir, ver si tales instituciones pueden ser entendidas como un sistema de incentivos que motiva a los actores políticos o económicos a comportarse de la manera en que lo hacen. Igualmente, me interesa ver cómo las instituciones pueden constreñir las elecciones de los actores.

La mayor parte de mi trabajo parte de esta idea general; es decir, intentar entender los efectos de las diferentes estructuras institucionales sobre las elecciones y políticas producidas en diferentes ordenamientos políticos. Asimismo, para determinar lo anterior, busco entender cómo es que las propias instituciones son elegidas o cómo evolucionan, crecen, decaen o cualquier otra cosa que suceda con ellas. Desde la perspectiva de la elección racional, uno tiene siempre que preguntarse estas interrogantes. En primer lugar, ¿cuáles son los efectos de las instituciones sobre el comportamiento? y, en segundo lugar, ¿cómo estas instituciones evolucionan a la luz de tales efectos? A esta perspectiva de análisis se le conoce en la actualidad como «neoinstitucionalismo», aunque yo prefiero llamarla la versión de la elección racional del institucionalismo.

— *Qué instituciones políticas en lo particular han ocupado su interés?*

— Considerando que el neoinstitucionalismo intenta entender las elecciones en la evolución de las instituciones, así como en el crecimiento y la decadencia de éstas, yo me he concentrado sobre todo en instituciones como el Congreso de Estados Unidos, pero adicionalmente me he interesado en la evolución de lo que podríamos llamar las instituciones democráticas tempranas de la Inglaterra del siglo XVII. Es decir, mi interés toca un aspecto de desarrollo político.

— *En la perspectiva de la elección racional, los gobiernos y la política son vistos como similares al mercado. Los gobernantes y los políticos en general son observados casi exclusivamente como maximizadores de su propio interés en forma de poder, votos, etcétera. Esta forma de ver la política vino a significar un cambio definitivo en la concepción de la ciencia política.*

*¿Es la teoría de la elección racional un nuevo paradigma dentro de las ciencias sociales?*

— Quisiera desafiar las premisas de su pregunta. No existe en la teoría de la elección racional una asunción básica en el sentido de que las instituciones políticas sean como los mercados. La única manera en que son similares es en la hipótesis de que toda institución constriñe las elecciones y provee incentivos a los actores para tomar decisiones. Eso es verdad tanto para los mercados como para las instituciones políticas. En ese sentido, los mercados son en realidad una clase muy especial de instituciones políticas. Se puede pensar que las instituciones políticas abarcan a los mercados como a otras muchas cosas.

En segundo lugar, otro aspecto equivocado en la pregunta es que no hay una asunción en el sentido de que los actores sean materialistas o egoístas. La única asunción que existe es que los actores tienen fines y preferencias, independientemente de dónde provengan. Los actores pueden ser completamente altruistas o totalmente individualistas. La teoría pura de la elección racional no tiene nada que ver con el contenido de las preferencias. Verlo de otra manera sería equivocado. Ciertamente, existen economistas que adoptan esa perspectiva de la teoría de la elección pública, pero un científico de la política, y pienso aquí en autores como Tullock o Riker,<sup>1</sup> no debería tomar en absoluto una posición como esa. Prácticamente ningún científico de la política consideraría que la elección racional tiene algo que ver con el interés individual.

Asimismo, no es cierto que la teoría de la elección racional sea discontinua o esté en conflicto con otras aproximaciones. Lo que es diferente con la teoría de la elección racional es que esta perspectiva pone al

frente de la investigación científica el problema de cómo cualquier conducta o institución que se quiere explicar es consistente con elecciones individuales. Es en este sentido, es decir, en la peculiaridad de esta orientación que en algunos casos puede llamarse deductiva, que la explicación de la elección racional se da en el nivel de lo individual.

Personalmente, no creo que otras aproximaciones, como el funcionalismo, sean necesariamente hostiles hacia esta perspectiva. De hecho, con frecuencia no existe diferencia entre la elección racional y el funcionalismo en la explicación de las instituciones. Más aún, muchos estudios de la elección racional son criticados por ser demasiado «funcionalistas»; es decir, llegan a conclusiones del tipo «esta institución creció porque fue más eficiente», que no es más que un argumento funcionalista.

La diferencia entre el enfoque de la elección racional y el enfoque funcionalista puro es que el primero, dado que se pregunta cómo las instituciones son compatibles con individuos que tienen preferencias específicas y eligen de manera descentralizada y autónoma, no sólo provee una explicación funcional sino también mecanicista. En otras palabras, la explicación funcionalista por sí sola es incompleta, aunque no necesariamente errónea. Es incompleta pues no ofrece una explicación de las instituciones a nivel de todos los actores individuales que como tales tienen elecciones que hacer. En síntesis, no responde a lo que considero es la pregunta fundamental de la elección racional: ¿qué es lo que elige un individuo que tiene la oportunidad de elegir y por qué lo elige?

Esa es la principal diferencia. No es que la elección racional sea un enfoque discontinuo, sino que pone en evidencia y trata de superar los límites de

otros enfoques. En consecuencia, no considero que el enfoque de la elección racional sea totalmente diferente, sino que se empalma con los existentes.

— *¿Cuál es el estado del arte de las investigaciones realizadas dentro de este sector?*

— Al menos en lo que se refiere a la parte en la que yo me he interesado, observo que la gente se está concentrando cada vez más en cómo pensar y describir a las instituciones. Pero de este problema surgen muchos otros que no pueden evadirse. Así, por ejemplo, si bien existe una gran cantidad de ideas sobre las instituciones políticas así como diversas tradiciones de pensamiento o sistemas de ideas que proveen las bases cognitivas para pensar sobre las elecciones en las instituciones, no contamos aún con una manera plenamente convincente para observar esta suerte de elenco disponible de instituciones. Sin duda, esto constituye una especie de laguna para quienes desde la elección racional intentamos conceptualizar el problema. Sin embargo, muchos investigadores han comenzado a enfrentarlo. En lo personal, lo he intentado a través de entender las conexiones o interfases entre la explicación desde la elección racional del comportamiento político a nivel de la descripción positiva y la explicación de la elección racional a nivel de la interpretación, es decir, de un enfoque hermenéutico.

Esta propuesta no es tan descabellada, pues entre el enfoque de la elección racional, positivamente asumido, y los enfoques hermenéuticos existen grandes afinidades. De hecho, el enfoque de la elección racional no es otra cosa que una explicación del comportamiento basada en hipótesis sobre individuos que tienen metas y preferencias subjetivas. Más aún, me parece que el enfoque hermenéutico hace una gran

contribución para pensar cómo pensar a las instituciones; es decir, para conceptualizarlas y descubrir cómo la acción social puede ser construida dentro de ellas. Éste es, en síntesis, el tipo de problemas que preocupan en la actualidad a este sector de investigación.

— *En diversas oportunidades, el politólogo Gabriel Almond ha criticado los enfoques racionalistas.<sup>2</sup> Entre otras cosas, Almond considera que estas perspectivas pueden conducir a distorsiones empíricas y normativas si no son empleadas en combinación con ciencias como la historia, la sociología, la antropología, la psicología. Por otra parte, sostiene que no se toma en cuenta la dinámica de los procesos y sólo puede conducir estudios de micropolítica. ¿Qué opinión le merecen estos cuestionamientos?*

— En un nivel muy general coincido con Almond en que el enfoque de la elección racional necesita tomar en cuenta perspectivas históricas o desarrollistas, así como, en alguna medida, perspectivas sociológicas y psicológicas. Sin embargo, no coincido en la manera de efectuarlo. Como señalé en otra respuesta, los enfoques de la elección racional no dicen nada o dicen muy poco sobre lo que debe considerarse como una preferencia, es decir, las teorías que generalmente empleamos dejan abierto ese tipo de cuestiones. De ninguna manera estamos cerrados a tratar de establecer qué tipos de cosas son tomadas como preferencias por los diferentes individuos dependiendo de las circunstancias, pero no necesariamente existe una asunción en el sentido de que las preferencias adopten una forma particular. Este es precisamente un aspecto que hace relevante tomar en cuenta datos sociológicos, psicológicos o económicos.

La segunda cuestión que queda abierta es que los enfoques de la elección racional establecen condiciones estructurales sumamente débiles sobre lo que puede considerarse como creencias. Aquí, nuevamente, sólo tenemos las restricciones más débiles sobre lo que son creencias admisibles, y una gran cantidad de la teoría depende de eso. En otras palabras, si los actores tienen diferentes creencias cognitivas—creencias sobre las formas en que las instituciones o prácticas funcionan—, ellos realizarán también diferentes elecciones, lo cual es perfectamente compatible con la propia teoría de la elección racional, pues si se llenan las creencias de diferente manera, simplemente se obtienen diferentes predicciones. Esta es pues otra área que nos concierne, aunque la información respectiva debe buscarse en otras perspectivas.

Por otra parte, retomando el problema de la asociación entre política y mercado, para el enfoque de la elección racional el mercado es considerado como una institución más, si se quiere muy especial, dentro de la familia de todas las posibles instituciones. El problema es por qué en ciertos casos elegimos usar los mercados de entre las muchas otras formas políticas de arreglarnos como individuos. En consecuencia, no es que el enfoque de la elección racional analice a las instituciones como el mercado, sino que considera a los mercados igual que a las otras instituciones. De hecho, una crítica recurrente de la moderna economía del bienestar, desde el punto de vista de ciertos economistas conservadores como James Buchanan, consiste precisamente en que convierte al mercado en una institución política. Más específicamente, Buchanan dirige sus críticas a economistas como Kenneth Arrow, quien desarrolló una teoría económica compatible con el socialismo de organización

estatal, pues tal perspectiva no permite refutar a las instituciones socialistas o centralizadas (basadas en mandatos) de la misma manera que se hace con las instituciones de mercado no centralizadas.<sup>3</sup> En consecuencia, resulta irónico que estos cuestionamientos se hagan en contra de la elección racional, siendo que es precisamente este enfoque el que «politiza» a las instituciones económicas, más que «mercantilizar» a las instituciones políticas.

Es precisamente en ese sentido que la discusión es falsa. Sin embargo, sí existe un acuerdo entre todos los que nos ocupamos de la elección racional en el sentido de evaluar a las instituciones en términos de sus consecuencias. Más específicamente, consideramos que la única manera de establecer si una institución es mejor que otra o si es preferida por un actor u otro, es observando sus consecuencias, es decir, por los resultados de políticas, por las elecciones tomadas por una institución u otra. Bien, eso sí es una restricción definitiva, pues es posible que en muchos casos sintamos preferencias personales sobre realizar ciertas elecciones dentro de diferentes marcos institucionales, por lo que estamos valorando directamente sobre las instituciones. Esto sí es algo que se nos puede criticar con algún sentido. El reto sería aquí encontrar una fórmula para considerar tanto las propiedades intrínsecas de las instituciones como sus consecuencias de una manera compatible con el enfoque de la elección racional. Sin embargo, no he visto todavía alguna tentativa que se encamine en esa dirección.

— *Si aceptamos que los científicos de la política no son solamente observadores, sino que con frecuencia también son actores políticos, ¿que repercusiones prácticas puede tener una educación política orientada sobre*

*la base de la elección racional?, ¿qué tipo de responsabilidades éticas emergen?*

— De nuevo, desafío aquella parte de su pregunta sobre si existe o no alguna implicación ética en los enfoques de la elección racional. En primer lugar, desde hace más de 300 años existe un proyecto en la teoría ética y también en la teoría política que trata de entender a la ética o a la conducta o a la elección moral en términos de lo que es racional. Más específicamente, trata de encontrar una racionalidad que explique la elección moral o ética. Se trata de un proyecto no tanto por que no tuvo éxito sino por su centralidad dentro de la cultura moderna. En efecto, en nuestra era hay algo que nos dice que sin Dios, sin algo más, sin un orden natural o una cosmogonía —si se quiere explicar a los demás por qué deberían ser morales, por qué deberían elegir la cosa ética—, prácticamente no existe otro lugar más que recurrir a la razón. En ese sentido, este comentario nos dice mucho de la manera en que vivimos, pero también nos demuestra que la razón, la elección racional, es la mejor manera para enraizarnos moralmente de manera compatible con la vida moderna, es decir, para sociedades cada vez menos reconocidas en una particular visión cosmogónica.

En consecuencia, debo rechazar rotundamente la supuesta antítesis entre elección racional y moralidad. Ciertamente, así como es obvio que la gente es capaz de confundir una predicción de una teoría con una recomendación, también es posible que ciertos estudiantes confundan las consecuencias de comportarse de manera racional en un ordenamiento institucional, como considerar que en ciertas circunstancias votar no es racional. Pero el verdadero punto es que debemos entender los mecanismos democráticos que esta-

mos usando, como votar o los incentivos para hacerlo, y si deseamos desarrollar una conducta según la cual los votantes se interesen por informarse para votar y ser así mejores ciudadanos, la perspectiva de la elección racional contribuye a entender las estructuras de incentivos presentes en los procedimientos democráticos. En síntesis, para proporcionar un sistema que permita a la gente comportarse moralmente es bueno entender las consecuencias del conjunto de alternativas de los sistemas. Es por ello que decir que votar es un problema meramente de incentivos no es en absoluto una recomendación moral de la elección racional, sino simplemente una apreciación de lo que pasa realmente en el caso de que las instituciones se comporten de cierta manera. En consecuencia, creo que la cuestión ética está basada en una suerte de confusión entre teoría científica y recomendación moral.

— *Pareciera ser que la ciencia política contemporánea, definida básicamente por enfoques como el de la elección racional o la teoría de juegos, camina cada vez más hacia el empleo de métodos estadísticos y cuantitativos rigurosos. ¿Significa esto un virtual abandono de la ciencia política conductista y postconductista y el inicio de una nueva etapa de una disciplina en búsqueda de una cada vez mayor científicidad?*

— El enfoque de la elección racional está ganando cada vez mayores espacios en la disciplina, principalmente en lo que se refiere al estudio de las instituciones políticas más importantes. Sin embargo, a nivel de un ejercicio riguroso, todavía existe un número reducido de especialistas. Pero más allá de este grupo pequeño de autores rigurosos, el enfoque de la elección racional ha influido a un creciente número de estudiosos, quienes no necesariamente

siguen fielmente sus presupuestos. El problema es que todavía existe confusión sobre lo que actualmente se está haciendo y lo que podría hacerse con esta perspectiva de análisis, aunque muchas de sus metáforas o ideas son plenamente compartidas hoy por quienes buscan entender la realidad política.

Quizá la metáfora más influyente de todas las propuestas por la elección racional es la teoría de las elecciones o, más específicamente, el modelo espacial de las elecciones popularizada por Anthony Downs, que no es otra cosa que una metáfora para entender la competencia electoral.<sup>4</sup> En el contexto de este específico modelo, existen en realidad pocas condiciones que nos permitan afirmar que un modelo espacial como el propuesto sería una buena manera para pensar sobre las elecciones, sobre todo para los especialistas de la elección racional que hoy trabajan sobre el tema. Sin embargo, lo que ha prevalecido es la manera particular de pensar o hablar sobre el problema, no sólo entre los profesores y los estudiantes, sino también entre los periodistas o los candidatos a cargos de elección popular. Se habla, por ejemplo, de todas las condiciones bajo las cuales es posible organizar las elecciones. Esa es, precisamente, una de las cosas que pasan cuando una perspectiva de análisis se vuelve formidable. Se generaliza o se distorciona, se vuelve metafórica.

Por lo que respecta al carácter cuantitativo de la elección racional, coincido plenamente en que este enfoque tiene un cierto rango formal, sobre todo por las herramientas que emplea, importadas en su mayoría de la economía, la teoría de juegos o la teoría de las decisiones. Como se sabe, la formulación de un problema en el dominio de la política se hará siempre en concordancia con las características de las

herramientas que se emplearán. Sin embargo, hay ocasiones en que ciertos aspectos del problema no pueden ser encarados con las herramientas disponibles. En este caso, la posición más cómoda sería decir que esos aspectos no son relevantes. Pero, obviamente, esto no siempre es verdad. Es aquí donde se vuelve necesario valorar otras formas de pensar el problema, como las perspectivas hermenéuticas que ya mencioné más arriba, en la medida en que aportan elementos para pensar sobre las instituciones. En lo personal, no creo que estas perspectivas estén peleadas con la elección racional, pues una de las cosas que hace única a la teoría de la elección racional es que al mismo tiempo que es una teoría positiva de la acción y que se formula sólo en términos de conductas (manifestaciones externas), es también una teoría intencional, una teoría sobre objetos mentales, sobre interpretaciones (estados internos). En ese sentido, el hecho de que la teoría de la elección racional parta de un elemento positivo, externo y observable, y de un elemento interpretativo, interno o mentalista, me empuja casi necesariamente a entender la realidad social. Como ninguna otra teoría, la elección racional me enseña que una explicación convincente de la realidad social tiene que considerar los aspectos mentales de los individuos, para lo cual puede recurrirse a metodologías weberianas, pero para decir qué es lo que va a suceder, también debe considerarse el aspecto externo o del comportamiento.

Es precisamente el primero de estos aspectos el que ha sido marginado por los enfoques cuantitativos. Sin embargo, lo interno es un aspecto igualmente importante para entender las bases de la elección racional. Pero incluso si rechazamos el enfoque de la elección racional por cualquier razón y adoptamos un enfoque

alternativo básicamente interpretativo para entender la realidad social, no sería muy atractivo como enfoque explicativo si no considera un aspecto externo, es decir, cuando mucho podría hacer algunas observaciones sobre lo que podría pasar en diferentes ordenamientos institucionales o configuraciones sociales, pero se ganaría en profundidad si también se dispone de alguna manera de controlar las elecciones de los actores.

## NOTAS

<sup>1</sup> Del primero puede consultarse J.M. Buchanan y G. Tullock, *The Calculus of Consent*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1978; y del segundo, W. Riker, *The Theory of Coalitions*, New Haven, Yale University Press, 1962.

<sup>2</sup> Véase, por ejemplo, la entrevista que aparece en este mismo volumen.

<sup>3</sup> Sobre este debate puede consultarse J. Buchanan, *The Economics of Politics*, West Sussex, Institute of Economic Affairs, 1978. Por su parte, el trabajo clásico de K. Arrow es *Social Choice and Individual Values*, Nueva York, Wiley, 1951.

<sup>4</sup> A. Downs, *An Economic Theory of Democracy*, Nueva York, Harper and Row, 1957 (existe traducción al español: Buenos Aires, Paidós, 1965).

5

PASADO Y PRESENTE  
DE LA POLÍTICA  
COMPARADA

*Arend Lijphart*

*Durante siglos, el término democracia ha sido objeto de reflexión del pensamiento político occidental. Existe una pluralidad de significados, con frecuencia opuestos, que hacen de este término uno de los más polémicos y fascinantes de la ciencia política empírica. El politólogo Arend Lijphart ha tomado al paso este interés para elaborar algunos de los trabajos más consistentes sobre las democracias contemporáneas.*

*Si pasamos de una definición normativa de democracia ideal a las realizaciones históricas concretas, ¿qué tipo de democracias han existido en el mundo occidental?, ¿qué instrumentos de análisis empírico nos provee la ciencia política? Sobre la base de un rico material empírico y comparado, Lijphart ha desarrollado una de las tipologías más sugerentes del genus democrático a la cual poder reconducir tanto las variaciones democráticas como las regularidades compartidas por las diversas realidades nacionales contemporáneas.*

*En síntesis, se debe a Lijphart, en libros como Democracy in Plural Societies. A Comparative Exploration (1977) y Democracies. Patterns of Majoritarian and Consensus Government in Twenty-One Countries (1984), la conocida distinción entre democracias mayoritarias y democracias consensuales. Quizá se trate de la tipología de los sistemas democráticos más empleada por quienes estudian comparativamente a las democracias occidentales.*

*En el trabajo de Lijphart se intenta sobre todo verificar la incidencia diferencial de los dos modelos en base a las características culturales y estructurales de varios países, para interrogarse, finalmente, sobre el modo en que el tipo de régimen, mayoritario o consensual, influye sobre el funcionamiento real del sistema.*

*En la presente entrevista, además de discutir sobre la contribución de Lijphart al estudio empírico y comparado de la democracia, se reflexiona sobre el pasado y el presente de la política comparada, sector de la ciencia política en el cual Lijphart es sin duda uno de los máximos representantes, De hecho, el tema ha sido objeto de reflexión de nuestro entrevistado en numerosos ensayos.*

5

## *Pasado y presente de la política comparada*

— *Usted es ampliamente conocido por sus trabajos sobre las democracias contemporáneas. Sin duda, las tipologías de los sistemas democráticos y los modelos de democratización desarrollados por usted constituyen un punto de referencia obligado para el estudio de los gobiernos comparados.<sup>1</sup> En ese sentido, me gustaría escuchar en voz del propio Lijphart lo que considera los aspectos centrales de su propuesta analítica así como sus principales contribuciones a la ciencia política.*

— *Si tengo que ponerlo de manera resumida, considero que he contribuido en alguna medida a desarrollar, por medio del concepto de «democracia consociacional» o «democracia por asociación», la idea de que existen alternativas reales a la democracia mayoritaria. En el pasado, la gente tendía a pen-*

sar la democracia —y hablo no sólo de los científicos de la política sino del público en general— como sinónimo de democracia mayoritaria, aunque con ciertos adjetivos y reservas. Mis primeros trabajos trataron de establecer precisamente mi diferencia con esa apreciación, la cual consideraba simplemente equivocada. Yo sostenía que en realidad existían dos conceptos diferentes de democracia, a los que llamé democracia «consociacional» y democracia «consensual». No son las misma cosa. Definí a cada una de manera específica, pero distinguiendo a ambas de la democracia mayoritaria.

Mi argumento es que cuando se observa cómo funciona en realidad la democracia en el mundo y en países en proceso de democratización, debería pensarse en términos de estas dos alternativas. En otras palabras, que la opción es entre democracias mayoritarias, por una parte, y democracias consensuales, por la otra, con varias posibilidades obvias entre ellas. Existen combinaciones de democracias mayoritarias y consensuales, pero en términos generales debe pensarse en las dos grandes alternativas, aunque diciendo que existen democracias mayoritarias con algunas excepciones o reconociendo que la democracia es fundamentalmente mayoritaria pero con formatos diversos. Quizá esta distinción es mi mayor contribución al estudio de los sistemas políticos, aunque admitiendo que está implícita en muchísimos otros autores.

— *Su propuesta de investigación es tanto teórica como empírica. De hecho, parte de la filosofía política para individualizar el «ideal democrático» y, paso sucesivo, elabora un esquema teórico que, confrontado con la realidad de los sistemas democráticos, permite constatar el grado de materialización de dicho ideal. Tal propuesta de trabajo se inserta en la mejor tradición de la*

*ciencia política comparada de impronta funcionalista y desarrollista. Sin embargo, este tipo de orientaciones parecen relegarse en los años recientes frente al inusitado desarrollo que han mostrado otras orientaciones con pretensiones mucho más rigurosas y analíticas, como la teoría de la elección racional o la teoría de juegos. ¿Cómo se ha movido Lijphart teóricamente tomando en cuenta este contexto cambiante de la disciplina?*

— No creo que exista una gran incompatibilidad o tensión entre las viejas tradiciones, en las cuales yo me formé, como el estructural funcionalismo, y las más recientes. En mi caso personal, fui enormemente influido por mis maestros Gabriel Almond y Karl Deutsch en la Universidad de Yale, influencia que sigue estando presente en mi trabajo. Más aún, mi primer planteamiento sobre la democracia consociacional se basaba en alguna medida en un trabajo realizado por Almond, en el que hacía una distinción entre democracias de la Europa continental y democracias angloamericanas, o entre democracias inestables y democracias estables, en opinión de Almond. Así, mi trabajo sobre el consociacionismo surgió de constatar que existía un número significativo de casos de excepción, básicamente sociedades altamente divididas como Holanda, Bélgica y Suiza, donde había además un alto grado de estabilidad de sus sistemas democráticos.

Así que existió esta estrecha conexión entre el trabajo de Almond y el que yo desarrollé a partir de los años sesenta. Desde entonces, obviamente, han existido otras muchas directrices. Así, por ejemplo, desde hace tiempo me he interesado en cuestiones institucionales. En efecto, volviendo a la cuestión de las sociedades europeas divididas *versus* las sociedades angloamericanas más homogéneas, mi argumento era

que no sólo se debería observar al tipo de sociedad en que opera la democracia, o si los partidos o grupos de interés seguían las líneas de conflicto en esas sociedades, o si los partidos eran cuerpos lo suficientemente agregadores de intereses, para usar los términos de Almond, o si existían grupos de interés autónomos respecto de los partidos o del sistema de partidos, sino también cómo operan concretamente las instituciones gubernamentales. Así, desde muy al inicio, mi interés realmente fue cómo las instituciones creadas hacían la diferencia. Esta inquietud sigue estando presente en mi trabajo e incluso se ha visto acentuada en los últimos tiempos en parte por el impacto reciente de la teoría de la elección racional en su vertiente institucional. De hecho, creo que puedo decir que yo mismo soy uno de los fundadores del neoinstitucionalismo. Cuestión que veo más en mi libro *Democracies*, publicado en 1984, que en *Democracy in Plural Societies*, que fue publicado en 1977. Cuando menos, considero que una de las diferencias entre la definición de democracia consociacional y democracia consensual es que esta última es definida más en términos institucionales, mientras que la primera es definida en términos mucho más amplios y no específicamente ligados a cuestiones institucionales, aunque por su puesto pueden establecerse empalmes entre ambos tipos de democracia. En su gran mayoría, los países que se considerarían consociacionales también serían considerados democracias consensuales. Suiza es por su puesto el ejemplo perfecto.

Por esa razón, no creo que exista tensión entre tradiciones o enfoques. Así, por lo que respecta a las teorías de la elección racional o de la elección pública, si bien no están a la base de mi trabajo, me han

sido de gran utilidad. Más aún, cuando se define la cuestión de la maximización del poder, no sólo como la búsqueda del interés más inmediato y directo sino también como la búsqueda del interés más consciente y de más largo plazo, más que contradicción entre viejos y nuevos enfoques, encuentro complementariedad.

— *Una de las características de la ciencia política de nuestros días ha sido el pluralismo teórico y la ausencia de un paradigma dominante. Sin embargo, no existe consenso sobre las implicaciones de este hecho. Mientras que para algunos es un signo de crisis de la disciplina, pues no es posible contar ni siquiera con conceptos compartidos; para otros es un signo de vitalidad, pues de la confrontación surge la posibilidad de nuevos descubrimientos. ¿Cuál es su opinión sobre esta controversia?*

— Considero que es prácticamente imposible para las ciencias sociales tener un paradigma dominante en el mismo sentido en que lo tienen las ciencias naturales. Sin embargo, en segundo lugar, pienso que es incorrecto decir que las ciencias naturales están gobernadas por un sólo paradigma. Pueden existir paradigmas en diferentes subcampos de las ciencias naturales, e incluso quizá más de los que tenemos en ciencia política. Por otra parte, no estoy completamente seguro de que tener un paradigma dominante sea de gran importancia en el progreso de una disciplina.

Recuperando algunas ideas de Thomas Kuhn,<sup>2</sup> los paradigmas dominantes tienen tanto una influencia positiva, pues si la gente trabaja en el mismo paradigma tiende a haber más acumulación que si no lo hicieran, pero también inhibitoria, pues significa que la gente tiende a ser encajonada en un paradigma, al

grado de volverse ciegos frente a las discrepancias. Sólo cuando las discrepancias se vuelven tan grandes al grado de paralizar el trabajo, el paradigma es rechazado y se desarrolla un nuevo paradigma.

En el caso de la ciencia política, no tenemos un sólo paradigma sino un conjunto de paradigmas, aunque en algunos campos sí puede hablarse de un paradigma dominante. En la pregunta anterior yo mismo me referí a uno de estos paradigmas, el que sostiene que la democracia es fundamentalmente mayoritaria. Más aún, la mayoría de la gente sigue hablando de la democracia en términos mayoritarios pese a que existen muchísimas excepciones, como en el caso de Estados Unidos cuyo tipo de democracia no es en absoluto mayoritaria. Pese a esta y muchas otras evidencias, seguimos viendo tanto en escritos académicos como no académicos la idea de que la democracia significa régimen mayoritario; es decir, la gente está atrapada en el paradigma de la democracia mayoritaria a tal grado que se rehúsa a reconocer que existen diferencias. Aquí tenemos un ejemplo de un paradigma fuerte en ciencia política y, como vimos, no ha sido muy benéfico para la comunidad de ciencia política o incluso para la práctica de la democracia.

Pero volviendo a la cuestión más general, no tenemos, obviamente, un paradigma dominante en la ciencia política. Tenemos muchos paradigmas dominantes en subcampos de la disciplina. Por lo que respecta al plano de la disciplina en su conjunto, considero que la competencia entre paradigmas es un fenómeno saludable. De hecho, en ciencias sociales no existe un único enfoque que se recomiende a los politólogos como el que debe ser retomado.

Quizá más que la ausencia de un paradigma dominante en la ciencia política, considero que un verda-

dero problema para la disciplina es la ausencia de un vocabulario común. En esto me encuentro más cercano a la inquietud que en múltiples ocasiones ha externado Sartori, aunque no desconozco que este problema tiene que ver con la pluralidad de enfoques existentes.<sup>3</sup>

Por otra parte, pienso que hay un problema para el progreso de la ciencia política en nuestra corta memoria. En efecto, existe una tendencia a «reinventar la rueda». Muchas de las cosas que han sido promovidas como nuevos desarrollos de la ciencia política en realidad fueron retomadas de viejos temas de investigación, viejas conclusiones y viejos enfoques, aunque en realidad no sean tan viejos pues datan de los años cincuenta y sesenta. Existe pues una tendencia a olvidarlo todo, excepto lo que sucedió en el pasado más inmediato. No nos haría mal poner más atención a lo que nuestros predecesores hicieron.

— *¿Considera entonces que la ciencia política ha encontrado sus propios límites, que ya no cabe esperar grandes saltos originales, sino pequeños saltos con base en lo ya alcanzado?*

— Me parece que la búsqueda de una teoría comprensiva de la política como la intentada por autores como Easton o Lasswell fue muy valiosa. En alguna medida, lo que estos autores hicieron fue imitar a la economía y partir de algunas asunciones básicas que pudieran emplearse como un paradigma unificado. Sin embargo, pese a su importancia para la ciencia política, estos intentos fracasaron. Es obvio que nunca alcanzamos ese tipo de teorías unificadas de la política y soy muy escéptico sobre la posibilidad de lograrlo algún día. En todo caso, posible o no, creo que el enfoque más promisorio no es buscar ese tipo de teorías holísticas sino trabajar en áreas más delimitadas,

como la de mi propio trabajo empírico sobre las democracias. Así, siguiendo con este ejemplo, si podemos decir algo sobre las razones por las cuales las democracias son más exitosas que otras formas políticas, creo que estaremos haciendo una contribución muy importante.

Asimismo, no creo que se haya dicho la última palabra. Bien puede ser que estas teorías parciales o limitadas se vinculen a una suerte de gran teoría. Lo que quiero decir es que si va a haber una gran teoría como ésta es mejor que se construya lentamente con nuestras contribuciones a que se construya de golpe sin que primero hayamos desarrollado este nivel más bajo de teorías específicas.

De hecho, si puedo usar de nuevo mi propio trabajo como ejemplo, en mi libro *Democracias* vinculé diversas proposiciones razonablemente bien conocidas para mostrar que en conjunto podían definir diferentes tipos de democracia. Así, por ejemplo, es obvio que existe una relación entre el sistema electoral y el sistema de partidos. Si existen sistemas de representación proporcional es más probable que existan sistemas multipartidistas. Similarmente, si existe un sistema multipartidista es más probable que exista un gabinete de coalición amplia que un gabinete de un sólo partido. Antes de pensar en todas estas relaciones, sus componentes aparecían como piezas separadas de conocimiento, por lo que intenté juntarlas para demostrar que en realidad existen dos formas muy diferentes de organizar la democracia.

Similarmente, encontré también otro conjunto de piezas de conocimiento separadas en relación con el tipo de distribución geográfica del poder. Si existe un sistema más federal y más descentralizado es más probable que exista un sistema bicameral, y así por el

estilo. Ahora bien, existe un tercer conjunto de características separadas que no tiene relación con los conjuntos anteriores. En este punto creo que redescubrí algo que se había dicho hace mucho tiempo, si consideramos a los viejos teóricos del federalismo, en el sentido de que si existe un sistema federalista es más probable que exista un gobierno descentralizado, un sistema bicameral con una fuerte cámara alta o segunda cámara y una Constitución escrita con permanente revisión judicial. Esto que fue previsto por los viejos teóricos del federalismo aparecía disperso. Yo encontré que en los hechos ese conjunto de características existía, por lo que, retomando los trabajos pioneros, comencé por denominar a ese conjunto de características como la «dimensión unitaria federal».

Así, creo que una de las maneras en que mi libro *Democracias* fue útil consistió en unir muchas de estas riberas separadas de pensamiento. Sobre esta base otro investigador o quizá yo mismo pueda intentar explicar otros fenómenos. Así, por ejemplo, estoy buscando algunas maneras atractivas para pensar a los sistemas no democráticos. En síntesis, considero que siguiendo permanentemente este camino podremos eventualmente llegar a una teoría mucho más comprensiva o a más teorías específicas sobre la política que las que tenemos en la actualidad.

— *En la actualidad pueden reconocerse diversas tendencias en la ciencia política. Así, por ejemplo, junto al pluralismo teórico, parece resurgir un interés en la teoría política que durante muchos años había sido confinada a la filosofía política. ¿Qué opina usted de esta última tendencia?, ¿en qué términos puede darse una complementariedad entre la ciencia política y la filosofía política?*

— El movimiento positivista en ciencia política —el movimiento comportamentista— fue sumamente importante y se quedará entre nosotros. Su idea básica —mirar la evidencia de nuestros supuestos lo más sistemáticamente posible en lugar de ejemplificar meramente lo que suponemos— es universalmente aceptada para estudiar los fenómenos políticos. La especulación como método para discutir cosas está fuera de moda y difícilmente podrá regresar, aun reconociendo que en muchos casos es imposible recabar todas las evidencias que una investigación empírica requiere. En todo caso, cuando hablamos de ciencia política empírica en realidad pretendemos examinar cosas de la manera más rigurosa posible.

Adicionalmente, hay muchísimas otras cosas que son valiosas en ciencia política tales como la especulación sobre lo que es el ideal de la democracia o sobre lo que debería significar la democracia. Hay espacio para trabajos serios sobre cuestiones de terminología y análisis conceptuales. Sería incluso valioso hacerlo sin ligarlo necesariamente a análisis empíricos. En mi propio trabajo me he dejado guiar por ciertas nociones teóricas, hipótesis teóricas, tratando de examinar esto y, asimismo, extrayendo las implicaciones normativas o prescriptivas de las teorías sobre la democracia consociacional o la democracia consensual que he elaborado. En otras palabras, si bien mi trabajo sobre la democracia comenzó con un interés meramente empírico —tratar de explicar la existencia de casos de sistemas democráticos que diferían de la democracia mayoritaria—, cuando llegué a la conclusión de que existe algo llamado democracia consociacional, que es una buena forma institucional para la democracia que trabaja en sociedades profundamente divididas, exis-

tía obviamente una recomendación que yo podía hacer como producto de mi investigación empírica: en aquellos países con sociedades divididas que están interesados en establecer sistemas democráticos sería conveniente que intentaran democracias consociacionales. En un artículo reciente traté de hacer precisamente esto. Analizando algunos ejemplos de democratización en Europa del Sur traté de aplicar algunas lecciones para América Latina.<sup>4</sup> Este es el tipo de análisis que yo realizo. Así, al menos por lo que a mi respecta, pienso que la teoría empírica general, la teoría normativa así como el análisis empírico caminan de la mano y no encuentro ningún conflicto real entre ellos.

— *En la ciencia política pueden encontrarse dos grandes orientaciones dependiendo de su objeto de estudio: las aproximaciones holísticas (funcionalismo, teoría de sistemas, estructuralismo) y los enfoques individualistas (teoría de la elección racional, individualismo metodológico). ¿Qué opina usted de esta división de intereses?, ¿no sería valioso intentar conciliar las explicaciones nomotéticas-causalistas, propias de los enfoques funcionalistas, con las explicaciones intencionales-teleológicas, propias del individualismo metodológico?*

— En lo personal, no me considero condicionado por este tipo de cosas. En primer lugar, la distinción de la que usted habla es tan sólo una de las distinciones posibles en la ciencia política y quizá no la más importante. Así, por ejemplo, la gente que se mueve en la tradición de la teoría de la elección racional puede establecer ciertas asunciones sobre cómo se tomarán las decisiones, pero si hacen realmente su trabajo también tendrán que considerar las condiciones estructurales en las que se mueven los individuos que toman decisiones. Así, si bien puede hablarse de

uiferentes éntasis entre los politólogos determinado por sus respectivos marcos teóricos, la prueba de que hacen bien su trabajo radica en la medida en que sus hipótesis son realmente explicativas, lo cual requiere un buen conocimiento de la realidad más que casarse con ciertos presupuestos teóricos.

— ¿Qué escenarios de desarrollo contempla usted para la ciencia política en el próximo siglo?

— En lo personal, no recomendaría ningún programa en particular. Tengo dos razones para ello. La primera es que, aunque lo tuviera, no creo que haría las cosas muy diferentes a lo que actualmente pasa. En segundo lugar, porque soy más que optimista con respecto a la ciencia política. Pienso que el trabajo que se está haciendo, tomado en conjunto, resulta del mayor interés.

Pero, si debo ser más crítico, diría que existe todavía mucho trabajo en nuestra disciplina fundamentalmente descriptivo y sin ninguna significación teórica. Aún así, especialmente en el campo de la política comparada, los estudios descriptivos bien hechos han sido de gran utilidad para otras investigaciones. De hecho, yo he podido hacer muy buen uso de trabajos hechos por otros investigadores sobre diversos países alrededor del mundo. El hecho de que otros lo hayan trabajado antes que yo me permitió proseguir por esa línea. En ese sentido, considero que hay una gran acumulación en ciencia política.

En conclusión, simplemente diría que espero que la situación de los científicos de la política sea favorable; que la democratización del mundo se afirme y amplíe, pues pienso que la ciencia política es una disciplina que sólo puede florecer en el contexto de ordenamientos democráticos. La peor cosa que puede suceder a la ciencia política es el colapso de los sis-

temas democráticos. Sin embargo, soy optimista en que la mayoría de los países que hoy transitan hacia la democracia lo harán con éxito.

Por lo demás, considero que lo que la ciencia política necesita es la oportunidad de operar como una disciplina seria, y eso significa que la ciencia política seguirá siendo por mucho una ciencia que se desarrolle principalmente en las universidades. En consecuencia, es importante una condición universitaria favorable para la ciencia política; es importante que la disciplina pueda operar en una situación en donde las universidades no estén altamente politizadas, donde se acepte una pluralidad de opiniones y se valore la búsqueda científica. Si se mantienen estas condiciones, la ciencia política continuará desarrollándose como hasta ahora. No me cabe duda que cada día estamos alcanzando un mejor conocimiento sobre la política así como la habilidad para hacer mejores recomendaciones para la política práctica y la política democrática en particular.

## NOTAS

<sup>1</sup> Véase, en particular, A. Lijphart, *Democracy in Plural Societies. A Comparative Exploration*, New Haven, Yale University Press, 1977 (existe traducción al español: México, Ediciones Prisma, 1988); A. Lijphart, *Democracies. Patterns of Majoritarian and Consensus Government in Twenty-One Countries*, New Haven, Yale University Press, 1984 (existe traducción al español: Barcelona, Ariel, 1987).

<sup>2</sup> T.S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago: University of Chicago Press, 1962 (existe traducción al español en México, FCE, 1978).

<sup>3</sup> Véase la entrevista a Sartori en este mismo volumen.

<sup>4</sup> A. Lijphart, «Los ejemplos de democratización de Europa del Sur. Seis lecciones para América Latina», *Pensamiento Iberoamericano*, Madrid, núm. 14, 1989.

6

## EL ESTUDIO DE LAS POLÍTICAS PÚBLICAS

*Charles Lindblom*

*En 1959, Charles Lindblom publicó un artículo en la Public Administration Review titulado «The Science of Muddling Through» que vino a revolucionar el estudio de la política. En aquella oportunidad Lindblom propuso una metodología original para el estudio de los procesos de toma de decisiones y de elaboración de políticas que adquirió una gran cantidad de adeptos desde entonces.*

*Lindblom puso el acento en un entendimiento de las políticas públicas como procesos, decisiones y resultados, pero sin que ello excluya conflictos entre intereses presentes en cada momento, tensiones entre diferentes definiciones del problema a resolver, entre diferentes racionalidades organizativas y de acción. El estudio de las políticas públicas es pues, desde esta perspectiva, el estudio de poderes en conflicto, enfrentándose o colaborando ante opciones y cursos de acción específicos.*

*A aquel ensayo de 1959 le siguieron numerosas obras, entre las que destacan The Intelligence of Democracy (1965), The Policy-Making Process (1979), Policy and Markets (1983) e Inquiry and Change (1990). Los trabajos de Lindblom siempre han sido polémicos y ocupan un lugar de privilegio en la ciencia política contemporánea. Bajo el impulso de Lindblom el estudio de las políticas públicas ha logrado convertirse en uno de los objetos centrales de los análisis politológicos.*

*En la presente conversación, mantenida en su oficina en Yale University, donde enseña desde hace más de cuarenta años, salen a relucir algunas de las virtudes que lo convirtieron en uno de los grandes pensadores políticos de nuestro siglo: su profunda desconfianza hacia los planteamientos «ilustrados» de racionalización social, su confianza en la capacidad de la libre interacción social para ofrecer vías de solución, y su mentalidad pragmática y al mismo tiempo crítica*

## 6

### *El estudio de las políticas públicas*

— *En buena parte de su obra, desde Politics and Market<sup>1</sup> hasta Inquiry and Change,<sup>2</sup> prevalece el intento de dar lugar a una teoría empírica de la democracia. Para ello, usted ha cuestionado la validez empírica de las definiciones clásicas de la democracia por lo que ha sido criticado por diversos autores como Peter Bachrach.<sup>3</sup> Para comenzar con esta conversación, me gustaría conocer el balance personal que Charles Lindblom hace de estas confrontaciones en términos de su propia propuesta y a la luz de las críticas y comentarios producidos en torno a la misma...*

— *Me parece que el ataque comportamentista a la teoría clásica de la democracia puede ser añadida sin problemas a la teoría de la democracia. Lo mismo puedo decir de los autores que, como Bachrach, criticaron estas visiones empíricas de la democracia.*

Como resultado de estas nuevas propuestas tenemos una teoría de la democracia más sofisticada y completa que antes. Ahora bien, pese a que en la ciencia política en Estados Unidos predominan los usos empíricos de la democracia para fines de investigación, se tiende a mirar a la democracia de manera más benigna de lo que es en realidad. Todavía somos un tanto reticentes a reconocer sus enormes imperfecciones. Ello nos lleva a descuidar temas como el del papel del liderazgo o del control social de los líderes, los cuales he tratado de incorporar en mis investigaciones.

Por lo que a mí respecta, cuando comencé a trabajar en la teoría de la democracia, yo era economista. Como puede suponerse, mi principal interés era relacionar la teoría del mercado con la teoría de la democracia, y no me preocupaba entonces atacar a la teoría clásica de la democracia para construir una nueva. Simplemente trataba de encontrar su utilidad, con muy poca conciencia del cambio histórico que se estaba produciendo entonces en la teoría política, y encontré que era posible hacer comparaciones entre la organización social del mercado y la democracia. Dada mi formación fundamentalmente en economía, me interesaba sobre todo entender cómo funcionaba el mercado. Así, cuando intenté reunir material para ver cómo trabaja la democracia me encontré con un terreno que percibí totalmente distinto, por lo que en un primer momento no fui particularmente sensitivo a su estudio. Sirva esto para subrayar que al inicio jamás intenté ofrecer una nueva propuesta para el estudio de la teoría democrática; sólo quería ofrecer algo nuevo sobre la compatibilidad entre la democracia y el mercado. Esta convicción surgía de la simple observación del funcionamiento de los Estados de bienestar.

Hasta mucho tiempo después caí en la cuenta de que mi elección temática me había aproximado a los nuevos enfoques empíricos que estaban surgiendo en la ciencia política de esos años. Conforme fue creciendo mi interés en estos enfoques consideré oportuno incorporarlos en mi trabajo. Ahora sí, la comparación entre mercado y política me permitía entender al mercado como un proceso similar al político, que involucra negociaciones, conflictos y acuerdos. Sin embargo, al tiempo que exploraba compatibilidades y similitudes, estaba algo descontento, pues no tenía claro hasta qué punto la teoría pluralista de la democracia podía formalmente reconocer los serios defectos del grado de pluralismo real en el orden político. Pensaba que al no reconocer estos defectos, la teoría pluralista continuaba reproduciendo una imagen benigna de la democracia más que una imagen realista o más rigurosa.

— *Ciertamente, en su libro Politics and Markets, usted señala que las poliarquías occidentales, lejos de permitir un verdadero control popular sobre los procesos políticos encabezados por los líderes seleccionados, están dominados por los intereses de las enormes firmas empresariales y corporativas, lo cual vuelve anti-democrática la práctica real de estos sistemas. Recuerdo también que usted sostenía entonces que eran muy reducidas las posibilidades reales para cambiar ese estado de cosas. Mi pregunta es, ¿comparte aún esta visión desencantada del futuro?, ¿existen posibilidades de transitar hacia un capitalismo democrático?*

— Sí, sigo pensando de esa manera. Sin embargo, corregiría ligeramente la interpretación que usted hace de mi pensamiento. Cuando trabajé estos temas traté siempre de rechazar el concepto de dominación para explicar las relaciones entre el mercado y la política.

En efecto, la noción de dominación era un concepto muy técnico dentro del pensamiento marxista, por lo que decidí no usarlo. Más bien, argumenté que las corporaciones con un enorme poder e influencia no pueden reconciliarse con los principios democráticos. Esta convicción está precisamente en el centro de mi visión pesimista de la democracia. Sigo creyendo que difícilmente puede hacerse algo contra este tipo de influencia desproporcionada e inequitativa. Con todo, puede percibirse un cambio gradual en este aspecto, ilustrado por el hecho de que incluso en países como Estados Unidos, donde existe la dominación de clase más exitosa, la política se hizo más selectiva en el gran movimiento sindical en los años treinta. Sin embargo, cuando surgen los movimientos de liberación de los negros y el feminista, no tuvieron un mayor impacto en la dominación corporativa, aunque sí demostraron que los sistemas pueden cambiar de maneras muy significativas.

Al considerar esta posibilidad, observé que la proporción de dominación de las corporaciones puede aumentar en la medida en que logran cooptar las mentes, y no por el poder que tienen de encarcelar gente o de censurar lo que dicen. Sin embargo, si se piensa que la población en Estados Unidos y Europa ha incrementado crecientemente su nivel de escolaridad, se vuelve cada vez más difícil para las corporaciones capturar cerebros.

Otro factor que me parece desastroso para el control popular de la democracia en Estados Unidos y muy seguramente también en Europa es la profesionalización y comercialización de la persuasión política, entendido como el tutelaje del interés público en favor de un candidato. De hecho, en las elecciones presidenciales en Estados Unidos de los últimos años

hemos visto los procesos más manipuladores y generadores de ignorancia.

Pero quisiera agregar algo más. Existen muchos grupos, como grupos obreros, de minorías étnicas, mejor organizados que en el pasado y que están comenzando a disponer de la democracia de manera más ruidosa que de costumbre, lo cual puede contribuir a mejorarla. Los dos grandes accidentes de mi vida, la gran depresión de los años treinta y la Segunda Guerra Mundial, también tuvieron este efecto.

La gran depresión de los años treinta nos dirigió hacia una ampliación de los aspectos humanos de la democracia: seguro social, seguro de desempleo, etcétera. A partir de entonces cambió radicalmente la percepción de los estadounidenses sobre cómo podían utilizar a su gobierno. Fue sin duda un enorme cambio en lo que suele llamarse la calidad de la democracia.

Por su parte, la Segunda Guerra Mundial fue una gran conquista, pues persuadió a mucha gente que en ese tiempo tenía dudas sobre la capacidad del gobierno más allá de sus fronteras. Ello fue posible gracias a que el gobierno de Estados Unidos impulsó en una situación de emergencia una compleja organización social para organizar sus ejércitos, su economía, colocar armas en todo el mundo, etcétera. De igual forma, cabría esperar que la actual crisis ecológica nos conduzca hacia algunas reconsideraciones fundamentales con la participación activa de la población. Algo similar puede decirse frente a la posibilidad de una guerra nuclear y otras amenazas a la humanidad. Pese a esto, no encuentro cómo la democracia pueda perfeccionarse en la mayoría de los países del planeta.

— *Una parte fundamental de su contribución al análisis de las políticas radica en su descripción de las relaciones entre mercado y políticas, entre economía y*

*gobierno, a través de conceptos como autoridad, intercambio y persuasión. ¿Cómo evalúa usted su propia incursión en este sector de la ciencia política y cuál es su balance personal del estado actual de los análisis de políticas?*

— Más que mi trabajo sobre la relación entre economía y política, creo que mi trabajo sobre incrementalismo despertó mayor interés entre los politólogos. De hecho, esta propuesta para estudiar las políticas públicas se convirtió en una suerte de modelo estándar en la mayoría de los libros de texto sobre el tema. En mi libro sobre el análisis de los procesos de elaboración de políticas,<sup>4</sup> consideré que las propuestas en boga para estudiar las políticas eran muy simples y no contemplaban la complejidad de la política real. Después de esa propuesta, sería limitado para cualquiera estudiar los procesos de elaboración de políticas sin considerar la participación de los actores involucrados, la competición que se establece entre ellos, al igual que en el mercado, etcétera. Por lo que respecta al futuro de este sector de estudios, creo que hay todavía muchos temas que trabajar y que puede crecer mucho más en el futuro.

— *En la secuela de investigaciones realizadas por usted y por otros estudiosos de las políticas fue conformándose, aunque con muchas otras influencias, un sector de la ciencia política cada vez más preocupado por el empleo de las matemáticas, las estadísticas y los lenguajes formales así como por el rigor científico, tales como las teorías de la elección racional. ¿Cuál es su opinión de estos desarrollos dentro de la ciencia política?, ¿considera que puedan volverse dominantes en el futuro de la disciplina?*

— Ciertamente, debido al crecimiento inusitado de la tecnología al servicio de la ciencia, como la com-

putación, es inevitable que crezca el interés por el empleo de lenguajes cada vez más especializados dentro de las ciencias sociales en general. Sin embargo, no creo que lleguen a ser dominantes ni que lleguen a producir los trabajos más distintivos o decisivos en la ciencia política. En otras palabras, crecerán, pero difícilmente opacarán la otra cara de los análisis surgidos en los años cincuenta y sesenta. Una manera de constatar ésto es que la mayoría reconoce que los nuevos enfoques y métodos científicos no son adecuados o son terriblemente limitados por lo que requieren ser complementados por otras formas de análisis. Más aún, los grandes pioneros de las ciencias sociales no tienen un origen rigurosamente positivista.

— *En reiteradas ocasiones usted se impuso como objetivo explícito lograr mayores niveles de objetividad y científicidad en el estudio de lo político. Utilizando tales criterios, ¿qué ha cambiado en la ciencia política desde que usted se impuso tales objetivos y qué falta por hacer para alcanzar mejores desarrollos?*

— En el pasado tuvimos una tradición dominante en ciencia política poco crítica y más bien benigna en su interpretación de la democracia. Ahora existen más tradiciones de pensamiento en permanente conflicto o competición. En la actualidad existe una suerte de conflicto interno en la disciplina informalmente institucionalizado. Mientras que en el pasado no había una ala de escritores de izquierda en la ciencia política en Estados Unidos, ahora hay decenas de ellos que enseñan en universidades respetables. Como puede observarse con este ejemplo, han cambiado muchas cosas. Ahora bien, creo que la situación está todavía muy lejos de lo óptimo. Pese a la diversidad de posiciones y escuelas no existe una verdadera confrontación de ideas entre ellas. En lo personal, no se

cómo pueda superarse esta limitante. En mi trabajo como profesor he intentado al menos estimular a la gente para ver los defectos de la ciencia política contemporánea, lo limitada que es, y hasta dónde podemos superar estas deficiencias. Sin embargo, pareciera que no hay un interés institucional en las universidades por definir mejores programas de investigación.

Pero volviendo a mi argumento central, las distintas escuelas tienden a no comunicarse eficientemente. Quizá la mayoría de los científicos de la política piensen que lo óptimo para la disciplina es que exista un intercambio y colaboración fructífera entre todas las escuelas de pensamiento. Esto se piensa casi como un modelo ideal que debe inspirar nuestro trabajo. Yo no pienso así. Mi modelo es que siempre haya contienda entre escuelas, permanente crítica y cuestionamiento entre ellas, pues no creo que exista o que pueda existir, dada la complejidad del mundo, una sola interpretación válida y universal. Asimismo, la cuestión acerca de lo que queremos hacer con el mundo no depende de si hay o no un acuerdo o decisión compartida, pues la gente inteligente siempre va a estar en desacuerdo.

## NOTAS

<sup>1</sup> Ch. Lindblom, *Politics and Markets. The Worlds Political-Economical Systems*, Nueva York, Basic Books, 1977.

<sup>2</sup> Ch. Lindblom, *Inquiry and Change*, New Haven, Yale University Press, 1990.

<sup>3</sup> Véase, en particular, P. Bachrach, *The Theory of Democratic Elitism. A Critique*, Boston, Little Brown and Co., 1967.

<sup>4</sup> Ch. Lindblom, *The Policy-Making Process*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1979 (existe traducción al español: Madrid, Ministerio para las Administraciones Públicas, 1991).

7

LA SOCIOLOGÍA POLÍTICA  
EN PERSPECTIVA

*Seymour Lipset*

*La vasta producción de Seymour M. Lipset lo ha llevado a ser el científico social más citado en Estados Unidos. Entre los muchos títulos que comprenden su obra destacan los siguientes: Political Man. The Social Bases of Politics (1959), Union Democracy (1962), The First New Nation (1963), Party Systems and Voter Alignments (1967), Agrarian Socialism (1968), Politics and the Social Sciences (1969), Revolution and Counterrevolution (1970), The Politics of Unreason (1973), The Third Century (1979), Consensus and Conflict (1985), The Confidence Gap (1987) y Continental Divide (1989).*

*De todas estas obras la que le dio notoriedad mundial fue Political Man. En este trabajo Lipset examina la democracia como una característica de la sociedad humana. Utilizando un cuidadoso análisis de los registros de votación y de las encuestas de opinión de todo el mundo, Lipset explora las condiciones necesarias para la democracia en naciones y organizaciones; las correlaciones entre participación política y comportamiento de voto; y los orígenes del apoyo actual para movimientos y valores tanto prodemocráticos como antidemocráticos.*

*El trabajo de Lipset se ha caracterizado por lo general por ofrecer una mezcla ingeniosa y provocativa de datos empíricos, perspectiva histórica y cuidadosa reflexión. Lipset prefiere ser ubicado como un sociólogo político adscrito a la mejor tradición de política comparada como medio para pro-*

ducir conocimientos relevantes sobre los fenómenos de nuestro tiempo.

Todas estas dotes de Lipset salen a relucir en la presente entrevista. En ella se discuten algunos de sus trabajos más influyentes y se ofrece una interpretación digna de tomarse en cuenta sobre el presente y el futuro de las ciencias sociales. En particular, Lipset sostiene que la ciencia política contemporánea se beneficiaría enormemente si incorpora en su cuerpo teórico algunos de los desarrollos alcanzados por la sociología política de los años cincuenta y sesenta.

7

## *La sociología política en perspectiva*

— No obstante la difusión en español de algunas de sus obras más importantes, como *Political Man*<sup>1</sup> y *The Politics of Unreason*,<sup>2</sup> es probable que no se conozca del todo el gran número de empresas desarrolladas por usted y que lo han llevado a ser el científico social más citado en Estados Unidos. En ese sentido, ¿podría ilustrarnos sobre las diversas etapas de su quehacer profesional, procurando un balance personal de su intervención y contribución en la sociología política?

— Si observo en la historia de mi trabajo, éste cae en unas cuantas categorías. La primera es la cuestión comparativa que ha motivado mis trabajos desde mi libro *Agrarian Socialism*,<sup>3</sup> que a su vez surge de un interés personal. Cuando era un joven socialista estaba interesado activamente en lo que entonces se llamaba, en términos políticos, «excepcionalismo

norteamericano»: ¿por qué Estados Unidos es el único país desarrollado que no tiene un partido socialista, un partido obrero, con alguna importancia? Y mientras mi razón original para acercarme a esta cuestión se debió a mi activismo socialista, como académico quise seguir este tema sobre las características especiales de Estados Unidos, el cual me sigue interesando. Y tal como lo hice en mi primer estudio, siempre he insistido, hasta mi libro más reciente, que una persona que trate de entender un país por sí sólo no entiende nada, o no entiende ningún país. En consecuencia, si uno está interesado fundamentalmente en un país, Estados Unidos, Italia, México o cualquier otro, se debe mirar comparativamente. Sólo pueden entenderse las características políticas y sociales de un país en función de las maneras en las cuales se diferencia de otros.

Así, siempre he mantenido mi interés en el sistema político, mirándolo comparativamente. No sólo, obviamente, en términos de este tema sobre el socialismo en Estados Unidos, sino también en otras materias, mirando al excepcionalismo norteamericano. Mi último libro, *Continental Divided*,<sup>4</sup> por ejemplo, que trata sobre Estados Unidos y Canadá, no se dedica a este tema del socialismo, sino al movimiento obrero en estos países. Mi hipótesis es que para entender a Estados Unidos debe entenderse a Canadá, y viceversa. Algo similar hizo Toqueville en su tiempo: escribiendo sobre Estados Unidos también escribía sobre Francia.

Un segundo gran interés ha sido el de la estratificación y el análisis de clases, por así decirlo, desde un punto de vista tanto sociológico como politológico. En el pasado solía hacer muchas cosas que tenían que ver con la estratificación. Trabajé en el área de la

movilidad, pero no movilidad a secas, pues siempre pensé que ya había muchos sociólogos elaborando análisis estadísticos o modelos relacionales sobre la movilidad, pero que nunca la relacionaban con algo más. Para mí, la cuestión no es qué tan móvil es el sistema o qué tan abiertos son los modelos de movilidad, sino cuáles son las consecuencias de diferentes niveles de movilidad, diferentes tipos de sistemas de clase. Ese fue el tema que realmente me interesaba: la movilidad social en las sociedades industriales. Además de varios ensayos sobre este tema, escribí varios más sobre el concepto de estratificación.

Pero quisiera señalar que dentro de la sociología, la ciencia política y las ciencias sociales en general, un efecto de la politización de los años sesenta fue que un buen número de personas, particularmente de izquierda, trató de analizar las variaciones en los enfoques de diferentes científicos sociales en términos político-ideológicos, viendo a algunos como «conservadores» y a otros como «radicales», a unos como funcionalistas y a otros como antifuncionalistas, y resaltando las grandes diferencias entre ellos. Pero si se analizan a los principales autores clásicos que se discutían o criticaban entonces como portadores de posiciones irreconciliables, Marx y Durkheim, lo que se encuentra, tal y como lo señalé en un artículo de los sesenta, es que ambos analizaban las mismas cuestiones y a menudo de la misma manera, aunque con lenguajes diferentes. Así, por ejemplo, al asumir a la conciencia como «falsa conciencia», la cuestión en Marx era ¿cómo se llega al conflicto? Por su parte, en el caso de Durkheim o Parsons, al asumir el conflicto, se interesaron en cómo se llega al consenso. En conclusión, no creo que sea verdadera la idea según

la cual unos se interesan por el consenso y otros por el conflicto.

Ciertamente, hay diferentes perspectivas, diferentes énfasis, pero los grandes científicos sociales no fueron tan diferentes o incompatibles en sus propuestas como se cree.

Hay un tercer gran tema en el cual también sigo trabajando, el viejo tema de la democracia. Mi segundo libro, *Union Democracy*,<sup>5</sup> se ocupaba del tema de la democracia en la organización. Peso si se observa en retrospectiva ese libro y otras cosas que escribí sobre sindicatos —de hecho, un capítulo de mi *Political Man* versaba sobre el proceso político en los sindicatos—, mucho del análisis realizado se aplica a la sociedad a nivel macro, y no sólo a los sindicatos. Buena parte de las generalizaciones en esos trabajos acerca de los sindicatos son generalizaciones acerca de las condiciones para la democracia en general. De nuevo, esta es una área en la cual he continuado trabajando desde entonces. De hecho, este es el tema de *Political Man*, las condiciones sociales y políticas para la democracia tanto en la sociedad como en los sindicatos, y que recientemente he vuelto a trabajar en un ambicioso proyecto junto a Larry Diamond y Juan Linz.<sup>6</sup>

Puedo mencionar una cuarta y última área de interés y a la cual me gustaría regresar: la sociología política de los intelectuales y académicos, incluyendo a los estudiantes y a la *inteligencia* en general en un contexto más amplio de lo que lo trabajé en el pasado.<sup>7</sup> Esta área me interesa por cuanto la *inteligencia* es un agente de cambio muy importante.

— Desde *Political Man* usted ha delimitado su actividad académica en el marco de la sociología política comparada. Más aún, en un texto de 1969, *Politics and*

the Social Science,<sup>8</sup> usted defendía dicha adscripción disciplinar con el objetivo de resaltar que las determinaciones de las acciones políticas son fundamentalmente sociales o económicas. Ahora bien, si partimos del hecho de que hoy la ciencia política ha alcanzado plena autonomía y reconocimiento, ¿cómo deben replantearse las relaciones entre la política y las ciencias sociales y cómo entender a la sociología política en la actualidad?

— Es una buena pregunta. Bien, como usted sabe, argumentar o sugerir que lo socioeconómico determina lo político tiene consecuencias para las diversas disciplinas sociales. En mi opinión, disciplinas como la antropología, la sociología o la psicología operan en lo que yo llamaría un factor variable independiente. Así, por ejemplo, la antropología habla sobre la cultura en una sociedad producto de las interrelaciones económicas, políticas, etcétera; la sociología suele partir de la estructura social y los valores; y la psicología, de los individuos. Por su parte, la ciencia política, que tiene que ver, obviamente, con la política, en cierto sentido tiene que observarla como una variable dependiente de otras variables, como la economía. Pese a todo, la cuestión sobre el carácter independiente de la ciencia política ha sido defendida muchas veces. Harold Lasswell, por ejemplo, argumentó que la ciencia política es el estudio del poder y de la toma de decisiones en el conjunto de las instituciones y no sólo en el Estado. Así, dado que hay política en las corporaciones, en los sindicatos, en la familia, en el Estado, los científicos de la política, como los sociólogos, podían y debían estudiar cualquier institución.<sup>9</sup>

Los sociólogos han dado lugar a múltiples sociologías: de la familia, de la religión, del arte, de la música, de la política, etcétera. De hecho, no hay nada a

lo que no se pueda anteponer la palabra sociología. En esa misma lógica, Lasswell argumentó que la ciencia política podía hacer lo mismo, puesto que todas las organizaciones o instituciones tenían problemas de toma y elaboración de decisiones, sobre consenso y obediencia, etcétera. Sin embargo, esta posición en realidad no tuvo muchos adeptos, al menos en el sentido dado por Lasswell. Si se observa la teoría empírica en ciencia política lo que en realidad se tiene es sociología política, que deriva de asunciones provenientes de la sociología; o psicología política, que deriva de asunciones de la psicología humana, etcétera. En la actualidad, si se observa el desarrollo de la teoría de la elección racional, se tienen análisis económicos de la política, por cuanto estos enfoques son predominantemente económicos. En síntesis, la teoría puramente empírica en ciencia política es teoría derivada de otros campos. De igual forma, lo que conocemos como teoría política es teoría normativa, filosofía política. Entonces, sólo queda la teoría de las organizaciones, que puede decirse que es ciencia política. Pero de ser así, la ciencia política, al igual que la sociología, la economía o la antropología, en realidad está mirando a la política en el sentido de una relación con estos otros factores.

Hablando de estos temas, Giovanni Sartori ha hecho resaltar la importancia de los factores políticos. En su libro sobre partidos y sistemas de partido,<sup>11</sup> Sartori analizó la manera en que el sistema legal electoral determina el número de partidos. Por el contrario, yo he sostenido que los partidos deben observarse como resultado de los *cleavages* (fracturas) presentes en la sociedad, como las fracturas de clase ideológicas, etcétera. Sólo así puede entenderse por

qué en Estados Unidos hay un sistema bipartidista tan peculiar o por qué en Italia existen los partidos que conocemos. La estructura política está relacionada con las fracturas que se transfieren de la sociedad. Hablando de sistemas presidenciales y sistemas parlamentarios es posible decir que en sociedades diferentes existen fracturas semejantes. Sin embargo, se producen resultados muy distintos si las fracturas se transfieren a través de dos partidos, como en Estados Unidos, o si muchas de estas fracturas tienen su propio partido o su propia ideología, como en Italia, porque entonces la institucionalización de esas fracturas en partidos toma un rumbo diferente y un conjunto diferente de creencias.

Llegados a este punto, el sistema político también puede llegar a ser una variable independiente. En efecto, si una clase, producto de una fractura en la sociedad, se institucionaliza en un partido, en un partido de clase, la manera en que la gente piensa acerca de la clase y se comporta es diferente. El sistema político de Estados Unidos no sólo produce menos conciencia de clase que un sistema como el italiano, sino que el sistema de partidos debilita la conciencia de clase. De hecho, no existe conciencia de clase en Estados Unidos y los propios partidos reaccionan en su contra. Así, la naturaleza de las relaciones de clase en una sociedad está determinada, en parte, por el sistema de partidos, el cual, a su vez, está determinado por el electorado y por el sistema político.

— *Hablando de fracturas sociales, el libro que usted escribió junto con Stein Rokkan, Cleavages Structures, Party Systems and Voter Alignments,*<sup>11</sup> alcanzó una enorme difusión entre los científicos sociales. ¿Qué balance puede hacer de su contribución contenida en este libro a más de veinticinco años de su publicación?

— En un principio, a Rokkan y a mi nos interesaba hablar sobre la Revolución Industrial y la revolución posindustrial. En este marco de preocupaciones argumenté que el sistema de partidos había permanecido relativamente intacto durante un largo período. Ahora, ciertamente, las cosas han cambiado un poco. Después de la revolución posindustrial, con el incremento de la inteligencia, los movimientos verdes ecologistas, los movimientos nacionalistas, etcétera, en algunos países han surgido nuevos partidos y en otros los partidos existentes se han reorganizado más allá de los *cleavages* que los propiciaron. Pese a esta novedad, sigo creyendo que el paradigma de clasificación elaborado en ese libro sigue siendo una manera útil para analizar una nación. El problema está en cómo explicar de manera sistemática a los diferentes sistemas de partido. Se puede pensar en términos de clase, como lo hice en *Political Man*. Pero si es algo más que clase, entonces se pueden buscar las fracturas de clase y de la sociedad, centro-periferia, capital-trabajo, etcétera. Ciertamente, la manera de aprehender todos estos aspectos en un sistema de partidos es sumamente difícil.

— *Usted ha refrendado aquí su adscripción disciplinar a la sociología política comparada. Por lo que respecta a sus influencias teóricas, usted ha reconocido también su deuda con autores de muy diversas tradiciones, como Durkheim, Weber o Marx. Ahora bien, en los últimos años, perspectivas de análisis como la suya y orientaciones teóricas como las referidas se han venido rezagando en contraste con el repunte de otros enfoques, como la teoría de la elección racional, la teoría de juegos o el neoinstitucionalismo. ¿Cómo se ha movido usted en este contexto un tanto renuente a las*

*perspectivas tradicionales?, ¿qué opina del repunte de estos otros enfoques?*

—Es una pregunta muy interesante. Como usted sabe, la teoría de la elección racional, que ha atraído el interés de mucha gente, es un enfoque individualista, es decir, considera los desarrollos sociales desde el punto de vista de lo individual, tal y como lo han hecho los economistas, y asumen también que los individuos están orientados hacia la maximización de sus intereses, que no es más que una vieja asunción de la economía, tanto burguesa como marxista. Ahora bien, creo que hay muchos comportamientos individuales e institucionales que no pueden explicarse con esta asunción. Por extensión, pienso que los viejos argumentos, sociológicos y de otro tipo, según los cuales la gente no sólo actúa racionalmente, siguen siendo verdaderos. Sin embargo, si realmente existen dimensiones culturales que condicionan el comportamiento es algo que requiere mayor exploración.

Por lo que respecta a la teoría de juegos, es más un método que una teoría, un enfoque para explicar la participación de la gente, según el cual todas las decisiones políticas pueden verse como juegos pero con diferentes jugadores. Hay juegos con una multiplicidad de jugadores, juegos de dos jugadores o juegos de un sólo jugador. Encuentro esta percepción sobre la estructura de las decisiones y el poder como una manera muy útil para reflexionar sobre estos temas. Sin embargo, también puede conducir a explicaciones reduccionistas, imaginativas pero poco realistas.

— *En uno de sus libros más recientes, Democracy in Developing Countries, usted emprende el análisis de las precondiciones y las consecuencias de la democracia en el contexto de los países subdesarrollados.*

*¿Qué elementos teóricos y conceptuales de sus trabajos anteriores sobre las condiciones de la democracia permanecen en este estudio, qué elementos cambian y qué elementos nuevos se introducen?*

— Lo primero que permanece de mis trabajos iniciales es la intención de buscar factores económicos, de clase, y sociales en general, sobre la base de parámetros comparativos, para estudiar la democracia. Sólo que en mis últimos trabajos lo he hecho de una manera más sofisticada, estadística, con muchas más variables. Pero en conjunto, los patrones resultan ser muy semejantes para explicar las democracias en los ochenta. Con la diferencia de que ahora existen muchos más países con ordenamientos políticos democráticos que en el pasado, tanto en América Latina como en Europa del Este.

Con respecto a los aspectos nuevos, en mis primeros trabajos en realidad no estaba buscando explicar el cambio político, sino los factores que conducen a democracias emergentes, a la institucionalización de democracias, a la consolidación del poder o al colapso de estos regímenes. Por su puesto, hay muchos autores que han trabajado en este campo: Schmitter, Linz, etcétera, introduciendo nuevos modelos teóricos. Por mi parte, no fue sino hasta este trabajo que usted cita que yo empecé a trabajar estos temas de manera sistemática.

Una de las cosas más interesantes de este trabajo fue analizar las razones que hicieron colapsar a los regímenes autocráticos. Asimismo, analizamos cómo el propio sistema político afecta tanto el colapso como la estabilización de las instituciones políticas democráticas. Este es el tipo de cuestiones de las que no me ocupaba antes y que me interesan en la actualidad. Sin embargo, estoy consciente que muchas de

estas cuestiones han sido trabajadas de manera sistemática por autores como los que ya mencioné, y no puedo decir que yo haya introducido alguna innovación teórica distinta.

— *Para terminar esta entrevista, me gustaría conocer su opinión sobre el futuro de la ciencia política. ¿Qué ha cambiado en la ciencia política desde que usted empezó a trabajar en ella y qué debe cambiar para esperar mejores desarrollos?*

— Creo que en el pasado se hacían trabajos más interesantes sobre votaciones, organizaciones, democracia y poder, considerando factores tanto políticos, como sociales y económicos. Ahora, conforme la sociología política se separó de la sociología, mirando al sistema político, la ciencia política se ha afirmado. Muchos de los científicos sociales que en el pasado trabajamos en el campo de la sociología, adscritos a departamentos de sociología, ahora lo hacemos en departamentos de ciencia política o de política comparada. En mi caso, si bien retengo que mi último libro, *Continental Divide*, es más sociológico que politológico, mi propia respuesta es más politológica que sociológica, mientras que muchos otros sociólogos tienen menor interés en la política como tema de estudio. No deja de ser curioso este hecho, pues la sociología como disciplina está muy politizada, es muy de izquierda. De hecho, la sociología ha comenzado a quedarse relegada con respecto a la ciencia política, lo cual se percibe fácilmente con el número absoluto de estudiantes en una y otra disciplina. Si yo comenzara ahora mi formación, seguramente estudiaría ciencia política y no sociología. Sin embargo, la mayoría de los estudiosos de la política que hoy tienen algún reconocimiento se formaron en disciplinas distintas a la ciencia política. Hay quien dice al

respecto que para ser elegido presidente de la American Political Science Association, como en mi caso, hay que llegar a la ciencia política desde otra disciplina. Obviamente, ésta no es una regla. También existen politólogos, como Herbert Simon, quien empezó en ciencia política y terminó obteniendo el premio nobel en economía.

Por último, creo que buena parte de lo que se hizo en sociología política debe ser incorporado en lo que normalmente se conoce como ciencia política. Ambas disciplinas saldrían ganando.

## NOTAS

<sup>1</sup> S.M. Lipset, *Political Man. The Social Bases of Politics*, Nueva York, Doubleday, 1959 (existe traducción al español: Madrid, Tecnos, 1987)

<sup>2</sup> S.M. Lipset, *The Politics of Unreason*, Nueva York, Harper and Row, 1973 (existe traducción al español: México, FCE, 1975)

<sup>3</sup> S.M. Lipset, *Agrarian Socialism*, Berkeley, University of California Press, 1968.

<sup>4</sup> S.M. Lipset, *Continental Divide*, Nueva York, Routledge, 1989.

<sup>5</sup> S.M. Lipset, *Union Democracy*, Nueva York, Anchor Books, 1962.

<sup>6</sup> L. Diamond, J. Linz y S.M. Lipset (eds.), *Democracy in Developing Countries*, Boulder, Colo., L. Rienner, 1988-1989, 4 vols.

<sup>7</sup> S.M. Lipset, *The Berkeley Student Revolt. Facts and Interpretation*, Nueva York, Anchor Books, 1965; S.M. Lipset, *Rebellion in the University*, Chicago, University of Chicago Press, 1970.

<sup>8</sup> S.M. Lipset, *Politics and the Social Science*, Oxford University Press, 1969.

<sup>9</sup> H.D. Lasswell, *Power and Society*, New Haven, Yale University, 1959.

<sup>10</sup> G. Sartori, *Parties and Party Systems*, Cambridge, Cambridge University Press, 1976.

<sup>11</sup> S.M. Lipset y S. Rokkan (eds.), *Party Systems and Voter Alignments*, Nueva York, Free Press, 1967.

8

CIENCIA POLÍTICA  
Y DEMOCRACIA

*Adam Przeworski*

De origen polaco, aunque también formado en Francia y Estados Unidos, Adam Przeworski es uno de los politólogos más respetados en la actualidad. En 1985 publicó el libro que lo colocaría en el centro del debate sobre la democracia: *Capitalism and Social Democracy*. Se trata de un estudio sobre las diversas experiencias socialdemócratas principalmente en Europa, a partir del empleo riguroso de modelos abstractos de estructura política y económica.

Son igualmente significativas sus incursiones en el estudio de las transiciones democráticas y en la metodología de la política comparada. En particular, su contribución a la conocida obra colectiva editada por Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter, *Transitions from Authoritarian Rule* (1986), se constituyó sin proponérselo en el más citado y comentado de todos.

En este trabajo, Przeworski cuestiona con gran originalidad los enfoques tradicionales a partir de los cuales se venían estudiando las transiciones de regímenes políticos, y empleando un método lógico proveniente de la teoría de juegos, muestra la inoperatividad de muchas de las hipótesis producidas. Esta ha sido precisamente la peculiaridad de Przeworski dentro de la ciencia política contemporánea: el uso riguroso y versátil de enfoques provenientes del análisis económico de la política para reflexionar sobre problemas de macropolítica, allí donde el debate parecía estancado.

*Una de sus obras más recientes, Democracy and the Market (1991), al igual que sus trabajos anteriores, está llamada a ocupar un lugar central en el debate contemporáneo. La presente entrevista fue concedida con motivo de la aparición de este libro. En ella se discuten los nudos de la argumentación de Przeworski sobre los problemas que derivan de la relación entre capitalismo y democracia.*

8

## *Ciencia política y democracia*

— *Un tema del que usted se ha ocupado con frecuencia es el concerniente a la relación entre capitalismo y democracia. Su posición al respecto ha sido más bien desencantada, pues siguiendo los presupuestos provenientes de la teoría de la elección racional, resulta difícil argumentar la compatibilidad entre la lógica del interés individual propia del mercado y la lógica del bienestar común o de la acción colectiva. ¿Considera usted que aquí radica la encrucijada actual del capitalismo democrático?*

— *Ciertamente, el problema que siempre me preocupó desde el inicio fue la relación entre capitalismo y democracia. Ese es realmente el problema que conduce la mayoría de mis trabajos, en una u otra forma, en un contexto o en otro, primero en Polonia, luego en Europa Occidental y después en América*

Latina. Y la razón es que veo esta relación, y en general la relación entre el Estado y el sistema económico capitalista, como una relación de tensión. Ello se debe a las siguientes razones: el sistema capitalista, con su propiedad privada tanto del capital como del trabajo y con asignación de recursos por los mercados, produce como resultado una asignación escasa de bienes de uso así como una desigual distribución de ingresos. Pero, bajo el capitalismo, el Estado es por necesidad independiente del mercado. El principio de la propiedad y el principio de la autoridad no son necesariamente distintos. Lo cual significa que el Estado también asigna recursos y también distribuye ingresos, y los propios recursos, y no que el mercado asigna algunos recursos y que el Estado asigna otros, pues el Estado puede intervenir para influir en la asignación de recursos, los cuales son privados, mediante, por ejemplo, taxación o transferencias.

Así, siempre tenemos dos sistemas, el mercado y el Estado. Y ellos no necesariamente asignan de la misma manera. Me parece que el foco central de aquellas teorías acordes con la economía política, es de algún modo tratar de encontrar algunas líneas divisorias o de demarcación sobre qué hace cada cual, y muy frecuentemente sobre qué deberían hacer, sea política como normativamente. En consecuencia, la teoría neoclásica del Estado dice: debido a que el mercado asigna eficientemente bienes privados, éste debe asignar sólo bienes privados, y como el mercado no asigna muy bien bienes que son públicos, éstos deben ser asignados por el Estado. Y ellos piensan que lo anterior define una regla, que es una teoría empírica, que predicen lo que está sucediendo en realidad. Bien, yo no lo creo. Por su parte, la teoría marxista del Estado, sobre todo en la versión de Poulantzas, dice: el

Estado en realidad no es un mecanismo independiente para la asignación, porque lo que todo Estado hace a la larga es reafirmar la asignación por los mercados, y así tiene que hacerlo.<sup>1</sup>

En consecuencia, todos tratan de encontrar alguna llave para resolver el problema de una vez por todas. Bien, yo creo que el problema no tiene solución «de una vez por todas». Siempre hay contingencia, es por ello que siempre hay batalla política al respecto, y mucho de la batalla ideológica es por lo mismo. Porque desde ese punto de vista yo veo teorías como necesariamente involucradas en este tipo de batalla, porque toda teoría dice: ésta es una división natural, una buena división, una división justificable. Y yo creo que de hecho ahí no hay *una* división, sino que cambia todo el tiempo, es a lo que siempre nos enfrentamos.

Por lo tanto, éste ha sido mi principal interés, y mi tesis doctoral versó precisamente sobre el tema de los diferentes tipos de regímenes y su impacto en el desarrollo económico. Y de alguna manera u otra he seguido esa línea hasta ahora y he regresado recientemente al mismo tema. En la actualidad estoy muy interesado en la reforma económica neoliberal y, de nuevo, la principal cuestión para mí es: ¿cuál es la relación entre democracia consolidada y las transformaciones en marcha del sistema económico capitalista?

Ahora bien, metodológicamente, por razones peculiares, siempre he tenido la ambición de estudiar rigurosamente grandes problemas. En parte, yo fui educado en Polonia, justo cuando había un gran debate entre marxistas y positivistas. Fuertes tradiciones, más de historicismo, no sólo de marxismo, y de positivismo por el otro lado. Y ésta es la educación que

recibí y que me marcó. Siempre traté de estudiar gran campo, así como protagonistas, políticos, etcétera, des problemas mediante métodos lógicos y empíricos. Yo no te de modelos macrodinámicos para pensar acerca de estos temas. Y después de aproximadamente quince años, comencé a descubrir la elección racional para resolver conflictos. En consecuencia, desde ese encontré que la microeconomía es una herramienta muy poderosa para estudiar estos problemas. En consecuencia, yo siempre he sido una suerte de «conviviente» de la gente de la elección racional, en el sentido de que siempre he tratado de usar estos métodos para estudiar problemas reales. Estudié par-ticularmente sobre esto; él sostiene que mi teoría de la democracia está vacía, a lo que yo respondo: la democracia es como un árbol de navidad donde todos vienen tomando su juguete favorito. Yo pienso que debe haber de vertiente, y continúo en esta dirección. Creo que la teoría de juegos en particular es una herramienta muy poderosa y además natural para hablar sobre conflictos.

— *Sus diversas incursiones en el campo de la teoría de las transiciones democráticas lo han colocado en una posición original y polémica respecto a la mayoría de los autores. ¿Cuáles son los puntos de divergencia y cómo resumiría su propia perspectiva y contribución para el análisis de este tipo de fenómenos?*

— Bien, pienso que estoy en permanente lucha contra mucha gente o contra la mayoría de las personas que trabajan en ese campo. Y es una doble lucha: teórica, en términos de asunciones básicas, y metodológica.

La lucha teórica consiste en que trato de encontrar elecciones en intereses, y no soy un gran creyente en la democracia basada en valores comunes. La mayoría de la gente, y en particular quienes trabajan en ese campo, Metodológicamente también creo enfrentar una batalla en la cual soy muy crítico de este campo, porque soy muy comparativista. No creo que el problema sea el mismo en diferentes países, pero sí que es escalizable dentro del mismo marco teórico. Y enfati-

zo fuertemente que si identificamos la estructura de las elecciones, entonces podemos incluso conducir investigaciones comparativas en las que podamos entender por qué ocurren desenlaces particulares asociando las situaciones, estructuras de conflicto, en países particulares en tiempos particulares. Bien, buena parte de este campo está lejos de describirse a mi gusto, pues el noventa por ciento del trabajo consiste en estudios de caso de países particulares, los cuales, por lo que a mí concierne, no son más que cronologías decorativas. Normalmente la gente dice que tiene algún marco teórico, pero entonces cuentan una historia y al final repiten el marco teórico. Y yo me pregunto todo el tiempo: ¿qué hemos aprendido realmente de ello y quién recuerda qué?

Más aún, creo que la mayoría del trabajo en este campo sufre mucho de cotidianismo. Permanentemente tengo la impresión de hablar con gente para la cual el problema más importante en el mundo es lo que sucedió hace dos semanas: hace dos semanas tuvimos una nueva política económica y entonces todos piensan que éste es el más grande problema, o, por supuesto, el clásico, tenemos una próxima elección, éste es el mayor problema, y eso es para mí un indicador de la inmadurez de nuestros marcos teóricos.

Me parece que el propósito de hacer tanto investigación teórica como trabajo empírico de campo es extraer lecciones, y obviamente no es algo simple. Hay que ser cuidadosos, no para pensar que todo lo que sucede en todas partes es una lección para cualquiera, pues las condiciones no son las mismas, pero sí para estar alertas para extraer lecciones, y al final podamos decir: bien, si usted hace esto bajo estas circunstancias, va a obtener las siguientes consecuencias. Y por lo que a mí concierne, este campo no lo hace.

— Después de la caída del comunismo en Europa del Este da la impresión de que el concepto de clase social ha perdido significado para el análisis político. ¿Esto es así, ¿cómo pensar entonces la lógica de la acción colectiva, de los intereses sociales, más allá de la noción de clase o de la idea de partidos de clase? ¿Acaso los partidos políticos exigen una redefinición que los contemple como meros aglutinadores profesionales de intereses individuales en el mercado político?

— Plantearé algunas cuestiones aunque quizá no muy relacionadas entre sí, pues en su argumentación me sugieren diversas imágenes. Para empezar, quiero subrayar que para mí la democracia no es un juego de preferencias individuales. Por el contrario, veo a la democracia poblada de actores colectivos. El hecho de que yo piense en términos estratégicos no significa que piense en individuos. Coincidió plenamente en lo que Pizzorno dijo hace ya varios años en el sentido de que la organización es capacidad para la estrategia; es decir, si las organizaciones colectivas pueden disciplinar a sus propios miembros entonces tienen capacidad para la estrategia.<sup>2</sup> Eso es por ejemplo lo que hacen los sindicatos: su capacidad de estrategia depende de la disciplina de sus trabajadores para no competir entre sí, lo cual afirma su poder de coerción y de convocatoria. De igual forma, los partidos también pueden en alguna medida tener estrategias. En ese sentido, pienso que la teoría de juegos es al mismo tiempo una metodología y una ontología. En todo caso, una ontología liberal de individuos semejantes, pues el mundo está poblado por individuos a menudo en una suerte de estado de naturaleza, pero que se mueven alrededor de la formación de organizaciones.

Obviamente, no lo considero así. Para mí el mundo está poblado por organizaciones. En consecuencia, lo

que yo he comprado del *framework* de la teoría de la elección racional es exclusivamente el método, no las muchas asunciones liberales implícitas, y que como tales considero sumamente ideológicas.

Antes de pasar a un segundo punto, diré brevemente algo sobre América Latina para después volver a Europa. Yo he tratado en algún momento de extender mi reflexión sobre las estrategias de clase y sobre las condiciones del compromiso de clase en América Latina, y debo admitir que encontré que el modelo de clase organizada, adopción de estrategias y definición de conflictos o compromisos, no funcionaba aquí muy bien. De hecho, para entender América Latina resultaría más adecuado un modelo en que el Estado desempeña un papel mucho mayor.

En parte, esto se debe a una cuestión histórica y contemporánea muy específica: en economías cerradas con un alto grado de monopolio los salarios no son muy importantes y las grandes firmas se preocupan sobre todo de elevar los precios de sus bienes y servicios. Si uno pregunta al respecto a un capitalista brasileño o argentino es muy probable que conforme a la costumbre responda: «¿Salarios? Nosotros no nos preocupamos de los salarios. Siempre podemos encontrar un arreglo con los sindicatos. Esto no es una cuestión de salarios». Ahora bien, la cuestión de los derechos políticos de los ciudadanos es algo en lo que sí están preocupados.

Más aún —y algo sobre lo que estoy trabajando en la actualidad—, estoy convencido de que la situación económica en varios países de América Latina es tan crítica como para que todos los gobiernos terminen haciendo lo mismo. Esto es específicamente lo que considero realmente crítico en la crisis fiscal

del Estado. Muchos Estados en América Latina están simplemente en bancarrota: atraviesan déficit de aproximadamente entre el cinco y el diez por ciento del producto interno bruto; tienen enormes deudas domésticas y externas, no cuentan ya con crédito. En consecuencia, viven en la cuerda floja. Una cifra puede resultar en sí misma elocuente: el promedio de duración de la deuda pública en Japón, es decir, el tiempo en que su gobierno es obligado a pagar su deuda, es de 12 años; en el caso de Brasil, el mismo promedio es de tan sólo 24 horas. Esto significa que si el Estado brasileño o el Estado argentino no están en condiciones de pagar sus obligaciones en un lapso tan corto, entran en bancarrota. Y el Estado argentino no tiene dinero para comprar botones para su policía.

Ahora bien, he querido ilustrar este caso porque estoy convencido de que, bajo estas condiciones, los gobiernos, independientemente de lo que sus titulares digan durante sus campañas electorales, de sus ideologías y de su origen de clase, terminan haciendo lo mismo. Y ésta es la razón por la cual considero que tenemos estas sorpresas, que tenemos Menems y Fujimoris; es decir, políticos que durante sus campañas consideramos —o nos hicieron pensar que eran— populistas y nacionalistas, basados en plataformas antiliberales, pero que cuando llegan al gobierno se convierten en extremadamente neoliberales. No hace mucho hablé con el ministro de finanzas en Brasil y me dijo algo poco más o menos así: «Tengo todos estos planes, un programa de política industrial, uno de reforma fiscal... Tengo todo tipo de planes de medio y largo alcance. Entro a mi oficina, abro el cajón y veo que está vacío. Y mi problema es cómo voy a pagar los salarios de los trabajadores del Esta-

do mañana. Así, tengo que abandonar todo, y la primera urgencia es la estabilización».

Lo que tenemos entonces es algo parecido a lo anterior. Cualquiera que sean las fracturas más profundas de la sociedad, no vienen en realidad representadas en el nivel político. Los gobiernos terminan estando tan constreñidos por la situación descrita, que terminan haciendo lo mismo.

Ahora bien, en Europa está pasando algo muy importante, sobre lo cual estoy lejos de tener certezas. Si se observa la situación actual, en comparación con la que se vivía hace 10 o 15 años, encuentro algo más o menos así. En primer lugar, si se observa la sociología del electorado, es decir, la coherencia de ciertos intereses y opiniones, parece que muy pocas cosas han cambiado. Lo que en realidad ha cambiado en extremo es la oferta política. Hoy, la gente no se enfrenta con el mismo tipo de opciones con que contaba antes. En ese sentido, considero que lo que en realidad ha cambiado es que la clase política se ha convertido en un oligopolio; los políticos se han vuelto mucho más cooperadores entre sí. Antes estaban divididos, entre otras cosas por el lenguaje «izquierda/derecha», por el lenguaje de clase, por el lenguaje de capitalismo/anticapitalismo. Se han vuelto mucho más pragmáticos y esos lenguajes han desaparecido. Ello les permite realmente formar un oligopolio en el cual colaborar cercanamente entre sí. Hacen una suerte de pequeña decisión pragmática al margen, y cada uno está en el centro.

Desde mi punto de vista, esto significa que existe simultáneamente una profunda crisis de sus sistemas de representación. Los partidos ya no desempeñan más el papel de representación de intereses. Todos ellos se saltan la representación de la opinión públi-

ca, puesto que ellos no establecen este vínculo entre intereses socialmente basados y algunas divisiones dentro de la clase política. En síntesis, la clase política se ha vuelto en general mucho más unida y homogénea que en el pasado. Esto es particularmente relevante en España o Francia, donde hay una verdadera revuelta por parte de los militantes partidistas quienes coinciden en que ya no hay nada que hacer, pues ya no desempeñan ningún papel.

— *Pudiera pensarse que la lógica de la acción colectiva sólo puede conformarse a partir de conductas individuales de voto y a través de organizaciones que, como sabemos, en las democracias capitalistas son los partidos políticos. El problema aquí es que aparentemente los partidos políticos son las únicas instancias para la construcción de la democracia, pero que ello supone la existencia de estructuras más bien autoritarias como las que caracterizan a la mayoría de los partidos políticos contemporáneos. ¿Cómo se puede construir entonces la democracia a partir de elementos no estrictamente democráticos, como son los partidos políticos?*

— Considero que éste es un problema permanente y en alguna medida inherente a la democracia. A los partidos no les gusta mostrar sus divisiones internas debido sobre todo a la presión de la competencia electoral. Dado que los partidos tienen que ir a decir a los votantes: «Estuvimos en lo correcto». Es muy peligroso para ellos decir: «Bien, tuvimos dudas, tuvimos grandes discusiones sobre si estuvimos en lo correcto». Históricamente, quizá sólo exista un partido realmente democrático internamente: el Partido Socialista francés. Este partido tiene corrientes, discusiones abiertas, plataformas ampliamente conocidas por el público. Buena parte de la discusión política francesa tuvo lugar dentro del Partido Socialista. Hoy,

eso se ha perdido. El último Congreso del Partido Socialista fue tan sólo una lucha de personalidades, y ellos están tratando solamente de ocultar bajo la mesa todas las diferencias de opinión.

Personalmente, no creo que esto sea el origen de la actual crisis de los partidos. El verdadero origen está en que los partidos ya no juegan ningún papel. Prácticamente no cumplen ninguna función en el periodo entre las elecciones, pues no hay nada que hacer para ellos. Los partidos en la actualidad son cuando mucho máquinas para producir votos. Pero ya no representan opciones. Esto es así porque existe un tal consenso entre la clase política respecto a lo que hay que hacer, que todas las diferencias quedan en segundo plano.

— *Siguiendo con el tema de la democracia, algunos autores como Philippe Schmitter sostienen que aquella forma de organización social más cercana a la socialdemocracia es el así llamado «corporativismo social». Sin embargo, ante el triunfo de las políticas neoliberales y conservadoras en buena parte de Europa y en Estados Unidos, las alternativas neocorporativistas también han comenzado a declinar. ¿Cuál es su diagnóstico al respecto?*

— No cuento con suficientes elementos como para responder conclusivamente a esta pregunta. Esto se debe a que las explicaciones normales del corporativismo, incluyendo la concepción original sueca de la socialdemocracia, consideran que los países pequeños no pueden costearse el ser proteccionistas. En los países grandes, por el contrario, los sindicatos sí pueden organizarse sectorialmente, pues estos países tienden a ser proteccionistas. Así, en países con industrias con poder monopólico, los sindicatos respectivos pueden elevar sus salarios al tiempo que las firmas pue-

den elevar sus precios, de acuerdo con la competitividad en el nivel. En consecuencia, la noción de corporativismo implica en buena medida economías protegidas. Sólo en este contexto se pueden tener grandes sindicatos descentralizados. Pero, en un país como Suecia, o como Noruega o Austria, ésto no fue posible, pues ellos tuvieron que estar en una situación competitiva. Entonces, ¿en qué consiste la idea original del corporativismo? En que los sindicatos podrían organizarse en una forma centralizada, y que podrían perseguir una política de salarios a través de, por una parte, mantener los salarios más altos lo suficientemente bajos para hacer al país competitivo a nivel internacional, pero por otra parte mantener los salarios más bajos lo suficientemente altos a fin de eliminar firmas ineficientes. Una suerte de graduatoria.

Así, dado que hubo un tope diferenciado en los salarios, la banda de los salarios fue baja, lo cual permitió solidariamente reducir las diferencias salariales. Ésta fue la concepción del pacto de solidaridad salarial. Pero, al hacer esto, ¿qué obtendrían a cambio los sindicatos? Obtendrían gastos sociales desde el Estado. A cambio, el Estado impondría contribuciones tanto a las ganancias como a los salarios, y el Estado aseguraría a la gente de, básicamente, el desempleo. En los hechos, esto se materializó empíricamente, pero según los resultados de una investigación que recientemente he concluido, tenemos un patrón de comportamiento según el cual los salarios privados fueron más bajos que los salarios sociales bajo el corporativismo, y el desempleo fue menor. Así, si uno observa el salario «esperado», es decir, lo que se considera que un trabajador obtendría si estuviera empleado o si estuviera desempleado o afuera completamente de la fuerza laboral, se constataría que el

sistema corporativo realmente protegió a la gente. Ellos pensaron que el capitalismo es riesgoso, por lo que su papel es proteger a la gente de las variaciones de los mercados.

Ahora bien, supongo que si usted me hubiera hecho esta pregunta hace cinco años, yo hubiera contestado que esto es lo que usted esperaría o desearía que pasara, considerando la nueva apertura de la economía-mundo por efecto de las nuevas reformas conservadoras. Hace cinco años hubiera dicho también que sobrevendría una mayor centralización de la federación, que los sindicatos presionarían por mayor bienestar social, por un mayor salario social, y que sería necesario llegar a un nuevo acuerdo con los sindicatos. El problema es que el modelo sueco está desmoronándose. Quizá fijaron sus salarios muy por debajo o muy por encima. Pero el hecho es que el sistema sueco de pacto centralizado está en gran medida fracasando. En la región, los sindicatos están teniendo un gran debate sobre si mantenerlo o no. Y de acuerdo con la mejor de mis explicaciones, la razón de este fracaso es muy extraña. No se debe a que los sindicatos querían salarios más altos, la presión no proviene de sindicatos particulares que se opusieron a pactos centralizados, sino más bien de algunas firmas de la industria metalúrgica que sufrieron la carencia de trabajo calificado, y quisieron tener condiciones para comprar trabajadores provenientes de otras firmas, cuestión que el sistema vigente no possibilitaba.

Considerando la internacionalización de la economía, si por una u otra razón no tenemos federaciones centralizadas, los sindicatos van a desaparecer. Y si uno observa alrededor del mundo, los sindicatos están precisamente siendo destruidos. De Estados Unidos a Bolivia, país por país, los sindicatos están siendo

desmantelados. En síntesis, la internacionalización está teniendo un efecto básicamente negativo en la vida sindical.

— *Para concluir nos gustaría conocer su opinión sobre el estado actual de la ciencia política. De acuerdo con Gabriel Almond y otros politólogos de la vieja guardia parece existir una tendencia en la disciplina marcada por enfoques como los de la elección racional que terminarán desplazando a los enfoques tradicionales menos rigurosos sobre el plano formal y matemático. ¿Comparte usted este tipo de apreciaciones sobre el futuro de la ciencia política?*

— En primer lugar, siguiendo la clasificación de Almond, yo estoy en la peor casilla, pues soy de izquierda de corazón. En todo caso, debo admitir que tengo una perspectiva asimétrica respecto a la suya. Creo que su trabajo reciente sobre la ciencia política es un gran perjuicio a la historia de la ciencia política.<sup>4</sup> Su trabajo no es otra cosa más que una racionalización del «nacionalismo norteamericano».

Tradicionalmente, la ciencia política nunca tuvo un método propio: fue manejada por la psicología social o, en los tiempos más recientes, por el enfoque de la elección racional, lo que significa una adhesión a la economía, pero nunca tuvo una teoría micro por sí misma. Inicialmente, el estudio de la política se concentró en las conductas, en algunos valores internalizados, normas, etcétera, por lo que el mecanismo en su conjunto fue sociopsicológico: los individuos internalizamos normas, entonces las ejecutamos en conducta. Posteriormente, se pensó también en los individuos como realizadores de elecciones racionales, lo cual precisó de otros instrumentos lógicos de análisis.

Asimismo, considero que tampoco a nivel macro la ciencia política tuvo enfoques originales. Así, por ejemplo, las teorías evolucionistas precisamente a Almond, provinieron de la antropología, la sociología funcionalista o de algún otro lado. En consecuencia, Almond está parcialmente apegado a la ciencia política. La explicación de la evolución de los sistemas políticos desde este enfoque hace suponer una suerte de sistemas biológicos, expandidos por ramificación, que se volvieron naturalmente más y más especializados. Quizá nunca entenderé el mecanismo por el cual acontece esto, pero el hecho es que la evolución resulta así inevitable.

Esta fue una visión. Otra visión posible fue estrechamente institucional, según la cual la manera en que funcionan los sistemas políticos depende básicamente del sistema legal, lo cual significa que la ciencia política fue esencialmente un anexo del derecho.

Desde este punto de vista, considero que no hay nada nuevo sobre el actual «predicamento» de la ciencia política. Si Almond lamenta el fin de la ciencia política, se trata solamente del fin de su ciencia política, no de la ciencia política en su conjunto. Ciertamente, es verdad que en la actualidad la ciencia política está mucho más dividida porque en los hechos ningún paradigma es dominante. Hay gente que piensa en términos sociopsicológicos, otros en términos normativos o valorativos, etcétera. Pensando en la democracia (lo cual me lleva a lo que dije al inicio), hay gente que la piensa en términos de micromecanismos, por lo que la analizan en términos económicos. El hecho es que ninguno de estos enfoques es dominante. Por una parte tenemos la orientación propia de la elección racional y por la otra a todas las orientaciones restantes.

El aspecto interesante es que la primera orientación, que podríamos llamar la aproximación económica de la ciencia política, continúa estando terriblemente centrada en Estados Unidos. No se encuentran muchas aplicaciones de este método en ciencia política comparada. Yo me ubico entre las pocas personas que tratan de usar sistemáticamente este tipo de enfoques en la investigación comparativa. La razón de ello no reside simplemente en que la gente que estudia otros países no gusta de estos enfoques, sino en que el tipo de cuestiones, cuestiones substantivas, que se usan en estos enfoques tienden a ser, de nuevo, demasiado etnocéntricos. Por ejemplo, la cuestión central manejada por el enfoque de la elección racional es: ¿por qué el gobierno de Estados Unidos gasta tanto? Y es suficiente ver el gasto público en otros países para darse cuenta que, a excepción quizá de Japón o Australia, ¡Estados Unidos es de los países que gasta menos!

Así, nadie que sepa algo sobre el mundo mira el problema y dice: «¡Esta gente no sabe nada sobre el mundo!» Y existe un gran número de experiencias en Estados Unidos; existe una asociación entre gente que usa enfoques duros y que estudia a Estados Unidos. El noventa por ciento de la gente que usa estos enfoques estudia a Estados Unidos.

En consecuencia, el objeto de estudio y el método en gran medida coincide. No puedo imaginar que estos métodos no se expandan sino todo lo contrario. Más aún, seguirán causando daño por algún tiempo. Mi experiencia es que al inicio este enfoque perjudica porque es muy rígido y religioso, en el sentido de que cuando la gente lo descubre, emprende una conversión y se vuelve demasiado acrítica y mecánica. El riesgo es aplicar mecánicamente en otros contextos

un modelo abstracto basado en la experiencia de Estados Unidos. Es probable que por un tiempo estas personas perjudicarán, pero eventualmente esto terminará por superarse, y se pondrán bajo su óptica con más plausibilidad diferentes contextos históricos.

Deseo enfatizar por último que el lenguaje de este tipo de enfoques es mucho más rico hoy que hace algunos pocos años. Antes, era simplemente brutal, tan limitado que ofendía. Todos eran racionales, todos sabían de todo. Simplemente no era plausible. Hoy es mucho más sutil. Por ejemplo, las creencias y expectativas juegan un papel mucho más importante en el lenguaje de la teoría de juegos, y uno se pregunta: bien, ¿qué sabe la gente, más allá de un consistente conjunto de creencias? Y uno entiende sus acciones sólo dentro del contexto de creencias, que es un lenguaje mucho más rico. Por otra parte, la noción de lo que es un resultado esperado en una situación particular, la noción de equilibrios, también está involucrándonos rápidamente. La usamos para tener un tipo de noción muy primitiva en que pensamos que el resultado será uno en el cual yo haré cosas esperando que tu hagas otras, y tu harás cosas esperando que yo espero que tu las hagas. Así, todas las expectativas son siempre satisfechas. Bien, ahora existen todo tipo de nociones de equilibrio que rompen esta asunción. En consecuencia, el lenguaje está evolucionando en dirección de ofrecernos una mejor descripción histórica y, por lo mismo, se esta volviendo más atractivo.

En síntesis, creo que Almond está en lo correcto al lamentar el fin de su modalidad de ciencia política. En efecto, está terminada.

<sup>1</sup> N. Poulantzas, *El Estado y la transición al socialismo*, México, Siglo XXI, 1977.

<sup>2</sup> A. Pizzorno, «Sulla razionalità della scelta democratica», *Stato Mercato*, núm. 7, 1983, pp. 3-46.

<sup>3</sup> Ph. Schmitter, «Still the Century of Corporatism?», *Review of Politics*, núm. 36, 1974, pp. 85-131.

<sup>4</sup> G.A. Almond, *A Discipline Divided. Schools and Sects in Political Science*, Newbury Park, Sage, 1990.

9

POR UNA TEORÍA  
POLÍTICA REALISTA

*Giovanni Sartori*

Giovanni Sartori no necesita presentación. Es ampliamente conocido por sus incursiones teóricas en temas tales como democracia, los partidos políticos y la metodología de la política comparada. De su vasta producción destacan títulos como los siguientes: *Democratic Theory* (1962), *Tower of Babel. On the Definition and Analysis of Concepts in the Social Sciences* (1975), *Parties and Party Systems* (1976), *Política. Logica e metodo in scienze sociali* (1979), *Social Science Concepts. A Systematic Analysis* (1984), *Elementi di teoria politica* (1987), *The Theory of Democracy Revisited* (1987), *La democrazia dopo il comunismo* (1993), *Comparative Constitutional Engineering: An Inquiry into Structure, Incentives and Outcomes* (1994).

Entre las muchas virtudes que han convertido a Sartori en uno de los últimos grandes teóricos de la política destaca su potencial explicativo, que deriva de su intencionalidad de ir paso a paso a una teoría tanto empírico-racional como filosófico-valorativa unificando el lenguaje conceptual. En ese sentido, la obsesión sartoriana por establecer un canon terminológico para el mejor entendimiento entre lo empírico y lo filosófico, no pasa por dejar de reconocer la legitimidad y especificidad de ambas lógicas de construcción.

Por lo demás, esta intencionalidad ha estado presente de continuo en el conjunto de la obra de Sartori. Para quien quiera, por ejemplo, su *Parties and Party Systems* podrá toparse con la tipología de los sistemas partidistas más socorrida

y reconocida para el análisis de dichos sistemas en la realidad concreta. Su formulación —señala Sartori— deriva del método comparativo de casos pero en permanente discusión con las principales orientaciones teóricas, empíricas y filosóficas, sobre pluralismo y democracia.

En el caso de sus trabajos sobre la democracia, el hilo conductor lo constituye el conflicto permanente entre los hechos y los valores, lo ideal y lo real, la teoría normativa y la teoría empírica, la democracia prescriptiva y la democracia descriptiva. Su análisis confluye de esta manera en la observación de que la teoría política se ha ido desarrollando y perfeccionando mediante la exclusión de su seno de definiciones inadecuadas o de significados erróneos de conceptos fundamentales. Esta tarea, sin embargo, para Sartori, debe ser una tarea permanente. Reconocer su necesidad es el primer paso para avanzar y para lograr el necesario entendimiento entre filósofos y científicos. La teoría política saldrá ganando.

Se ha criticado que Sartori en realidad se ha quedado corto en la persecución de este propósito. Probablemente es verdad. Pero como siempre, las grandes construcciones requieren de varias manos. Sartori ha indicado un camino posible y deseable. Corresponde a otros el sumarse o no.

La presente entrevista fue concedida con motivo de la publicación en español de su libro *The Theory of Democracy Revisited*. En ella se discuten algunos de los temas recurrentes del politólogo italiano, pero sobre todo intento confrontar su posición en torno a la democracia con la de otros autores que han perfilado el debate contemporáneo sobre el tema. En particular, la entrevista constituye por muchos motivos una respuesta de Sartori a la crítica que hiciera Norberto Bobbio en ocasión de la publicación del libro referido.

## Por una teoría política realista

— Sus diversas incursiones en la teoría de la democracia, desde *Democratic Theory*<sup>1</sup> hasta *The Theory of Democracy Revisited*,<sup>2</sup> lo han colocado en un lugar destacado dentro del debate filosófico-político contemporáneo. En ese sentido, aunque aparezca como una pregunta muy general, le agradecería que nos ofreciera una clave de lectura de su propio trabajo y de su propia teoría sobre la democracia.

— Ante todo, me considero un intelectual cuidadoso de la limpieza conceptual y lingüística. En ese sentido, la primera clave de lectura de mi obra subrayaría la importancia de las palabras y los conceptos empleados. La palabra define el pensamiento y la filosofía implica una lógica de reflexión que no admite ambigüedad. En segundo lugar, no me propongo ventar nada. Soy de esos autores anticuados que

consideran que la primera tarea del estudioso es transmitir correctamente el pensamiento. Esta ha sido mi principal preocupación al intentar conjuntar dos mil años de reflexión sobre el problema de la democracia, a través de un método historiográfico riguroso y adecuado. En consecuencia, me considero un enemigo del «innovamentismo metodológico» y en esa medida sólo me propongo transmitir correctamente el pensamiento filosófico-político que asumo importante.

— *En mi opinión, su propuesta de investigación es esencialmente teórico-empírica. En primer lugar, intenta encontrar en la larga tradición filosófico-política occidental los elementos característicos del ideal liberal-democrático. Posteriormente, se sugiere un camino a través del cual es posible buscar en la realidad diversos niveles de concretización de ese ideal. Pero al mismo tiempo, usted observa las modernas democracias existentes conceptualizando sus particularidades. En ese sentido, dentro del ámbito de preocupaciones por usted encaradas, ¿cómo se entiende la relación entre filosofía política y ciencia política?*

— Este es un tema del cual me he ocupado en diversas ocasiones. Mi opinión es que la teoría política constituye un tercer género no reductible entre la filosofía política, considerada obviamente en un sentido especulativo, y la ciencia política. La teoría política tiene características propias: puede no ser filosofía y puede no ser ciencia. Mientras que la filosofía no está interesada en la aplicación (y aunque lo estuviera carece de los elementos adecuados para ello), la ciencia, en su acepción moderna, si bien no es solamente descripción e interpretación, al ser avalorativa no puede ser proyectiva. En consecuencia, considero que la teoría política no sólo es importante sino dis-

intiva. Por una parte, precede a los hechos, los conciliona, y, por la otra, es aplicable. En lo personal, considero fundamental esta segunda característica por cuanto yo me intereso en la aplicabilidad de la teoría; es decir, en su proyectabilidad. Mientras que la mayor parte de las ciencias sociales se han ocupado de la relación entre teoría e investigación, yo me intereso, al igual que los marxistas, en la relación entre teoría y práctica, con la diferencia de que los marxistas siempre han hablado de esta relación, pero jamás la han actuado, lo cual hubiera sido una catástrofe.

— *Cuando se habla de democracia, liberalismo, liberal-democracia o democracia-liberal, los conceptos no admiten ambigüedad ni imprecisión. A lo largo de su obra usted se ha ocupado de la fundamentación conceptual de estas nociones, y sobre esta base usted ha tomado partido por una concepción liberal-democrática. Se trata de una concepción donde el acento es colocado sobre la libertad como condición necesaria de la igualdad política, donde la democracia complementa al liberalismo y donde el Estado democrático no puede ser más que Estado liberal-constitucional. Ahora bien, el debate italiano sobre este tema ha sido muy importante. En una posición diversa a la suya, Bobbio ha colocado el acento en el concepto de igualdad formal y sustancial, como la única posibilidad de enfrentar las contradicciones del «abrazo mortal», pero necesario, entre democracia y capitalismo.<sup>3</sup> Considerando lo anterior, ¿qué criterios hacen defendible hoy una posición liberal-democrática?*

— En un alto porcentaje Bobbio y yo coincidimos: ambos tenemos una definición procedimental de la democracia; ambos coincidimos en nuestras definiciones de democracia-liberal o de liberal-democracia;

y, por último, ambos compartimos totalmente la idea de que la libertad debe anteceder, procedualmente hablando, a la noción de igualdad. Ahora bien, si simplemente establecer cuál es la economía que vamos a la liberal-democracia no necesariamente como

procedimiento o como sistema decisional, probablemente el acento de Bobbio sobre la igualdad es mayor que el mío. Concretamente, yo soy más prudente que Bobbio porque parto de la premisa, quizá no muy explícita, de que tratamientos iguales no necesariamente llevan a resultados iguales. En ese sentido, igualmente

los resultados exige tratamientos distintos, y reglas iguales llevan a resultados distintos. En función de esta premisa, yo no niego el valor de la igualdad, sino en todo caso sus dificultades de ambientación; es decir, me interesa que el hecho de igualar no sea como sucede frecuentemente, contraproducente. En todo caso, se trata de una diferencia de énfasis, no de principio.

Quizá las mayores diferencias entre Bobbio y yo giran en torno al concepto de capitalismo. A diferencia de Bobbio, el capitalismo es para mí un falso adversario. El concepto central es el de mercado, el de capitalismo. Entiendo muy bien el fastidio que el capitalismo produce moralmente. Yo personalmente también lo detesto, pero no veo su centralidad. Ciertamente, el capitalismo es importante en la polémica política; es decir, el debate sobre la desigualdad entre ricos y pobres, etcétera, pero en el fondo el problema es tener un sistema económico que produzca riqueza, y en esto el capitalista es incidental. En efecto, dado que la tecnología requiere acumulación de capital, el capitalismo lo tienen todos y podría decirse incluso que los sistemas comunistas fueron los más capitalistas en la medida en que los comunistas poseían todo el capital y lo manejaban, mientras que

lo social por lo que en este sentido Marx es individualista y el liberal es socialista. Esta suerte de paradoja nos hace entender que la idea según la cual todo es individual o todo es social es incorrecta.

— *De aquí surge el problema de si la democracia en el contexto de los capitalismos tardíos aún puede cumplir sus promesas hasta ahora no cumplidas. En la perspectiva de Bobbio, el capitalismo es necesario a la democracia, pero también constituye una especie de camisa de fuerza para que ésta pueda alcanzar una plena realización. ¿Qué opina al respecto?*

— No considero que el abrazo entre capitalismo y democracia sea un «abrazo mortal». No hay nada de mortal en ello. Es simplemente un abrazo. El capitalismo no asesina a la democracia. A la larga, es la democracia la que ha asesinado a todos los otros. Así, por ejemplo, a diferencia del siglo pasado, los sindicatos tienen en la actualidad, por lo general, más fuerza que los patrones, los cuales, ante la lucha sindical, muchas veces tienen que ceder. El mismo discurso vale para la democracia. Cuando un sistema es verdaderamente democrático y los votos cuentan, observamos que los contenidos de lo que el Estado democrático decide son los contenidos que expresan ciertos deseos sociales o de las mayorías. En consecuencia, la democracia pierde no porque sea asesinada por algún otro sino porque se suicida: se vuelve demagogia, no cumple sus promesas, comienza a imprimir anárquicamente papel moneda, se dispara la inflación, aflora la indecisión, etcétera. En ese sentido, no se trata de un «abrazo mortal». Si los sistemas liberal-democráticos son definidos procedimentalmente, lo que es establecido por este procedimiento es fijado por la voluntad popular, si se quiere filtrada o mediada a través de diversos mecanismos de

presentación, pero si uno ve demandas y acciones fallidas se constata perfectamente que los votos cuentan. Más aún, en ocasiones cuentan a tal grado que las democracias son asesinadas por exceso de demandas no satisfechas o mal satisfechas. Por lo tanto, el problema de la democracia es interno a sí mismo; es decir, es un sistema de demandas que en un momento dado se desresponsabiliza; la representación se vuelve irresponsable. Si las democracias modernas van mal en la actualidad es porque el mecanismo de producción de las decisiones no funciona o funciona mal y porque promete lo que no puede cumplir. En conclusión, no veo enemigos externos que tengan la suficiente fuerza para frenarla o destruirla... — *¿Y los neoconservadores?*

— Bueno... Pero en todo caso los neoconservadores también pierden electoralmente. Cada parte interesada defiende sus intereses, pero los números que son valorizados según un principio mayoritario son los números que representan.

— *Para concluir, quisiera volver al tema de los lenguajes en la reflexión de lo político. Una de las preocupaciones que usted ha expuesto en diversos trabajos tiene que ver con el pluralismo metodológico y la diversidad de lenguajes que han caracterizado a la ciencia política. En diversos escritos como Tower of Babel<sup>4</sup> o Dove va la Scienza Política?»<sup>5</sup> usted ha sugerido la necesidad de unificar los conceptos y los lenguajes de la disciplina si es que ésta pretende alcanzar niveles más altos de objetividad y desarrollo. Para otros autores, por el contrario, esta pluralidad es pertinente, pues garantiza la confrontación de ideas. ¿Cuál es su opinión sobre este problema? ¿Es posible esperar aún la comunicación o una interrelación más fecunda entre los diversos actores de la ciencia política, o acaso las perspectivas*

más recientes y con pretensiones de «hard science» implican una fractura irreconciliable en el seno de la disciplina?

— Soy contrario a todas estas perspectivas. Metodológicamente, mi trabajo que considero más consistente es *Guidelines of Concept Analysis*,<sup>6</sup> pues ahí explico cómo diferencia y comunicatividad pueden coexistir perfectamente. Por lo tanto, lo importante es tener un método que permita unidad y diversidad. De no admitirlo no llegaríamos a nada. No creo que la noción de «pluralismo metodológico» sea afortunada. En ocasiones uno toma una buena palabra y la carga de muchos sentidos. Ciertamente, pueden existir muchas posibilidades, muchas escuelas metodológicas, pero lo que importa realmente es el empleo correcto del método y de la lógica. El discurso sobre el lenguaje es muy simple. El lenguaje es aquello que sirve para comunicarnos y entendernos. Si inventamos lenguajes que no comunican, entonces ya no alcanzo a distinguir qué es el lenguaje. Admitámoslo, el «innovamentismo metodológico» lleva a estos problemas, pero estamos en la «torre de Babel». En efecto, para ilustrar lo anterior, uno de los problemas de África es que existen países inventados por los colonizadores europeos, pero que están constituidos por tribus de mil lenguajes, por lo que no se hablan ni siquiera entre sí. Destruir el lenguaje es destruir el medio de comunicación. En la medida en que lo hacemos, por diversos motivos, lo hacemos mal. Sobre el punto, sin embargo, me parecen absurdas las opiniones sobre la anarquía metodológica. No tienen coherencia y por ello son obras pobres en lógica, sea aristotélica, posaristotélica o hasta dialéctica.

Pero sobre el punto del desarrollo cuantitativo siempre he sostenido que éste debe ser precedido del

desarrollo cualitativo; es decir, los datos que después vuelven números siempre son observaciones en relación con contenedores conceptuales, por lo que los contenedores no son correctos los datos tampoco. Y esto es precisamente lo que ha sucedido; es decir, ha habido un desarrollo cuantitativo de la disciplina que trabaja sobre datos por lo general irrelevantes respecto al problema propuesto. En ese sentido, que se afirme que no existe ciencia política si no es cuantitativa me parece una reducción horrenda que no acepto. No conozco ninguna epistemología que pueda sostener que aquello que no es cuantitativo no es científico, ni siquiera en física.

## NOTAS

<sup>1</sup> G. Sartori, *Democratic Theory*, Michigan, Wayne State University Press, 1962 (existe traducción al español: *Aspectos de la democracia*, México, Limusa-Wiley, 1965).

<sup>2</sup> G. Sartori, *The Theory of Democracy Revisited*, 2 vols., Chatam House Publishers Inc, 1987 (existe traducción al español: *Teoría de la democracia*, Madrid, Alianza Universidad, 1988).

<sup>3</sup> Nos referimos al polémico artículo de N. Bobbio: «La democrazia realistica di Giovanni Sartori», *Teoria Politica*, Turín, vol. núm. 1, 1988, pp. 149-158. Sobre esta polémica puede verse también: C. Cansino, «Discutiendo a Sartori», *La Jornada Semanal*, México, nueva época, núm. 63, 26 de agosto de 1990, pp. 1-34; D. Zolo, «Le vecchie novità di Sartori», *MicroMega*, Roma, núm. 2, 1988, pp. 229-232.

<sup>4</sup> G. Sartori, F. Riggs y H. Teune, *Tower of Babel. On the Definition and Analysis of Concepts in the Social Sciences*, Pittsburgh: International Studies Association, 1975.

<sup>5</sup> G. Sartori, «Dove va la Scienza Politica?», en L. Graziani (ed.), *La Scienza Politica in Italia. Bilancio e prospettive*, Milán: Franco Angeli, 1984, pp. 98-114 (existe traducción al español «¿A dónde va la ciencia política?», *Estudios Políticos*, México: tercera época, núm. 4, octubre-diciembre de 1990, pp. 139-156).

<sup>6</sup> G. Sartori, «Guidelines for Concept Analysis», en G. Sartori (ed.), *Social Science Concepts. A Systematic Analysis*, Beverly Hills, Sage Publications, 1984, pp. 15-72.

10

## CIENCIA POLÍTICA: UN ENFOQUE POSIBILISTA

*Philippe Schmitter*

7  
Cuando Philippe Schmitter publicó en 1974 su ensayo «Still the Century of Corporatism?», no sospechaba que este trabajo causaría una verdadera revolución en el estudio de las grandes organizaciones de intermediación de intereses y de sus relaciones con el Estado. De hecho, este trabajo junto con varios más que se publicarían más tarde modificaron sustancialmente las perspectivas dominantes en el estudio sobre las bases sociales del Estado y los mecanismos de negociación entre el Estado y las grandes corporaciones de clase. Sin duda, la contribución de Schmitter lo convirtió en uno de los científicos líderes de la ciencia política de los años setenta.

Cabe señalar que Schmitter encabezó desde entonces una sérgica crítica al modo dominante de conceptualizar las actividades de los grupos de interés, así como del modelo pluralista y del estilo de investigación empírica. Su propuesta alternativa sostiene que el estudio de los actuales modos de intermediación de intereses exige un método de investigación histórico y comparativo sensible a las corrientes de desarrollo en el largo plazo, al impacto diferencial de acontecimientos aislados, a la importancia acumulada de las decisiones críticas y a la gradual suma de estrategias de gobernabilidad normativas.

Estos mismos presupuestos son recuperados en otra vertiente de estudios igualmente significativa en la obra de Schmitter: sus estudios sobre los procesos de transición democrática. De hecho, se debe a este autor una de las principa-

les obras sobre este tema, escrita junto con Guillermo O'Donnell y Lawrence Whitehead: *Transitions from Authoritarian Rule* (1986). Sin duda, esta obra colectiva se constituyó en la síntesis mejor lograda sobre los avances acumulados hasta entonces de varios años de producción científica sobre cambio y continuidad de los regímenes y sistemas políticos. En particular, destaca de este libro el volumen firmado por Schmitter y O'Donnell en el que se propone un modelo analítico que contiene el conjunto de secuencias lógicas posibles que caracterizan a los procesos de transición democrática. Asimismo, estos autores proponen un vocabulario exhaustivo sobre los principales conceptos empleados en el estudio del cambio político.

En la actualidad, Schmitter dirige un Centro de Estudios Europeos en la Universidad de Stanford. Previamente fue profesor destacado en importantes universidades como el Instituto Universitario Europeo y la Universidad de Chicago. Su incursión en los temas europeos ha sido permanente, pero también ha sido un estudioso de los sistemas políticos latinoamericanos. Buena parte de sus trabajos ha considerado a esta área geográfica. En particular, son significativos sus estudios sobre la transición democrática en Sudamérica.

Además de los textos ya referidos, sobresalen las siguientes obras de Schmitter: *Trends Toward Corporatist Intermediation. Contemporary Political Sociology* (1979); *Private Interest Government. Beyond Market and State* (1985) y *Patterns of Corporatist Policy-Making* (1982), todos publicados en coedición con Gerhard Lehmbruch.

## Ciencia política: un enfoque posibilista

— Usted es ampliamente conocido por sus investigaciones y su conceptualización del corporativismo. Sin duda, sus múltiples incursiones en este campo, desde *Still the Century of Corporatism?*<sup>1</sup> hasta *Corporatism is Dead! Long Live Corporatism!*,<sup>2</sup> han constituido una referencia obligada para quien examina los arreglos institucionales que vinculan a los intereses organizados de la sociedad con la estructura estatal. En ese sentido, nos gustaría escuchar su opinión sobre el estado del arte de la teoría del corporativismo.

— Usted ha hecho referencia a algunos de mis trabajos más recientes sobre el tema. En particular, el artículo sobre la muerte del corporativismo sintetiza muy bien mi actual posición al respecto. La situación es la siguiente: el corporativismo, o mejor, el corpo-

rativismo en su versión original o «macrocorporativismo», ese corporativismo que involucraba a grandes conglomerados de clase, altamente centralizados y articulados por arreglos sumamente amplios, con capacidad para influir en los salarios e incluso, en algunos casos, en los precios y en las inversiones, fue una respuesta contingente y coyuntural a un período particular del desarrollo capitalista, y que tuvo características ya superadas. La primera fue la centralidad de la reconstrucción y del conflicto de clase en el contexto de la reconstrucción. La segunda fue la existencia de economías nacionales relativamente autónomas. En efecto, con el resurgimiento del capitalismo después de la Segunda Guerra Mundial, pese a que existían aspectos de cooperación internacional y obviamente se acordó un mercado común, prevalecieron economías nacionales que bajo un patrón más o menos keynesiano controlaban las demandas, las decisiones y la administración locales.

Con el declive de los mecanismos keynesianos, y por supuesto de la propia ideología keynesiana como medio para administrar el capitalismo moderno, especialmente por partidos socialdemócratas, el corporativismo comenzó a degenerar y a desaparecer. Y espero que ese corporativismo no regrese. De hecho, acabo de concluir un artículo sobre el Mercado Común Europeo donde sostengo que esta estructura extranacional constituye la máxima modalidad al que el corporativismo puede aspirar.<sup>3</sup> En otras palabras, el corporativismo está muerto, aunque quizá no completamente, pues se puede encontrar todavía en algunos países como Austria, Suecia, Noruega y Finlandia, pero aún aquí está en crisis. Por mi parte, no espero ver un resurgimiento del corporativismo en el futuro cercano, principalmente

porque las economías nacionales ya no son realmente controlables por compromisos y por negociaciones explícitas de clases.

Ciertamente, permanecerán algunos compromisos, pero ya no se articularán en la estructura corporativa que prevaleció en la posguerra. El único nivel posible en el que todavía se puede imaginar la reemergencia del corporativismo es en el nivel europeo. Y aún aquí no veo signos claros, debido sobre todo a dificultades provenientes tanto del lado del comercio como del capitalismo.

En mi opinión, la superación del corporativismo de ese tipo, la primera variedad, se debe en gran medida a la reacción y a la resistencia de los intereses comerciales. No fue destruido por los trabajadores. Por el contrario, permanece como un interés de la mayoría de los grupos de la clase trabajadora en el nivel nacional que aún tenga lugar algo como aquella forma de negociación explícita a nivel de clases.

Los capitalistas quienes han sustituido al corporativismo, y no tienen ningún incentivo para restablecerlo a nivel nacional o internacional, como por ejemplo el mercado europeo. Y por supuesto, a nivel global es totalmente impensable. En consecuencia, esa forma de corporativismo está muerta.

Lo que sí está muy vivo, floreciente en todas partes, pero sobre todo en Europa, es lo que yo llamo «mezzo-corporativismo» o «corporativismo intermedio». Es decir, la discusión se ha movido del nivel macro de los grandes agregados a un nivel de agregación intermedia. Esto significa dos cosas. En primer lugar, supone sectores o segmentos de la estructura industrial en los que tenemos toda suerte de arreglos corporativos, especialmente alrededor de la reestructuración industrial y la adaptación a los

cambios en el mercado mundial. Algunos de estos arreglos son nacionales y otros europeos.

Así, podemos observar industrias plenamente integradas, como la industria química, que presenta la forma de una verdadera corporación global reestructurada en la que existen capitales fuertemente concentrados y bien organizados. Asimismo, existe un número pequeño de trabajadores en esta industria, igualmente organizados e incluso articulados a nivel internacional, como ciertamente ocurre en Europa. Pero esto no es el corporativismo como fue originalmente concebido; es mezo-corporativismo, es decir, son arreglos corporativos dentro de un sector, más que sobre la economía. En otras palabras, no hay clases sociales, hay sectores, segmentos de clase en relación con otros segmentos de clase.

Otra área en la cual los arreglos corporativos tienden a resurgir es a nivel subnacional o regional. Este es el segundo significado del mezo-corporativismo. En otras palabras, el corporativismo previo fue de agregados de clase pero también se dio a nivel nacional. Ahora, encontramos segmentos de clase en algunos casos y grupos subnacionales o regionales en otros, como Cataluña y el País Vasco en España, por citar dos ejemplos. En estos casos, los gobiernos buscan arreglos específicos con los grupos regionales para flexibilizar la fuerza laboral a cambio de formas de protección local.

En síntesis, el corporativismo que hoy prevalece es un corporativismo menos comprensivo y de niveles más restringidos.

— *En su momento, su incursión en el debate sobre el corporativismo obligó a repensar el concepto de pluralismo democrático que predominaba en los años setenta. Más aún, su interpretación del corporativismo mostró*

os límites de los modelos pluralistas de democracia, como el elaborado por Robert Dahl.<sup>4</sup> En la actualidad, ¿pareciera que la predominancia explicativa que el corporativismo llegó a alcanzar sobre la teoría pluralista se ha invertido por efecto de las propias transformaciones prácticas del corporativismo clásico, como usted muy bien apunta en su respuesta anterior. ¿Qué nos puede comentar al respecto?, ¿puede hablarse acaso de un resurgimiento del pluralismo democrático, tanto en la teoría como en la práctica?

— El pluralismo es un asunto diferente y en pleno resurgimiento, pues está asociado con la cuestión de democratización. Con raras excepciones, como España, Uruguay y Chile, la mayoría de las experiencias de democratización de las últimas décadas han llevado a una verdadera pluralización de intereses de clase y no sólo a una mera proliferación de esfuerzos de representación de intereses, tanto del lado capitalista como del lado de los trabajadores. En consecuencia, existe un verdadero pluralismo, el cual no sólo se afirma en las nuevas democracias sino también en las consolidadas. Estamos en presencia de una proliferación de nuevas bases de agregación de intereses, siendo las más obvias aquellas agregaciones que buscan una mejor calidad de vida, como las ecológicas y las ambientales, pero también aquellas más específicas que pugnan por el desarme, por las demandas de género, etcétera. Esta tendencia puede encontrarse incluso en el resurgimiento de ciertas expresiones políticas religiosas, aunque éstas tienden a adoptar formas más monolíticas e intolerantes.

El resultado es que la mayoría de las nuevas democracias con perfiles cada vez más pluralistas tienen que vivir con una estructura de grupos mucho más fragmentada. En ese sentido, como ya sugerí antes,

dado que el corporativismo siempre depende de un rol particular del Estado, en particular del Estado interventor de tipo keynesiano, junto con el neoliberalismo y la apertura general de las economías modernas, incluyendo las del Tercer Mundo, socava los recursos que el Estado colocaba para crear agregaciones de tipo corporativo. En otras palabras, el pluralismo es el resultado de un nuevo. Yo no lo llamaría un segundo mejor resultado por el hecho de que mucha gente lo prefiera desde un punto de vista normativo, sino a lo sumo por su mejor rendimiento tanto para la economía como para la gobernabilidad de una sociedad.

En síntesis, el pluralismo está mucho más vivo que el corporativismo. Mientras que este último ha visto modificadas sus bases, la creciente democratización de los últimos años ha fortalecido el pluralismo. Sin embargo, existen algunos casos de transiciones exitosas a la democracia en las que se combinan modelos competitivos electorales con arreglos de tipo corporativo, tales como España o Uruguay.

— *En términos de un balance personal, ¿cuáles de sus contribuciones en el estudio del corporativismo considera más significativas en el desarrollo de la ciencia política?*

— Es muy difícil juzgar la propia contribución. Más aún, en ocasiones uno contribuye de maneras que no esperaba o en cuestiones indirectas. Pese a ello, pienso que mi contribución a la teoría del corporativismo es la de alguien que ha sintetizado diversas observaciones independientes sobre el tema, además de haber trabajado en muy diferentes países y regiones, lo que me permitió encontrar un patrón común del corporativismo más allá de áreas culturales o geográficas. Puedo decir también, que parte de

mi contribución es simplemente negativa. Consistió en socavar la creencia de que el corporativismo era una suerte de producto cultural. Demostré, por el contrario, que era una estrategia deliberada por parte de grupos particulares. Es decir, contribuí debilitando lo que constituía una visión previamente dominante. Por ello digo que mi contribución se da en un sentido negativo, debilitando la asunción básica según la cual el pluralismo era el único tipo de resultado de organización de intereses que acompañaría al desarrollo. Así, por ejemplo, mostré con relativo éxito, que existían otras maneras de organizar los negocios o de perseguir intereses.

Por esta vía, consideré dos aspectos que me ocuparon mucho tiempo, ambos relacionados con el Estado. El hecho de que los enfoques previos a esta área general habían tratado al Estado y a las políticas públicas como la variable dependiente, es decir, independientemente de grupos constituidos o de las motivaciones de los actores, me parecía una asunción demasiado *liberal*. Por eso pensé al Estado en otros términos. Más aún, me parecía que en la realidad ocurría frecuentemente lo contrario, es decir, que las fuerzas de coerción, algunas públicas y algunas privadas, en realidad rebasan al Estado y crean y mueven esos intereses colocando importantes incentivos y restricciones en la manera en que son organizados.

Esta fue entonces la principal contribución, no sólo para mí sino también para todos aquellos quienes trabajaban en esta línea. Prevalcía un fuerte criticismo de efectos devastadores. Con respecto a las observaciones sobre la lógica de la acción colectiva, mientras que Mancur Olsen sostenía que los individuos no tenían ningún motivo racional para organizarse colectivamente,<sup>5</sup> yo sostuve que ellos sí se organizarían desde

abajo, aunque de manera coercitiva o semicoercitiva, para perseguir sus intereses. Así, cambié las bases de la lógica de la acción colectiva y demostré, aunque no en todos los casos, que ésto era posible y que ocurrió incluso históricamente con frecuencia. De esta suerte, pude demostrar que donde ello ocurría no fue tan sólo el producto instintivo de los valores políticos y culturales de la vida interna de los ciudadanos, sino de una estrategia deliberada.

Esa fue quizá la contribución más duradera. En suma, creo que contribuí como catalizador para pensar de manera distinta el corporativismo. Por otra parte, dentro de la ciencia política, contribuí a formar un importante grupo de comparatistas políticos interesados en el tema de las grandes estructuras sociales; como los sindicatos, a las que llamé «relaciones industriales especializadas». Asimismo, descubrí casi por accidente a muchos especialistas en este tema en Europa con extraordinaria creatividad y profesionalismo. Así, parte de mi función ha sido escuchar a estas personas, traducir algunas de sus enseñanzas, y conformar junto con ellos un vocabulario general de política comparada.

— *Otro campo de investigación en el que usted ha incursionado con gran éxito es el relativo a los procesos de cambio y continuidad de los regímenes y sistemas políticos. Tales desarrollos se enmarcan en aquella perspectiva de análisis que aprendimos a llamar con Gabriel Almond política comparada con una clara influencia estructural-funcionalista. Ahora bien, si convenimos en que en los últimos años dicha orientación ha quedado un tanto rezagada en comparación con el repunte de otras más recientes como los enfoques de la elección racional, ¿cómo se ha movido Philippe Schmitter teóricamente tomando en cuenta estas dos gran-*

*des orientaciones dentro de la ciencia política? Más específicamente, ¿cómo visualiza usted las posibilidades explicativas de la política comparada entre los extremos del factualismo reduccionista de algunas perspectivas y el teoricismismo desmedido de otras?*

— En lo personal, me he colocado firmemente por fuera de ambos, aunque me encuentro cercano en algunos aspectos de mi trabajo a la perspectiva de la elección racional. Déjame tratar de explicar ahora lo que ello significa.

En primer lugar, tengo una firme convicción en la importancia de los modos históricos de explicación, y ninguno de los enfoques señalados lo son. Esta es la primera razón de mi distanciamiento. La elección racional es incluso más extrema en algunos aspectos, pero ambos ponen poca atención al hecho de que la gente tiene recuerdos, creencias y valores.

Adicionalmente, me distingo de los enfoques de la elección racional en dos cosas. La primera es que no comparto de ninguna manera el individualismo metodológico. Por el contrario, considero que los individuos somos seres socialmente construidos, y que parte de esa construcción social que nos crea, también crea grupos, instituciones, organizaciones de diverso tipo, que a su vez influyen en la conducta de los individuos. Así, no parto de la asunción de individuos racionales con preferencias formadas independientemente. Por el contrario, considero que esas preferencias tienen que ser explicadas, pues provienen de la interacción y el conflicto de la vida colectiva.

Dicho de manera general, el estructural-funcionalismo no comparte tal individualismo metodológico, sino que se refiere a procesos de vaga causalidad o de una causalidad de tipo semiorgánica. Es por ello que en algún sentido soy más cercano a la elección

racional, en la medida en que confiero gran atención a las elecciones, es decir, a las elecciones activas. Mi problema con el enfoque de la elección racional es que concibe elecciones sin constricciones, siendo que trato de entender precisamente esas constricciones históricas. Me parece fundamental explicar la naturaleza de las constricciones para entender por qué los grupos particulares actúan de manera tan distinta. Creo que ello se debe no sólo a causas culturales, sino sobre todo históricas.

Pese a estas diferencias, respeto algunos de los aspectos de la elección racional. Así, por ejemplo, es muy importante contar con, lo cual me aleja aún más de los funcionalistas, explicaciones a nivel micro para entender por qué la gente hace cosas. No creo que la elección racional haga el trabajo adecuadamente, pero al menos se ha planteado el problema.

Otro aspecto que me aleja de ambas perspectivas es que sus representantes son más bien apolíticos, en el sentido de que ponen poca atención a la coerción como un importante componente de la política. Asimismo, aunque menos en el caso de la elección racional, ponen poca atención a los conflictos dentro de la sociedad. En el caso del funcionalismo, el conflicto sólo es visto de manera temporal, por lo que se propone una suerte de ajuste funcional. En el caso de la elección racional, por su parte, el conflicto es analizado como un juego. Sin embargo, me parece que en la mayoría de los casos la metáfora de los juegos no captura la calidad del conflicto y de la coerción que es común en el centro del poder. En consecuencia, ambos enfoques consideran de manera inadecuada el poder, el cual en mi opinión tiene que ser entendido en términos históricos.

En suma, me sitúo en una perspectiva macro más

que micro. Pero creo que es importante que de alguna manera la perspectiva macro sea explicable. En algún nivel encontramos procesos macro, pero no podemos quedarnos aquí. Debemos considerar también por qué la gente elige hacer algo o por qué fueron motivados, cuestión muy importante para el enfoque de la elección racional.

En donde me separo de este último es en la explicación histórica, como opuesta al tipo de asunciones ahistóricas de las que ellos parten, especialmente sobre teoría de juegos. La política no es solamente un juego intrincado, en ella existe toda suerte de movimientos.

Finalmente, encuentro un último aspecto para diferir de ambas perspectivas, pero que también me acerca a muchos otros investigadores. Tanto la elección racional como el estructural-funcionalismo en la política comparada sistemáticamente ignoran el papel que desempeñan los factores internacionales. Es decir, tienden a tratar cada problema político como algo autocontenido, aislado. Tanto un Estado-nación aislado como un juego aislado entre dos personas admiten para la elección racional una explicación del tipo del dilema del prisionero.

— *En su conocido libro Transitions from Authoritarian Rule,<sup>6</sup> se ponía énfasis en que la transición desde regímenes autoritarios constituía la cuestión central del análisis político en la década pasada. Sin duda, dicha afirmación tenía su principal constatación práctica en los procesos de democratización de América Latina, y buena parte del marco conceptual propuesto se construye a partir de la reflexión de dichos casos. Los años noventa, por el contrario, han desviado la atención hacia los procesos de transformación de Europa del Este, cuyo análisis ha exigido redefiniciones teóricas dada la pecu-*

*liaridad de sus sistemas políticos de partida. Considerando lo anterior, ¿cuál es su propia evaluación de la propuesta contenida en Transitions from Authoritarian Rule teniendo ahora como principal referencia los procesos de cambio político en Europa del Este?*

— Ciertamente, he invertido mucho tiempo en estos temas durante la década pasada. Déjame decirte que debido a ciertos accidentes así como por los lugares donde viví los últimos años, he puesto mayor atención y he aprendido más de Europa del Sur que de América Latina. Como sabes, tengo contactos con mucha gente de América Latina, he aprendido mucho de esta región, pero mi experiencia directa más activa han sido por lo general los países de Europa del Sur, y en especial España, Portugal e Italia.

En consecuencia, he aprendido más de estos países, amén de reconocer que fue precisamente aquí donde tuvo inicio en la década de los setenta la nueva ola de transiciones a la democracia. Los procesos de democratización en América Latina ocurrieron después, en la década de los ochenta. Esto puede significar dos cosas. En primer lugar, que fui de los primeros en desarrollar el tema para el caso de Portugal, pues ya me encontraba trabajando al respecto. De hecho, la revolución portuguesa me tomó por sorpresa como a todos.

Como es sabido, el caso español sirvió por su parte como un modelo de transición para otros países. Sin embargo, también es cierto que este modelo resultó muy difícil de imitar, aunque mucha gente lo estudió de esta manera. Por mi parte, encontré que el caso de Portugal era un antimodelo del caso español. De hecho, los españoles sostenían que querían evitar que su transición resultara tan confusa como la portuguesa, por lo que proponían un modelo consensual,

pactista, dirigido, etcétera, de transición. Así, se sostenía que existían modelos de transición positivos y modelos negativos. Como se observa, la teoría de las transiciones se ha venido enriqueciendo con cada nueva experiencia de transición. Este es precisamente el caso de las transiciones más recientes en Europa del Este.

En lo personal, he estado involucrado activamente con personas que se ocupan de Europa del Este, y he debido reconocer la necesidad de cambiar muchas de mis convicciones originales o a lo sumo de ajustar mi pensamiento. Es por ello que no dejan de sorprenderme los comentarios de varios de mis colegas de Europa del Este sobre lo útil que les ha resultado mi libro sobre el tema para entender sus propios cambios políticos. Por mi parte, me parece fundamental reconocer algunas diferencias fundamentales entre las transiciones de las décadas de los setenta y ochenta y las transiciones en Europa del Este, como condición para redefinir la utilidad de la teoría del cambio político.

Considero que existen tres grandes diferencias. La primera de ellas es tan profunda que incluso llevaría a sustituir el marco comparativo de los años precedentes. Esto es así porque los recientes cambios en Europa del Este involucran transformaciones simultáneas tanto en el sistema político como en el sistema económico. Como es sabido, los cambios en Europa del Sur y en América Latina fueron básicamente políticos. Fueron pocas las excepciones en las que algunos grupos políticos mantuvieron la ilusión de que la transición podía ser también económica y social. En los hechos, estas transiciones hicieron a un lado de manera deliberada las transformaciones económicas y se olvidaron de redefinir aspectos como los

derechos a la propiedad y la redistribución de bienes sociales, para concentrarse en el negocio de crear la democracia.

Considerando lo anterior, podría decirse incluso que se trató de transiciones conservadoras desde el punto de vista de su impacto social y económico. Sin embargo, existió una buena razón para que ello fuera así. Se pensaba que sólo operando esta bifurcación resultaría más fácil consolidar la democracia. Una vez afirmado el proceso de construcción del consenso democrático y de los principios democráticos se podría avanzar hacia reformas sociales y económicas que consideraran la estructura de la propiedad y las desigualdades existentes. Muchos pensábamos entonces que era mejor proceder de esta manera que por una vía revolucionaria o leninista, que en los hechos nunca ha sido exitosa.

Ahora bien, Europa del Este resulta novedoso por muchas otras razones. Lo que se ha dado ahí a partir de 1989 es una verdadera revolución en el sentido clásico del término. Es decir, ha habido un cambio rápido, en la mayoría de los casos no violento, tanto en la estructura del poder como en la estructura de la propiedad y la producción. Sin embargo, en otro sentido, se trata de un nuevo tipo de revolución. Hoy estamos en presencia de una inversión histórica extraordinaria. Los radicales son hoy los conservadores, y éstos son los radicales. Teníamos aquí un conjunto de izquierdistas, sentados en la mesa de discusiones, tratando de establecer lo que podía ser salvado del socialismo, qué aspectos de la propiedad pública, qué aspectos del sistema de bienestar social, etcétera, podían mantenerse en un nuevo orden de libre mercado. Aquí los de izquierda eran conservadores. Por eso sostengo que la ola del radicalismo está ahora en

manos de los conservadores, mientras que los socialistas son los conservadores, e incluso se les puede llamar a éstos últimos reaccionarios. ¡Qué mejor evidencia que ésta para hablar de revolución en Europa del Este!

En suma, hay una revolución en marcha. La simultaneidad de la que hablábamos significa aquí que la transición tendrá una naturaleza distinta. En transición se encuentran simultáneamente diferentes y muy complejas instituciones interrelacionadas. Mientras que en Europa del Sur y en América Latina la preminencia del capitalismo permitió la separación de la transformación de la estructura de poder y de la estructura de la propiedad, esta ilusión no se presenta en Europa del Este.

En segundo lugar, el peso de los factores externos en las transformaciones de Europa del Este ha sido mucho más decisivo que en las transiciones en América Latina y en Europa del Sur. Sin desconocer la emergencia de actores importantes en el plano nacional, como Solidaridad en Polonia, lo que realmente propició la transformación en la mayoría de los casos fue el cambio de las políticas soviéticas a mediados de los años ochenta. En consecuencia, considero que necesitamos un modelo mucho más complicado que incluya este factor imperialista soviético para tener un cuadro más cercano de explicación.

En tercer lugar, de manera más o menos implícita, considero que las transiciones en Europa del Sur y en América Latina no dependieron críticamente del aparato de Estado, en el sentido práctico de su ineficacia y corrupción. En Europa del Este, por el contrario, la transformación del aparato de Estado es crucial. La pregunta es qué hacer en estas transiciones con el enorme aparato de Estado de los regímenes comu-

nistas, obviamente en conexión con el partido gobernante monopolista. No creo que en ningún otro caso, incluyendo al Partido Revolucionario Institucional en México, se cuente con este fenómeno.

Sin embargo, de este hecho deriva una cuestión optimista para la transición en Europa del Este. Existe la convicción de que las fuerzas militares en estos países, a diferencia de otras transiciones, no dispararán contra sus ciudadanos, no realizarán golpes de Estado. Quienes así piensan seguramente están equivocados. Ciertamente, el aparato de Estado militar no es el aparato de Estado civil, pero ambos pueden ser rápidamente corrompidos, convertirse en instrumentos para la fuga de recursos, y tendencialmente pueden aislarse de los intereses sociales. En todo caso, el aparato de Estado militar constituye el principal problema a ser superado en las primeras etapas de la transición, lo cual constituye otra interesante diferencia.

En síntesis, observo tres importantes diferencias en Europa del Este: la noción de simultaneidad, el factor externo y la afirmación de un aparato de dominación civil sustancialmente distinto al aparato militar precedente.

— *¿Y el asunto de las diferencias culturales...?*

— Este es un concepto que he tratado de evitar en la medida de lo posible. No es una variable con la que comenzaría mi análisis. Más aún, asumo que para mis casos particulares de estudio, Europa del Sur, América Latina y ahora Europa del Este, la cultura política no hace la diferencia. Entender el tiempo, la estructura del poder y de las oportunidades en los conflictos internacionales, entre otras cuestiones, son mis objetivos principales. Y bajo este aspecto, asumo que todos son en alguna medida iguales culturalmente.

Sin embargo, reconozco que tarde o temprano descubriré que estoy equivocado. Es decir, que sí hay diferencias culturales. Pero eso sólo será al final del análisis, no al principio. Así, hay diferencias culturales entre los checos y los eslovacos, o entre los polacos y los húngaros. No puede negarse entonces que la variable cultural es discriminante tanto en el interior de un país, como entre países y áreas geográficas.

— *El politólogo Gabriel Almond ha optado recientemente por un entendimiento amplio de la ciencia política.<sup>7</sup> En particular, la define como una disciplina en la que los distintos métodos —científico, histórico, filosófico y legal— son apropiados y útiles. Sostiene también que la hegemonía del paradigma neopositivista en la disciplina ha comenzado a declinar al tiempo que la teoría política parece resurgir. ¿Cómo vislumbra usted esta perspectiva de la ciencia política? y ¿qué significa en su trabajo personal el contacto entre ciencia política y filosofía política?*

— Encuentro en la propuesta de Almond dos asunciones básicas. La primera es que la ciencia política es una disciplina plural y que en ningún momento ha tenido la tendencia de moverse predominantemente en una dirección u otra. La segunda es que parte de una noción amplia de teoría política un tanto arbitraria, pues incluye tanto a la ciencia política normativa, la filosofía política, los enfoques de la elección racional, etcétera.

Pero en el fondo de estos temas subyace uno de gran importancia con respecto a si la ciencia política está de alguna manera regresando a sus preocupaciones originales clásicas: ¿qué es la buena política?, ¿qué es la buena vida política?, ¿cuál es el fin apropiado de las elecciones colectivas?

En lo personal, me parece que la ciencia política, más allá del rigor de las hipótesis y de los conceptos, o del mayor o menor apego a métodos empíricos, tiende a regresar a estas cuestiones esenciales. Baste mencionar al respecto las enormes implicaciones que comporta la creciente difusión de la democracia a nivel mundial. En efecto, esta difusión democrática en una gran variedad de países y culturas, con diferentes niveles de sofisticación, de estructuración social, de democratización, de desarrollo capitalista, obliga a la ciencia política a reconsiderar la cuestión normativa.

Asimismo, por efecto de esta nueva realidad, la ciencia política se ocupará cada vez menos de la distinción entre democracia y autoritarismo, para ocuparse cada vez más de la democracia o de los tipos de democracia. Y en esa medida la cuestión central será normativa: ¿qué diferencias supone vivir en un tipo de democracia en lugar de en otro?, ¿qué tipo de valores promueve cada uno?, ¿a quién beneficia?, etcétera. Obviamente, se trata de cuestiones normativas. Son las preguntas clásicas sobre la mejor política o sobre la política más aceptable. Y éstas sólo pueden expresarse en términos evaluativos de los diferentes tipos de democracia.

De hecho, esta tendencia ya puede observarse claramente. Hay ya una abundante literatura sobre los beneficios relativos, los aspectos negativos y positivos, de los sistemas presidencialistas en oposición a los sistemas parlamentarios, por citar un ejemplo.<sup>8</sup> No sólo se trata de una discusión factual, sino también normativa, en la que cada uno de los participantes parte de una posición normativa, o si se quiere ética, personal.

Además de este aspecto, considero que la cuestión

normativa más importante en el futuro, sobre todo para los estudiosos de la política en las sociedades industriales avanzadas, será lo que yo llamo «democracia postliberal»: ¿qué vendrá después de la democracia liberal?, ¿cómo podemos perfeccionar la democracia liberal existente en el sentido más genérico?

En la actualidad, la noción de democracia socialista suena absurda. Ha sido contaminada por el socialismo realmente existente. Esto es malo, porque el socialismo nunca debió haberse reducido a esto, pero así sucedió históricamente. En consecuencia, es necesario repensar la democracia, y reflexionar sobre la democracia que puede emerger o la que puede resultar mejor a las que actualmente existen. Hay aquí muchas ideas interesantes flotando en el ambiente. Obviamente, no las mencionaré aquí. Pero sí observo que la discusión se mueve en una dirección normativa.

Finalmente, mencionaré otro tema que considero será fundamental para el futuro de la teoría política. La necesidad de la ciencia política de ir más allá del positivismo, lo cual puede ser interpretado de diferentes maneras, pero sobre todo supone no estar constreñidos a aquellos factores políticos susceptibles de medirse en un momento dado. En parte, esto es así porque nuestros instrumentos de medición están cambiando permanentemente, y en parte porque constriñen la imaginación. Considérese por ejemplo el tema del poder, que es central, o al menos debiera serlo, en la ciencia política, el cual nunca ha sido «positivizado» de manera significativa. En este caso y en muchos otros no puede descartarse su estudio porque resulta difícil medirlo.

Mi fórmula para esto, mi particular manera de enfrentar estos asuntos, es reconociendo sus componentes normativos. Aquí recupero la posición de

Albert Hirschman, quien ha propuesto un enfoque posibilista en las ciencias sociales.<sup>9</sup> Por posibilismo entiendo una aproximación a los problemas políticos, sociales o incluso económicos en el cual el análisis objetivo no es para explicar el resultado más probable, sino a lo sumo para encontrar una determinante singular. Quizá hemos ido del determinismo al probabilismo. El posibilismo es un modo en el que la obligación del análisis es tratar de imaginar el rango más amplio posible de resultados. Conocer cuáles de ellos son más posibles que otros. Es probable que esto se haga creyendo incluso que sólo un resultado es determinante o sobredeterminante. Esto es lo que un comparatista puede hacer mejor que cualquier otro, y es lo que deberíamos hacer. Así, por ejemplo, hablando del poder, se trataría de identificar ciertas especies de eventos políticos, ciertas categorías, para después establecer qué es lo posible y por qué. Esto es precisamente lo que Guillermo O'Donnell y yo tratamos de practicar en nuestro libro sobre transiciones.

— *¿Podría ahondar un poco más en las características del enfoque posibilista?*

— Sí. El posibilismo es una extraña suerte de ciencia social no positivista. Cuando uno puede trazar estas posibilidades, se puede observar un conjunto de transiciones y tratar de establecer cuál es el rango máximo de combinaciones que los actores pueden realizar. Por lo general la gente prefiere una o dos de estas combinaciones, pero no se debe restringir la atención a ellas. No es una utopía. No se trata de asumir que todos se comportarán bien con los demás, sino reconocer que existen otros resultados posibles en un continuum de posibilidades. La pregunta se dirige entonces a reconocer el rango más amplio posi-

ble de combinaciones, de juegos o, si se prefiere, de instituciones.

Con el posibilismo se pueden preferir algunos resultados en lugar de otros. Pero no dejas que esa preferencia restrinja el alcance. En ciencias sociales existen dos maneras predominantes que reducen el reconocimiento de las posibilidades. La primera es el positivismo, para el cual sólo se observan aquellas cosas susceptibles de medirse empíricamente. La segunda es aquella posición que sólo ve aquellas cosas que desea que acontezcan.

El posibilismo, por el contrario, obliga a mirar un amplio rango. Lo que pasa con el posibilismo es que a menudo termina encontrando indicaciones empíricas que no se habían considerado al inicio. Esta es la gran ventaja de no comenzar un estudio con fuertes restricciones, sino introduciendo fuertes elementos inventivos, aunque resulten difíciles de medir. A esto es a lo que llamo «ciencia política imaginativa». Una disciplina que combina aspectos antipositivistas, post-positivistas y normativos. De ahí surgirá otro tipo de problemas, como la manera de alentar a la gente a elegir una opción u otra dentro de un rango amplio de posibilidades.

— *En Transition from Authoritarian Rule, usted señala que la viabilidad de la democracia depende en buena medida de la afirmación de una sociedad civil articulada por identidades colectivas y por grupos independientes del Estado y en la que ciertos tipos de unidades contenidas sean capaces de actuar autónomamente en defensa de sus propios intereses e ideales. Asimismo, señala que para América Latina las opciones parecen ser muy reducidas (pactos elitistas, parlamentarismo, coaliciones políticas, representación proporcional favorecedora de partidos de centro o de centro derecha).*

*En todo caso, por estas y otras razones, sobre todo económicas, las democracias en América Latina presentan serias dificultades para consolidarse o estabilizarse. En su opinión, ¿hasta dónde la actual práctica de las democracias «difíciles» podría conducir hacia la estabilidad política?*

— Considero que existen dos importantes conjuntos de restricciones para América Latina. La primera, por lo demás demasiado obvia, es la consolidación de la democracia, es decir, hacer duradera y viable la democracia. Al mismo tiempo, está el gran problema que supone la inserción económica de América Latina en el sistema internacional, considerando que el actual momento no podía ser peor para muchos de estos países. En consecuencia, existe un conjunto de restricciones económicas externas con implicaciones devastadoras en diversos países: el problema del endeudamiento, la falta de tecnología local y la incapacidad para absorber nuevas tecnologías.

El otro conjunto de problemas tiene que ver con la construcción de la sociedad civil, es decir, un asunto de carácter endógeno. Al respecto, he señalado junto con Guillermo O'Donnell que América Latina no cuenta con las mismas bases con las que contaron los países de Europa del Sur para establecer su sociedad civil. De hecho, la sociedad civil, como característica distintiva de las sociedades europeas, se afirmó durante un largo proceso de varios siglos.

Por sociedad civil se entiende precisamente el tipo de sociedad predominante en Europa, la cual puede ser definida por tres aspectos. El primero es la existencia de grupos autónomamente constituidos o construidos. Son autónomos en dos sentidos: autónomos con respecto al Estado, y autónomos de grupos primarios, como la familia, los clanes o los notables loca-

les. El segundo es que son grupos reconocidos públicamente, es decir, cuentan con un estatus legal, la gente delibera sobre ellos públicamente, por lo que son grupos políticos. Finalmente, la sociedad civil es capaz de elaborar contratos en su seno; es decir, no sólo demanda cosas al Estado sino que también demanda a otros componentes de la propia sociedad civil, elabora contratos sociales, y es capaz de forzar esos contratos sin emplear la coerción y sin llamar a la intermediación del Estado.

Estas condiciones no se presentan en todos los países, incluyendo a muchos de Europa. En algunos casos lo que se observa son sociedades poco articuladas o con poca autonomía, debido a que ahí el Estado ha sido muy importante históricamente. Este es el caso precisamente de América Latina, y uno de los principales factores que dificultan seriamente la consolidación de sus jóvenes democracias.

Sin embargo, debo decir que América Latina está condenada a la democracia para un futuro previsible. Por ello entiendo que la democracia aquí no cae solamente dentro de aquellos tipos de alternativas impuestas por la dominación política, y que en el presente contexto todas las alternativas distintas a la democracia resultan manifiestamente inferiores, incluso para los propios militares y otro tipo de grupos. En consecuencia, pueden ocurrir transformaciones desde una democracia más abierta a una más cerrada, de un tipo de democracia a otro, pero en este particular momento la ausencia de otra alternativa, sea el Estado socialista, el modelo stalinista o el autoritarismo franquista de viejo cuño, o cualquier otro modelo, simplemente no se percibe, inclusive por aquellas personas que posiblemente podrían beneficiarse con alguno de estos modos de dominación.

Es por ello que sostengo que los países de América Latina están condenados a la democracia, aunque en realidad esto significa que están condenados por un tiempo a democracias no consolidadas. Mi lectura admite entonces un sentido optimista y uno pesimista sobre la democracia en América Latina. Es optimista en el sentido en que creo que está condenada a la democracia por un tiempo, lo cual supone que los distintos países deberán aprender a vivir con diferentes formas de ella y sobre todo deberán comenzar a cambiar la naturaleza de su sociedad civil. Es pesimista en el sentido en que las democracias de la región encontrarán enormes dificultades, sobre todo de índole externa, para consolidarse.

Sobre la constitución de la sociedad civil en las democracias latinoamericanas cabe hacer notar que resulta de un proceso inverso al que ocurrió en Europa, donde la sociedad civil precedió largamente a la democracia. La cuestión entonces radica en saber si es posible empezar a crear una sociedad civil ahí donde no existía y en el contexto de democracias no consolidadas e inestables; es decir, si los nuevos ordenamientos institucionales son capaces de garantizar las libertades y los incentivos básicos para la acción colectiva de todo tipo, y para la creación de un conjunto diferenciado de grupos autónomos.

— *Para concluir, nos gustaría conocer su opinión sobre los escenarios de desarrollo de la ciencia política en los próximos años.*

— Además del tema mencionado de la democracia, de los tipos de democracia y de las consecuencias de cada uno de éstos, podría mencionar otros aspectos que bien podrían definir a la ciencia política en los próximos años.

Así, por ejemplo, me parece inevitable la erosión

de las fronteras de la disciplina. Como es sabido, la ciencia política nunca ha sido una disciplina particularmente autónoma o autocontenida, sino que con frecuencia se relaciona con disciplinas como la sociología, la historia, las relaciones internacionales, el derecho, la economía, etcétera. En ese sentido, más que buscar su autonomía, la ciencia política debe reconocer la permeabilidad de sus fronteras.

Con respecto al problema de los paradigmas en la disciplina, mi sentimiento personal es que el enfoque de la elección racional más que convertirse en el discurso hegemónico dentro de la ciencia política, se encuentra en declive. Esto es así porque si bien estos enfoques han elaborado modelos sofisticados, muchas veces son tan abstractos que tienen poca capacidad para explicar el mundo real. Se trata de enfoques extraordinarios para los teóricos, pero existen límites prácticos que también deben considerarse.

Un tercer aspecto a considerar en el largo plazo es la internacionalización de la ciencia política como disciplina. Cuando yo empecé a trabajar en ella sólo existían los norteamericanos y los «demás», al grado de que los primeros se concebían como los únicos creadores de ideas originales y concebían a los segundos como meros reproductores de sus ideas. Ahora es indudable que algunas de las ideas más interesantes no provienen de Estados Unidos, sino de Europa, América Latina y Asia. Las fuentes de proliferación, nuevas ideas y nuevas técnicas, son ahora mucho más diversificadas. En la actualidad, cualquier tema significativo de estudio requiere de grupos internacionales. En ese sentido, más que los temas de la disciplina, lo que tenderá a cambiar radicalmente son las maneras de trabajar en ellas. Así, por ejemplo, no tiene sentido trabajar un tema como el de la democratización

con cinco norteamericanos especializados en países distintos. Lo que se requiere son personas nativas de esos mismos países, aunque ello supone crear colectivamente un lenguaje común así como un conjunto de asunciones e hipótesis compartidas.

## NOTAS

<sup>1</sup> P. Schmitter, «Still the Century of Corporatism?», *Review of Politics*, vol. 36, núm. 1, 1974, pp. 85-131 (existe traducción al español en: P. Schmitter y G. Lehmbruch (comps.), *Neocorporativismo I*, México, Alianza Editorial, 1992, pp. 15-67.

<sup>2</sup> P. Schmitter, «Corporatism is Dead! Long Live Corporatism!», *Government and Opposition*, Londres, vol. 24, núm. 1, invierno de 1989, pp. 54-73.

<sup>3</sup> P. Schmitter, «Exchange Theories of Integration: «Exit», «Voice» and «Suffrance» as Strategies in Regional Organizations», Stanford, Ca., Stanford University, artículo inédito, s/f.

<sup>4</sup> Véase la entrevista a Robert Dahl en este volumen.

<sup>5</sup> M. Olsen, *The Logic of Collective Action*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1965.

<sup>6</sup> G. O'Donnell, P. Schmitter y L. Whitehead (eds.), *Transitions from Authoritarian Rule*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1986, 4 vols.

<sup>7</sup> G. Almond, *A Discipline Divided. Schools and Sects in Political Science*, Newbury Park, Sage, 1990.

<sup>8</sup> Véanse, por ejemplo, J. Linz y A. Valenzuela (eds.), *The Failure of Presidential Democracy*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1994; G. Sartori, *Comparative Constitutional Engineering: An Inquiry into Structure, Incentives and Outcomes*, Nueva York, New York University Press, 1994.

<sup>9</sup> Véase en particular A.O. Hirschman, *Essays in Traversing: Economics to Politics and Beyond*, Cambridge, Mass., Cambridge University Press, 1981.

Esta obra  
se acabó de imprimir  
en Tecnología Gráfica, S.L.,  
con los auspicios de  
Sagrario Fierro Madrid y  
Antonio J. Huerga Murcia, Editores.

FINIS CORONAT OPUS